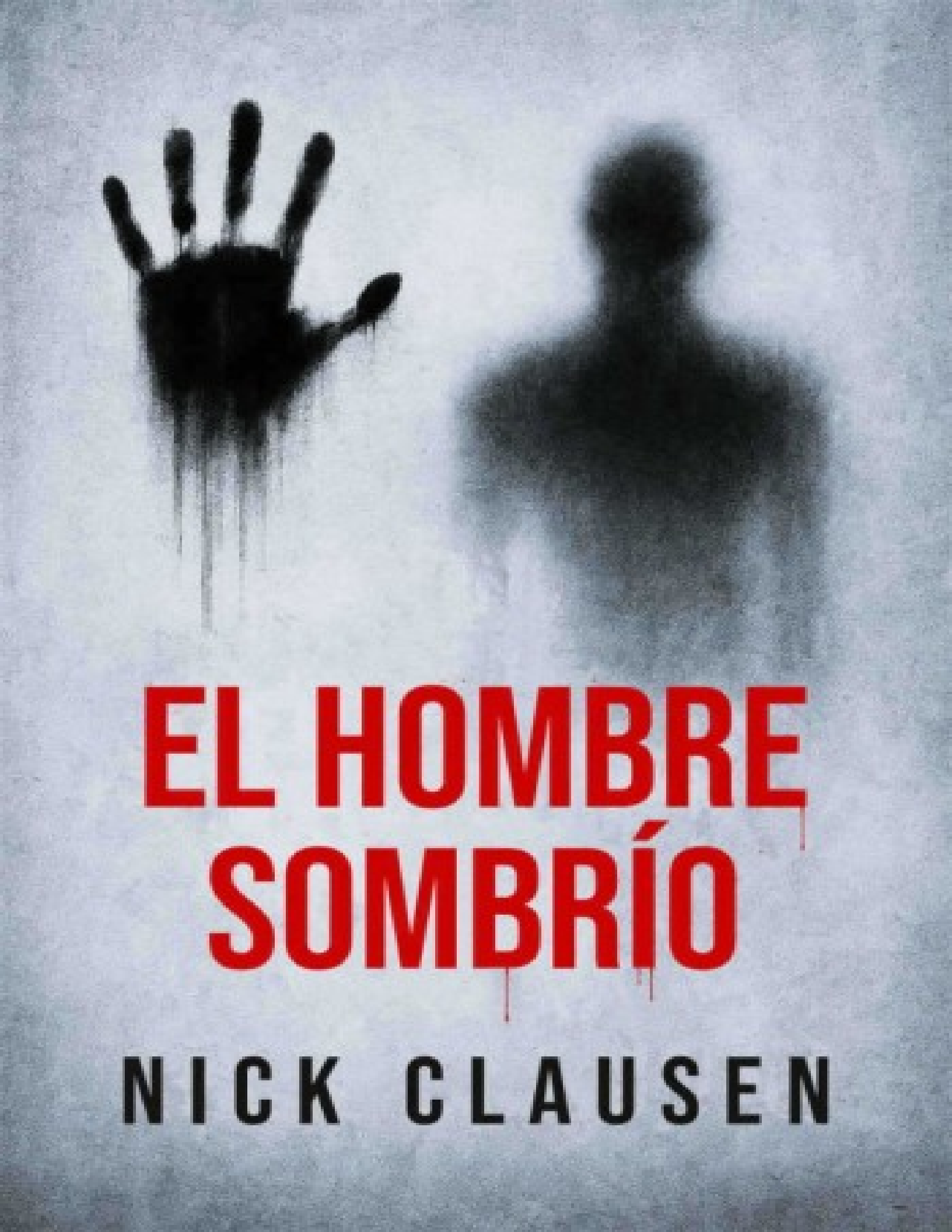

EL HOMBRE SOMBRÍO
NICK CLAUSEN

Copyright © 2026 por Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

CONTENIDO

Prólogo
1. Miércoles, 28 de agosto
2. Jueves, 29 de agosto
3. Viernes, 30 de agosto
4. Sábado, 31 de agosto
5. Domingo, 1 de septiembre
6. Martes, 3 de septiembre
7. Jueves, 5 de septiembre
8. Viernes, 6 de septiembre
9. Sábado, 7 de septiembre
10. Domingo, 8 de septiembre
11. Lunes, 9 de septiembre
12. Martes, 10 de septiembre
13. Miércoles, 11 de septiembre
14. Jueves, 12 de septiembre
15. Viernes, 13 de septiembre

16. Sábado, 14 de septiembre
17. Lunes, 16 de septiembre
18. Martes, 17 de septiembre

Prólogo

Esta historia está, en muchos sentidos, inspirada en las vivencias reales de una mujer extraordinaria. Sin embargo, pese a todo su coraje, dudo que llegue alguna vez a leer este libro. Y no puedo reprochárselo. Hay experiencias demasiado dolorosas como para atravesarlas por segunda vez.

Miércoles, 28 de agosto

1

El pequeño Fiat subió el bordillo con un suave balanceo y se adentró en el camino de entrada.

Bajo la cochera, la enorme furgoneta alemana de su padre se alzaba como un viejo caballo de guerra retirado. Un vestigio de sus años como autónomo: su pintura negra, pulida hasta el brillo, relucía bajo el sol del atardecer, prueba de cuánto tiempo libre había tenido desde que se jubiló anticipadamente en primavera.

Lea aparcó el coche junto a la casa y apagó el motor.

Durante unos segundos permaneció sentada en silencio. Había olvidado lo quietos que podían ser los barrios residenciales. A través del techo solar le llegó el trino de un pájaro posado en un tejado y, más distantes, la risa de un niño.

Por un instante fugaz imaginó que aquella risa no era real. Que no había ningún niño. Solo su mente jugándole una mala pasada. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Sacudió la cabeza y se desabrochó el cinturón. Ernst le había repetido más de una vez que la clave para evitar los episodios era

evitar los pensamientos negativos.

—Razona hasta romper el círculo —solía decirle su terapeuta.

Y funcionaba. Casi siempre. Llevaba ya dos semanas enteras sin recaídas… aunque la medicación también tendría parte del mérito.

Lea abrió la puerta del coche, cogió el bolso y salió. Hierba. Lilos. Libertad. Nostalgia.

El verano había sido generoso, y la brisa suave que le agitaba el cabello rubio aún conservaba un rastro de calor. Las malas hierbas asomaban entre las baldosas del acceso y el césped necesitaba un buen corte. La jardinería nunca había sido el fuerte de su padre. No desde que la tercera hernia discal puso fin a sus días de trabajo.

Llamó dos veces, por costumbre, antes de entrar con su propia llave por la puerta del lavadero. Una ráfaga de aire rancio le dio la bienvenida. Incluso aquella primera habitación lo decía todo: las tareas domésticas tampoco eran el fuerte del señor Kristensen.

El suelo nuevo de baldosas era su orgullo y su alegría —moderno e impecable bajo la capa de suciedad, polvo y el desorden de zapatos y periódicos viejos—. Lea nunca lo había admirado como es debido. Según su padre, solo una vida entera en el oficio permitía apreciar algo así.

Se quitó los zapatos de tacón bajo, dejó el bolso sobre la mesa y pasó a la cocina. El olor la golpeó antes de ver las cazuelas aún sobre la cocina: cerdo frito con salsa de perejil. Uno de sus platos favoritos.

Los platos de varios días se amontonaban sobre la encimera. Lea los recorrió con la mirada de forma automática, buscando botellas vacías. Cuatro cervezas artesanas. Una botella de vino tinto. No estaba mal.

—¿Hola? —llamó mientras pisaba el parquet—. ¿Está en casa el señor Kristensen?

Un sonido procedente del salón le hizo girar la cabeza. La puerta estaba entreabierta, y la empujó.

La amplia estancia albergaba una mesa de comedor para doce comensales, que solo se utilizaba cuando iba la familia, una librería altísima, un reloj de pie que marcaba el tiempo con parsimonia, y el

precioso piano italiano donde Lea había aprendido sus primeros acordes… hacía tanto que parecía otra vida.

El tercio de la sala que daba a la terraza y al jardín estaba alfombrado y dominado por una zona de estar en torno a la chimenea. Su padre dormitaba en el sillón, con la cabeza inclinada hacia atrás, las gafas de lectura apoyadas en la nariz y el periódico resbalándole del regazo. El hombre grande roncaba.

Lea cerró la puerta tras de sí, cruzó hasta la ventana de la cocina y la abrió para dejar entrar el aire de la tarde. Luego se remangó y empezó a fregar los platos.

2

—Møller ha venido a echarme una mano para talar el viejo sauce —dijo su padre, señalando con la cabeza hacia el jardín trasero—. Nos hemos pasado casi todo el día cortándolo en trozos.

Lea se volvió en la silla y solo entonces cayó en la cuenta de que el enorme sauce llorón que antes dominaba el jardín había desaparecido. En su lugar había un montón de leña cortada, una montaña de ramas y serrín claro esparcido sobre el césped.

Una golondrina cruzó el cielo con un chillido agudo. El crepúsculo se cerraba poco a poco y el aire se había enfriado. Lea se ajustó la chaqueta.

—Hoy hacía bochorno, y ya sabes lo que le gusta al viejo una cerveza fría —añadió él con una sonrisa apenas culpable—. Así que nos tomamos un par. Pero seguimos trabajando hasta que la espalda dijo basta. La leña te calienta dos veces, ¿no?

Soltó una risita, y Lea supo que era una disculpa —por las cuatro botellas vacías en la cocina y por haberse quedado dormido cuando ella llegó—. Ella había fingido no darse cuenta cuando él se deslizó hacia la cocina mientras terminaba de limpiar el horno. Una siesta podía perdonarla. La bebida era más complicada. Era mejor no hablar de ello.

—Creía que te gustaba ese árbol —comentó, desviando la conversación.

—A tu madre le encantaba. Yo lo conservaba por ella. Ese condenado árbol mató medio césped con tantas hojas.

Lea no recordaba haberlo visto rastrillarlas a menudo. Aquella solía ser tarea suya.

Él dio un sorbo a su whisky y contempló el líquido en el vaso. A Lea siempre le había disgustado verlo beber; parecía convertirse en otra persona. Por suerte, rara vez pasaba de un ligero achispamiento.

—Por cierto, he hablado con tu madre. Me ha dicho que has empezado a ir al psicólogo.

—Al psiquiatra —lo corrigió Lea.

No le gustaba hablar del tema, pero con él resultaba más fácil.

—Tres sesiones a la semana. Empecé hace dos semanas.

Justo después de lo de Irene.

—Eso demuestra lo poco que te veo —dijo él con una sonrisa torcida—. Tienes abandonado a tu viejo.

—He tenido muchas cosas. Y estoy segura de que el señor Kristensen puede sobrevivir un par de semanas sin mí.

—Sobrevivir puedo, pero no me hace gracia. Veo más a Irene, y eso que se ha mudado a Sorø con ese… carpintero…

—Jack —apuntó Lea—. No me digas que tú también te estás volviendo senil.

—Senil, sordo, calvo… estoy completando la colección —replicó con ironía. Luego preguntó—: ¿Y qué? ¿Te dice algo nuevo?

Lea se sirvió más refresco. En circunstancias normales habría aceptado la cerveza que él le ofrecía, pero el alcohol estaba prohibido ahora —no solo por la medicación, sino porque no quería arriesgarse—.

—Me da trucos para pensar de otra manera. Sobre todo me escucha. Quiere que hable de todo: del trabajo, de mis ex, de vuestro divorcio… de todo.

Su padre asintió, sin sorpresa, aunque ella sabía que él jamás pondría un pie en la consulta de un psiquiatra. Tras la marcha de su madre, lo había superado a base de whisky y tozudez.

—¿Pastillas de la felicidad? —preguntó.

—No. Algo más fuerte. Zyprexa.

—¿Y lo pagas tú?

Asintió.

—El seguro no cubre estas cosas.

—Yo me encargo —dijo él con rotundidad, como si ya estuviera decidido.

—No, papá. Puedo arreglármelas.

Solo lo llamaba así cuando era importante.

—¿Con el coche nuevo? ¿Y trabajando a media jornada?

—Sigo cobrando casi el sueldo completo, gracias al sindicato.

Él gruñó.

—Es lo mínimo que puedo hacer. No hay motivo para que empieces ya a tener apuros. Además, si estás en terapia, eso es culpa mía. Debería haberte criado mejor.

Sonrió, pero ella vio la tristeza tras el gesto.

—Esto no tiene que ver contigo —dijo en voz baja.

Él volvió a asentir, despacio, con pesadumbre, y ella supo cuánto le dolía. Se había criado en un mundo en el que los problemas no se hablaban. Se enterraban.

El silencio se alargó entre ambos. Odiaba la idea de aceptar su dinero, pero las sesiones estaban agotando sus ahorros, y Ernst quería que continuara. Le vendría bien la ayuda, le gustase o no.

3

Hacía mucho tiempo que Lea no dormía tras unas persianas. En su apartamento solo tenía cortinas.

La luz de la farola más cercana se filtraba en la habitación de invitados en finas rendijas. Tres años atrás aquella había sido la habitación de Irene. Su antiguo dormitorio era ahora la pequeña biblioteca de su padre.

Siempre se sentía un poco inquieta durmiendo en un lugar que no fuera su casa, aunque hubiera pasado más noches en aquella que en ningún otro sitio. Tumbada boca arriba, escuchaba el silencio: la ausencia de tráfico, de adolescentes de fiesta o de la música del vecino de abajo. Todo estaba tan quieto que casi podía oír los ronquidos de su padre desde el otro extremo de la casa.

Un dolor sordo le latía en las muñecas —el precio de la limpieza a fondo de la cocina—. Nunca le dolían mientras trabajaba, solo después, cuando se permitía relajarse. Tras dos años, casi se había acostumbrado. Sabía cómo funcionaba: descansar ahora y esperar que por la mañana doliera menos.

Un leve susurro la hizo abrir los ojos. El pulso se le aceleró. Contuvo la respiración y escuchó. Silencio.

Entonces volvió a oírlo, suave, deslizándose junto a la ventana.

El viento. Solo el viento.

Soltó el aire con un temblor. Creía conocer todos los sonidos que podía hacer aquella casa antigua. Quizá se habían colado algunos nuevos mientras ella estaba fuera.

Jueves, 29 de agosto

4

—Adiós, señor Kristensen. De verdad que tengo que irme ya a casa.

Se puso de puntillas, le besó la mejilla y salió al camino de entrada. Su padre la siguió hasta el porche y la observó mientras dejaba el bolso en el coche. El sol estaba a punto de desaparecer.

—Podrías quedarte otra noche —insistió por tercera vez.

—No, necesitas tu tranquilidad —respondió Lea, abriendo la puerta del Fiat—. Y mañana trabajo.

—Bueno, pues gracias por la ayuda. Pórtate bien.

—Hablamos pronto.

Se acomodó al volante, arrancó el motor y dio marcha atrás hasta incorporarse a la calle desierta del barrio residencial. Su padre levantó la mano desde el porche, con aquella sonrisa melancólica de siempre dibujada en el rostro.

El reloj del salpicadero marcaba casi las ocho. El crepúsculo caía ya con rapidez. Lea soltó un suspiro y se pasó la mano por el pelo. Un latigazo agudo le recorrió la muñeca, pero apenas le prestó

atención. Trasteó con el navegador, pulsó «Casa» y la ruta apareció en la pantalla.

Se había quedado más tiempo del previsto: la cena, los platos y convencer a su padre de que no pasaría la noche allí le habían consumido la tarde. De pronto era tarde. Demasiado tarde.

El día lo habían dedicado al jardín: cargar las ramas del sauce en el remolque, tres viajes a la planta de incineración, y después rastrillar hojas y cortar el césped.

En el garaje había vuelto a fijarse en lo impecablemente ordenadas que estaban las herramientas, igual que la furgoneta. Un manitas de los de antes. Su sentido del orden era selectivo: herramientas pulidas hasta el brillo perfecto mientras la aspiradora acumulaba polvo.

Su madre era justo lo contrario. Durante dieciocho años de matrimonio se había ocupado de toda la limpieza, hasta que Lea e Irene tuvieron edad suficiente para ayudar. Lea había heredado la obsesión materna por el orden. Irene, no tanto.

Casi se saltó la salida. Frenó y se incorporó al carril secundario, ignorando las protestas del GPS. El aparato quería que tomara la autopista. Ni hablar. No de noche. No desde el accidente.

Aunque no hubiera vuelto a ver la sombra desde que empezó con Ernst, no estaba dispuesta a arriesgarse. No esa noche. No después de haber olvidado la pastilla. Se la había dejado en el apartamento. Si llegaba lo bastante pronto, aún podría tomársela. Solo había sido una dosis. Solo una.

5

En el retrovisor observó el horizonte donde el sol acababa de ocultarse. El cielo pasó del naranja encendido al rojo, luego al violeta y, por último, a un azul profundo mientras Lea se acercaba a la ciudad. Mantenía la velocidad justo por debajo de los cien, aunque la autopista era lo bastante ancha y recta como para aumentar diez o

veinte kilómetros más por hora. Pero no le gustaba conducir deprisa, así que se concentró en mantenerse tranquila aplicando la técnica de respiración de Ernst.

Funcionaba. Sus pensamientos tensos empezaron por fin a derivar hacia cosas menos perturbadoras. La noche había caído del todo, y había encendido los faros casi sin darse cuenta.

Lea se recolocó la falda y cambió de postura para ir más cómoda. Encendió la radio y se relajó aún más. Solo quedaban tres kilómetros. Aunque solo había pasado una noche en casa de su padre, ansiaba volver a sentir su propia cama. En cuanto llegara a casa,—

Entonces lo vio.

Estaba allí, sin más. De repente. Como tantas otras veces. Como había esperado no volver a verlo jamás. A unos doscientos metros, al borde de la carretera. Con los brazos caídos a los lados. Esperando.

6

La primera vez que ve la sombra es dos meses antes. O al menos, es la primera vez que se da cuenta de ella. Puede que hubiera estado ahí antes. Pero aquella noche toma conciencia de su presencia, cuando aparece en el límite del haz de sus luces largas.

Va conduciendo hacia casa de su madre. Tras las ventanillas del Toyota, la oscuridad es absoluta. La carretera comarcal se desliza bajo las ruedas, y Lea ignora que seis semanas después, a esa misma hora aproximadamente, el coche terminará volcado en el arcén de la autopista —luces intermitentes, metal retorcido, e Irene y ella atrapadas en el interior—.

Son poco más de las dos de la madrugada. Está agotada, pero su mente no deja de dar vueltas. La llamada entre sollozos de su madre la ha despertado de golpe. No ha entendido cada palabra entre el

llanto, pero ha comprendido lo suficiente: su madre la necesita. Esta vez va en serio.

No es la primera vez. Desde el divorcio, aquellas llamadas han ido y venido. Su madre ha amenazado antes con hacerse daño, y Lea no se arriesga.

El coche toma una curva amplia flanqueada por abetos. De pronto, una extraña ligereza le atraviesa la cabeza y la obliga a llevarse los dedos a la sien. Se pasa en un segundo. Levanta la vista—

y lo ve.

A unos doscientos metros, junto a la línea de árboles. Una figura alta, oscura.

Lea se sobresalta y levanta el pie del acelerador por instinto, aunque la figura no se mueve. Al principio piensa que puede tratarse de alguien haciendo autostop. Pero ¿qué haría alguien allí, en medio de la nada, a esas horas? Y a medida que se acerca, la figura parece… extraña. Irreal.

Parpadea con fuerza y vuelve a mirar—

Ha desaparecido.

Al pasar por el lugar, baja las luces, reduce la velocidad y escruta los árboles. Nada. Lea pisa de nuevo el acelerador y se dice a sí misma que nunca hubo nada allí.

Viernes, 30 de agosto

7

—¿Y justo cuando pasaste a su lado volvió a desaparecer?

Lea asintió sin levantar la vista de la mesita baja que había entre los dos. Al principio le había desconcertado que fuera de madera clara en lugar de caoba. Pero nada en aquella consulta encajaba con sus ideas preconcebidas. El suelo no estaba cubierto por una moqueta mullida, y no había diplomas enmarcados alineados en las paredes. En su lugar, había un parquet sencillo y unos cuantos cuadros discretos. El despacho resultaba más luminoso y acogedor de lo que había imaginado, en parte gracias al muro de ventanales que se abrían a las laderas del ala este y, más abajo, al lago, de un gris pizarra. Los caminos y los bancos estaban vacíos, pero desde su asiento distinguía a un par de cuervos picoteando la hierba. El cielo estaba cargado de nubes.

—¿Y solo lo viste aquella vez? —preguntó Ernst, observándola desde su postura favorita: las piernas delgadas cruzadas, los codos apoyados en los reposabrazos y los dedos pequeños y pálidos entrelazados sobre la barriga cervecera bajo la camisa a rayas.

Aparte de esa tripa, el hombre bajo era el reverso físico del padre de Lea, aunque probablemente tuvieran la misma edad. El doctor era delgado y llevaba unas gafas finas, de montura transparente. Tenía un anillo de pelo claro alrededor de la coronilla calva, y sus ojos azules eran amables, aunque con un leve matiz de condescendencia indefensa.

—Sí —respondió Lea, seca.

Aunque el sillón era blando y cómodo, ella —como siempre— se sentaba con rigidez, removiéndose sin parar. Probablemente no era culpa del sillón; más bien, de la conversación. Pensar en toda la gente loca o medio loca que se habría sentado allí antes tampoco ayudaba.

—¿Entonces llegaste a casa sin más problemas?

—No sé si diría «sin problemas». Pero llegué a casa sin volver a verlo.

La temperatura del despacho era agradable. Aun así, Lea tenía calor. El sujetador se le había subido un poco y el aro le presionaba por debajo del pecho, pero no podía arreglárselo sentada frente al terapeuta.

—¿Te asustaste cuando apareció?

Lea inspiró antes de contestar.

—Sí.

—¿Más que otras veces?

—No. No tuve que parar y no me encontré mal. Intenté concentrarme en la respiración, como me has dicho. Me ayudó un poco.

—Pero es la primera vez que lo ves desde que empezaste la medicación hace dos semanas, ¿correcto?

—Sí.

—¿Por qué crees que lo viste?

Lea miró hacia los ventanales. Los cuervos daban saltitos junto a la orilla. Era una de esas preguntas que a Ernst le encantaba hacer y que ella detestaba responder. Porque no tenía respuesta. Casi siempre empezaban por «¿por qué crees que…?» o «¿cuál podría ser la razón de…?».

—Esperaba que me dijeras tú por qué lo vi —dijo. Casi añadió: «¿No es para eso para lo que te pago?». Por suerte, se mordió la lengua.

Ernst se aclaró la garganta.

—Lea, ya te lo he dicho: no avanzaremos si no trabajamos juntos. Entiendo que estas cosas pueden ser difíciles de hablar, pero si no las sacamos a la luz, tampoco podremos tratarlas. Si te cuesta responder a alguna pregunta, dilo. Pero, a menudo, tu respuesta me da una pista de hacia dónde tenemos que orientar la conversación, aunque tú todavía no lo veas.

Lea asintió y guardó silencio un momento. Uno de los cuervos graznó. Sonó extrañamente lejano. Como si el mundo fuera del despacho estuviera más lejos de lo que debería.

—Creo que he recaído —dijo al fin.

—Yo también lo creo —respondió Ernst, inclinándose hacia delante y abriendo el portátil.

Tecló unas notas antes de mirarla de nuevo.

—Pero eso no significa que estés volviendo al punto de partida. De hecho, creo que ha sido solo una recaída leve, como la llamamos nosotros. ¿Se te ocurre por qué pudo ocurrir ayer? ¿Estabas especialmente estresada después de visitar a tu padre?

—No, yo… —Lea recordó de pronto la pastilla olvidada—. Me olvidé de tomarme la dosis por la mañana. Me la salté.

—Ahí lo tienes —dijo Ernst, con una sonrisa rápida—. Creo que hemos encontrado la explicación. Y, al mismo tiempo, hemos confirmado que la medicación está funcionando como debe.

—¿Pero eso significa que tendré que tomar pastillas el resto de mi vida? —preguntó Lea, haciendo un gesto vago. Le salió con más frustración de la que pretendía.

—En absoluto —respondió el terapeuta, ajustándose las gafas—. Como te he explicado, la medicación es solo temporal. En cuanto veamos avances reales, iremos reduciendo la dosis y luego la retiraremos por completo. Y no: no crean adicción como los narcóticos, si es eso lo que te preocupa.

Lea volvió a bajar la mirada. Se sintió algo más tranquila. Y culpable por no sentir simpatía por Ernst, pese a que era evidente

que se trataba de un hombre amable y competente que, además, intentaba ayudarla de verdad. Pero había algo en sus sonrisitas, en esos dedos finos entrelazados, en su voz nasal y en su manera lenta y medida de hablar que le transmitía una superioridad ante la que Lea se encogía por instinto.

Ernst solía insistir en que quería construir una relación de colaboración entre los dos, pero su actitud y su tono delataban sin querer que se inclinaba más hacia el modelo tradicional médico-paciente… o, peor aún, hacia una dinámica padre-hija. Por supuesto, él era su médico y ella su paciente, aunque no estuviera ingresada; aun así, detestaba que la tratasen o le hablaran como a una niña.

—¿Sabes por qué estas sesiones se te hacen tan cuesta arriba, Lea? —preguntó Ernst de repente.

Durante un segundo, ella creyó que había pensado en voz alta. Su mirada era firme, calibrada.

—No te gusta sentirte vulnerable. Te molesta dejar entrar a un desconocido hasta este punto. Te hiere el orgullo, te hace sentir expuesta. Y admitir que no puedes arreglarlo tú sola… eso es lo peor de todo. ¿Me equivoco?

Lea no contestó. Lo cual significaba que no se equivocaba.

Si era sincera, no es que le costaran las conversaciones: las odiaba. Temía cada cita.

Al principio fue aún peor. En las primeras sesiones apenas participaba, respondiendo con monosílabos. Lea era reservada e introvertida por naturaleza, y abrirse a alguien a quien apenas conocía le resultaba casi insoportable. Pero lo peor era revivir los dos últimos meses una y otra vez. Las visiones, los desvanecimientos, los ataques de pánico. Ernst la obligaba a atravesarlo todo repetidamente, preguntándole cada vez cómo había reaccionado, cómo se había sentido y por qué.

Analizarse con esa profundidad le exigía una cantidad de energía agotadora. Tras cada sesión, Lea llegaba a casa completamente vacía y a menudo tenía que echarse una siesta. Al mismo tiempo, se sentía expuesta, avergonzada y absolutamente indefensa.

Había esperado que con el tiempo fuera más fácil, pero las sesiones con Ernst solo se volvían más duras. Quizá porque él

hurgaba a propósito cada vez más profundo. A menudo la animaba a llorar; si no allí, en su consulta, entonces después, a solas. Lea había estado a punto alguna vez, pero nunca había logrado hacerlo delante de un desconocido. La verdad era que apenas podía llorar. Ernst decía que hablar ayudaría; quizá con una buena amiga, quizá con su hermana Irene. Pero Lea no hablaba con nadie.

—¿Lea?

La voz nasal de Ernst la devolvió al despacho, y ella lo miró.

—Te estás yendo otra vez. ¿Quieres compartir en qué estabas pensando?

—Yo… eh… —murmuró, aclarándose la garganta—. Estaba recordando. Y sí, creo que tienes razón.

—Bien. Quiero que reflexiones sobre eso. Puede que te resulte más fácil abrirte y trabajar conmigo si entiendes por qué te cuesta tanto.

Lea se mordió el labio.

—Pero… ¿crees que dejaré de verlo mientras siga tomando las pastillas y viniendo aquí?

—Mira —dijo Ernst, inclinándose hacia delante—. Entiendo que te asuste que todo vuelva a empezar. Y voy a ser sincero: no es una línea recta. Habrá días buenos y días malos. Llevas seis meses sometida a un estrés extremo, y tu psique ha respondido apagándose por momentos: desmayos, pérdidas breves de memoria, alucinaciones. Ese tipo de psicosis no es infrecuente y, si se trata a tiempo —como estamos haciendo—, puede superarse. De hecho, muchas personas salen fortalecidas del proceso.

—Eso espero —dijo Lea.

—Me alegra que estés recordando —continuó el doctor, al parecer pasando notas en la pantalla—. Porque esperaba que hoy repasáramos tu historial. Nada demasiado profundo, solo una revisión rápida. Creo que te ayudará tener una visión global, especialmente para que veas todo lo que ya has avanzado.

—De acuerdo —aceptó Lea.

—Corrígeme si me equivoco en algo —empezó Ernst—. La primera vez que lo viste —una noche de finales de junio, de camino a casa de tu madre— estaba al borde de la carretera. Lo describiste como…

—leyó en el portátil—: «Una figura negra, parpadeante, casi como la sombra de una persona». Desapareció cuando miraste con más atención.

Le lanzó una mirada por encima de la pantalla.

—Luego, unos días después, lo viste otra vez junto a la carretera mientras conducías, esta vez un poco más claro. De madrugada. De nuevo, desapareció según te acercabas. En las semanas siguientes apareció varias veces más. Casi siempre cuando conducías, y siempre de noche o cerca del anochecer. Hasta entonces solo lo habías visto de lejos, pero a partir de ahí ya no desaparecía de inmediato. De hecho, se quedaba hasta que lo rebasabas, lo que te permitía verlo mejor. Digo «se quedaba» porque para entonces creías distinguir que tenía forma humana. Pero no una persona real: solo «una copia basta, como tallada a cuchillo, aterciopelada, negra e irreal»…

A Lea no le gustaba que Ernst citara sus propias palabras como si fueran fragmentos de una declaración policial. Aun así, no dijo nada.

—Al cabo de unas semanas empezaste a verlo también en otros lugares, además de en la carretera. Mencionaste algunos ejemplos… En el aparcamiento del polideportivo, cuando saliste una tarde hacia tu bicicleta. Estaba entre dos coches aparcados, pero desapareció cuando apartaste la vista un momento. Lo has entrevisto desde la ventana de tu piso, normalmente en el patio, cerca de los contenedores. Y te lo encontraste una noche en el trabajo, cuando estabas cerrando. De pronto estaba al fondo del restaurante, y lo percibiste con el rabillo del ojo desde el otro lado de la barra. Desapareció cuando giraste la cabeza. Fue entonces cuando empezaste a pensar en él como en «él»…

El terapeuta hizo una pausa, y Lea deseó que no siguiera. Los recuerdos le aceleraban el pulso y le excavaban un hueco frío en el estómago.

—Se volvió más invasivo a medida que aumentaba tu ansiedad por encontrártelo. A partir de ahí empezaste a notar su presencia antes de verlo, mediante un cosquilleo en la cabeza. Por ejemplo, fuera de tus ventanas, en la escalera o al sacar la basura en el trabajo. Cada encuentro desencadenaba un miedo intenso. Solo lo veías al borde

de la visión o a distancia, pero nunca dudabas cuando estaba ahí, y siempre salías corriendo o corrías las cortinas. No hacía ningún sonido y nunca se movía.

Una breve pausa. Ernst se desplazó por la pantalla.

—Y ahora llegamos a tu primer desmayo. Ocurrió mientras hacías la compra —dijo, mirándola por encima de las gafas—. ¿Te acuerdas?

Lea asintió y cerró los ojos un instante.

8

Lea casi nunca bebe refrescos; solo cuando sale a comer fuera. Pero consume mucha agua embotellada. Por eso aquella tarde lleva una bolsa entera de botellas vacías cuando va al supermercado.

Es casi la hora de cierre, y el sol de principios de agosto está oculto tras un manto denso de nubes, así que la oscuridad empieza a caer antes de lo habitual. Lea lleva unos pantalones por encima del tobillo y una camiseta negra, y se arrepiente de no haberse puesto una chaqueta antes de salir: se enfría con facilidad.

Las puertas correderas se abren lentamente, y Lea se cuela en el vestíbulo, que, como siempre, huele a cerveza rancia y plástico. Echa un vistazo al interior y comprueba que está casi vacío. Solo hay una caja abierta, y la cajera está fregando el suelo más adelante, al fondo del pasillo.

La máquina de devolución de envases está encajada entre una papelera desbordada y una puerta con el cartel de «Solo personal». Lea saca la primera botella de la bolsa y la introduce en la ranura. La máquina se pone en marcha y se la traga.

No ha cenado. En realidad, no ha comido nada desde por la mañana. Las últimas semanas apenas tenía apetito. Es por la sombra. La ve con más frecuencia últimamente. De hecho, casi todos los días. Sabe que está empezando a desarrollar un punto de paranoia. No le gusta estar sola y evita conducir de noche.

Por suerte, hoy no la ha visto. Probablemente sean síntomas de estrés. Quizá el calor también influya. Seguramente ya se le esté pasando.

Le quedan cuatro o cinco botellas cuando las puertas correderas se abren detrás de ella con un bufido perezoso. Una brisa sorprendentemente fría atraviesa el aire denso del vestíbulo, le roza las pantorrillas desnudas, le sube por la espalda y le eriza la piel en la nuca.

Lea se gira a medias para ver quién ha entrado. Pero no hay nadie. Las puertas están abiertas de par en par y el aparcamiento vacío. En la carretera pasa un coche con un zumbido.

En su cabeza empieza un leve hormigueo, una sensación que todavía no ha aprendido a asociar con la sombra, así que supone que será por el calor. Se encoge de hombros y, justo cuando vuelve a girarse, oye el clic en la puerta del personal, que se abre y queda entornada.

Lea gira la cabeza y ve la sombra de pie justo dentro, en la oscuridad, a apenas dos metros de ella. Solo distingue las piernas y la parte baja del torso; ni siquiera le da tiempo a levantar la mirada antes de que el corazón le estalle en el pecho, pero percibe que está envuelto en una oscuridad densa e irreal, casi más oscura que el fondo, y—

Todo se vuelve negro.

9

—Me desperté con el cajero zarandeándome —murmuró Lea, abriendo de nuevo los ojos—. Estaba sentada contra la pared, al lado de la máquina de devolución, y dijo que tenía los ojos abiertos, pero que no respondía. Me dio una botella de agua y me preguntó cuánto tiempo llevaba allí sentada. No tenía ni idea. El reloj marcaba menos de diez minutos, pero a mí me pareció que habían sido horas. No recordaba qué había pasado. Quería llamar a una ambulancia,

pero le dije que era el calor y que ya estaba bien. Solo cuando llegué a casa recordé lo que vi justo antes de desmayarme.

—Y una semana después tuviste otra desmayo en tu piso, ¿no?

—Sí.

—¿Qué lo desencadenó?

Lea lo pensó un momento.

—Me iba a acostar. Solo me faltaba correr la cortina y entonces vi su reflejo en el cristal. Estaba en la esquina de mi dormitorio. Todo se volvió negro. Me desperté media hora después, sentada en el borde de la cama.

—¿Y la sombra había desaparecido?

—Sí.

—En ese punto, tu vida cotidiana apenas se sostenía —dijo Ernst con un tono aséptico—. Tenías serios problemas para dormir, un miedo casi constante a que la sombra apareciera en cualquier momento, casi nada de apetito y ninguna gana de hacer ejercicio… algo que tú, normalmente, haces con regularidad. También mencionaste que la menstruación se te había vuelto irregular.

Lea encogió los dedos de los pies y cerró los ojos. ¿Podía ser esto aún más humillante?

Ernst siguió imperturbable; o bien no se daba cuenta de su incomodidad extrema, o estaba tan acostumbrado por otros pacientes que no le daba mayor importancia.

—Seis días después tuviste tu tercer y último desmayo. Esta vez ocurrió mientras conducías. Y no ibas sola. Irene iba contigo en el coche. ¿Y sigues sin recordar qué lo desencadenó?

Lea negó lentamente con la cabeza, evitando la mirada del doctor. De pronto le daba miedo mirarlo a los ojos. Como si pudiera leerle el pensamiento. No porque ella mintiera —de verdad no recordaba qué había provocado el desmayo al volante—, sino por la culpa que debía asomarse en sus pupilas cada vez que pensaba en aquella noche.

—Es un milagro que no nos matáramos las dos —murmuró.

Por una vez, Ernst no contestó de inmediato. No hacía falta. No necesitaba mirarla para percibir la culpa en su voz.

—Sí —dijo al fin, con el mismo tono medido—. Una clavícula rota para tu hermana y unos cuantos rasguños para ti… habéis salido increíblemente bien paradas. Tuvisteis suerte de que el coche fuera nuevo y seguro. Pero, Lea, como ya hemos hablado otras veces, no puedes seguir culpándote. No podías preverlo.

Lea asintió, aunque no estaba de acuerdo.

—Al día siguiente del accidente —continuó— tuviste tu primera sesión conmigo. Empezamos con Zyprexa casi de inmediato, y funcionó rápido, sobre todo junto con las técnicas que te di. También redujiste tu jornada en el trabajo y te compraste un coche nuevo. Y hasta anoche no habías vuelto a ver la sombra. ¿Es correcto?

—Sí —dijo Lea.

—La veías casi a diario antes del accidente, pero ahora han pasado varios días; así que todo indica que lo de ayer fue solo un pequeño tropiezo —concluyó Ernst, satisfecho—. Has recuperado el sueño y el apetito; la paranoia y la ansiedad prácticamente han desaparecido. En conjunto, te has repuesto con una rapidez notable.

Miró el reloj y se incorporó en el sillón.

—Bien, se nos acaba el tiempo por hoy. Déjame recapitular un par de cosas sobre la sombra para estar completamente seguro, Lea. Solo la viste cuando estabas sola, y por lo general únicamente en la oscuridad. Nunca te hizo daño de forma directa, aunque tú siempre la percibiste como amenazante, y nunca habló. No recuerdas nada de lo que hiciste durante los desmayos. ¿Correcto?

—Sí —respondió Lea, mecánica.

Y era verdad. Todo… salvo una cosa.

La sombra le había hablado.

10

Wavecrest, el hotel donde Lea había terminado su formación algo más de tres años atrás, estaba en el norte de Hellerup. Desde la

primera planta —donde estaban la cocina y el restaurante— se veía el agua.

Por entonces, los dueños eran el matrimonio formado por Morgan y Anna Friis. Morgan era amigo del padre de Lea desde la infancia, y siguieron en contacto incluso después de que su padre se mudara a las afueras para empezar una vida con su madre cuando se quedó embarazada de Lea.

Morgan había venido con frecuencia durante la niñez de Lea, y, cuando ella llegó a la adolescencia, empezó a considerarlo casi un amigo. Admiraba a aquel hombre alto, de porte sereno y seguro de sí mismo, que parecía llevar siempre las riendas de su vida y se ganaba el respeto de quienes lo rodeaban. Anna, en cambio, no formaba parte de su día a día, y Lea apenas la conocía. La pareja nunca tuvo hijos, y parecía sentarles perfectamente.

Puede que la amistad de su padre con Morgan fuera la razón por la que consiguió el puesto de aprendiz en Wavecrest, pero desde luego no fue la razón por la que aguantó hasta el final. A otros tres aprendices los habían despedido durante los casi cuatro años de formación de Lea.

Morgan era un jefe de cocina ambicioso y extremadamente competente, que no aceptaba nada que no fuera excelente. Sus estándares inflexibles eran, seguramente, el motivo por el que había logrado mantener a flote un hotel pequeño y privado en medio de competidores mucho mayores. Wavecrest se había labrado una reputación magnífica bajo su dirección durante doce años, en gran medida gracias al restaurante.

Lea aún recordaba cómo podía pasar de paciente y alentador a afilado y mordaz en un solo suspiro cuando un plato no alcanzaba su nivel. No era crueldad, se decía ella; era la presión de la cocina. Aun así, aquel filo repentino en su voz tenía la capacidad de congelar la sala entera.

El papel de Anna en el hotel había sido bastante más limitado. Trabajaba sobre todo como secretaria, encargándose de los registros y de la atención a los huéspedes. Morgan, además de dirigir la cocina, llevaba también las finanzas y la logística. Era a él a quien

entrevistaban los periódicos locales cada vez que Wavecrest salía en las noticias.

En cuanto Morgan se dio cuenta de lo rápida, meticulosa y detallista que era Lea, la tomó bajo su tutela. Eso no significaba que la tratara con condescendencia; ni mucho menos. Significaba que se llevaba la mayor parte de la atención de Morgan, para bien o para mal.

Trabajaban juntos casi a diario. La apoyaba cuando hacía falta, pero le exigía al máximo una y otra vez. Si la calidad no era impecable, tenía que repetirlo.

Pasó incontables noches largas en la cocina, desarrolló una capacidad de organización impresionante, dominó un abanico enorme de técnicas —aprendió desde el chateaubriand hasta los postres helados al horno— y pronto fue capaz de manejar menús de una complejidad inusual.

Fue ganándose el aprecio de Morgan, quizá porque él reconocía en su entusiasmo y su perfeccionismo algo de sí mismo cuando era joven. Lea aprobó el examen final con la máxima calificación.

Apenas un año después de que Lea terminara su formación, Morgan y Anna decidieron vender el hotel. Ambos rondaban los cincuenta y querían bajar el ritmo y mudarse al campo. Sin embargo, acabaron comprando un pequeño restaurante en Ballerup y se quedaron en la ciudad. Esta vez, Morgan pasó a ser el único propietario, mientras que Anna se empleó en una asesoría contable.

El Restaurante Friis quedaba más cerca del piso de Lea de lo que había estado el hotel y, cuando Wavecrest fue comprado por dos hermanos suecos, ella cambió de trabajo por primera vez… para seguir trabajando con Morgan.

No le entusiasmaba la idea de trabajar para otra persona, y ya llevaba tiempo dándole vueltas a buscar un lugar menos exigente y frenético, porque la tendinitis se le había vuelto crónica.

El Restaurante Friis, más pequeño y mucho menos concurrido, era perfecto.

11

Lea sacó adelante su turno de seis horas ella sola. No fue un problema: aquellas nubes matinales, por fin, se habían decidido a descargar, así que el restaurante no estaba precisamente lleno.

Cuando Morgan apareció poco antes de las cinco, solo había una pareja de ancianos y dos mujeres jóvenes en el comedor. Lea estaba vaciando el lavavajillas cuando oyó abrirse la puerta trasera.

Un momento después, el hombre alto entró en la cocina. El pelo espeso y oscuro —con canas leves en las sienes— le brillaba húmedo por la lluvia, y la camisa clara estaba salpicada por unas gotas del trayecto desde el aparcamiento.

—Hola, Lee —la saludó con una sonrisa, dejando el llavero en la balda junto a la puerta, como hacía siempre.

Era el único que la llamaba así. Lo había hecho desde que Lea tenía memoria, y ella nunca había sabido de dónde venía.

Levantó la vista un instante.

—Hola, chef.

Morgan se acercó y, justo cuando ella se agachaba para coger una tabla de cortar del soporte, su mano grande y cálida le rodeó el brazo. Lea alzó la mirada, ligeramente sorprendida.

—¿No te he dicho que para esto tenemos personal de apoyo? —preguntó, girándole el brazo con suavidad para dejar al descubierto la cara interna, con sus venas azuladas—. ¿Qué tal van esas muñecas?

—Bien —mintió Lea—. Ayer ayudé a mi padre a cargar unas ramas, así que…

Dejó la frase en el aire. No hacía falta explicar más.

Morgan observó la hinchazón en la base del pulgar y, probablemente, vio que le dolía más de lo que dejaba ver. Le soltó la mano y le sostuvo la mirada.

—Julie llegará en un momento para encargarse de los platos. A partir de ahora solo quiero que te centres en cocinar. ¿Entendido?

Su voz tenía esa firmeza habitual que no dejaba espacio para discutir… y, si Lea no lo conociera tan bien, se le habría escapado la nota discreta de simpatía que escondía.

—Sí, chef —asintió ella, esbozando una leve sonrisa.

Morgan suspiró.

—Y la próxima vez que yo no esté, lo volverás a hacer —murmuró, antes de ir hacia el ordenador junto al teléfono—. ¿Ha habido mucho movimiento?

—No, pero he recibido bastantes reservas. Esta noche estaremos a más de la mitad de la capacidad.

—Hum… para ser viernes, sigue sin ser gran cosa —gruñó Morgan, mirando la lista.

Entonces, casi imperceptiblemente, se le tensó la mandíbula. Por un segundo, apareció aquella mirada —la misma que podía silenciar una cocina entera en Wavecrest—, antes de borrarla y asentir con un gesto breve.

—Nos apañaremos.

Lea no dijo nada. Sabía cuánto le pesaban los gastos fijos: el personal, los proveedores, los impuestos. Un solo mes malo podía hundir un sitio como aquel. Si a veces se le colaba ese filo en la expresión… bueno. Difícil culparlo.

Lea cerró el lavavajillas y se secó las manos en el paño que llevaba colgado a la cintura.

—Si esto sigue así, quizá podría empezar pronto a hacer algún turno de noche —sugirió con cautela.

Su jefe giró la cabeza, con las cejas alzadas.

—¿Lo dices en serio?

Ella se encogió de hombros.

—No tiene por qué ser en fin de semana.

Morgan cruzó los brazos y se apoyó en la pared.

—¿Te has cansado de hacer bocadillos y helado de máquina?

Lea bajó la mirada.

—Bueno… está bien. Pero echo de menos los menús de tres platos. Y durante el día pasa poca cosa aquí. Cuando somos dos, cuesta encontrar cosas con las que llenar el tiempo. Y cuando solo vengo un día sí y otro no…

—Lo entiendo perfectamente —dijo Morgan, mirando el comedor casi vacío.

Dentro de dos horas estaría lleno de voces, de cubiertos y copas tintineando y de aromas intensos.

—Echas de menos sudar frente a los fogones. Hacer malabares con sartenes y ollas mientras las comandas te llegan más rápido de lo que puedes sacar los platos. Pero, sobre todo, echas de menos ver y oír a los clientes satisfechos, el asentimiento ocasional de aprobación y algún «mis felicitaciones al chef». Esas noches en las que la presión es casi insoportable, pero, de algún modo, todo encaja, y te vas a casa con tres horas de retraso… agotada, pero eufórica. ¿A que sí?

Lea tuvo que sonreír.

—Exactamente. Como en el hotel. Solo que un poco menos loco.

—Yo también lo echo de menos —dijo Morgan, asintiendo—. Y cuando tenía tu edad, no habría soportado trabajar en un sitio tan adormecido como este. Pero he aprendido que hay momentos en la vida en los que tienes que bajar el ritmo… o acabas quemándote. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero el mes que viene me hacen una prueba y quizá puedan operarme…

—No hablo de tus muñecas, Lee —la interrumpió Morgan con suavidad.

Lea no tuvo ocasión de responder.

Una de las ancianas se acercó al mostrador con una sonrisa amplia. Dejó los platos sobre la barra.

—Estaba todo riquísimo… ¡oh! ¡Hola! ¿Ese es el jefe de cocina en persona?

Morgan sonrió y asintió.

—Hola.

La mujer se volvió hacia Lea.

—Esos gofres estaban deliciosos, cielo. ¡Y el queso Marie era una auténtica maravilla! ¿Lo hacéis vosotras?

—No, solo los preparamos —sonrió Lea, recogiendo los platos—. Pero muchísimas gracias.

La mujer pagó por ella y por su amiga, y ambas se marcharon después de ponerse los abrigos.

Lea entró en el cuartito que servía de oficina y de vestuario. Colgó la chaqueta en un gancho y entonces reparó en una fotografía enmarcada en la pared, sobre el escritorio: Morgan y Anna frente al restaurante recién inaugurado. Morgan tenía el brazo apoyado sobre los hombros de Anna, y ella alzaba un poco la barbilla, con la boca apretada en una línea firme. No antipática, pero sí afilada… como alguien que no toleraba tonterías.

—Ella es la que me mantiene a raya.

Lea se volvió.

Morgan estaba apoyado en el marco de la puerta, ya vestido con la camisa blanca y negra de Friis, la misma que llevaba ella. El bronceado le daba un aire a uno de aquellos viejos actores de James Bond cuyos nombres Lea nunca conseguía recordar.

—Dime, Lee: ¿por qué crees que vendimos el hotel? —preguntó.

La pregunta la pilló desprevenida.

—Eh… ¿porque queríais algo más pequeño?

Él negó despacio con la cabeza.

—Yo no. Pero Anna sí. Llevaba años hablándolo. Decía que ya no me veía. Que no teníamos tiempo juntos. Pero yo seguía trabajando sin parar, seguía dándole largas con promesas de vacaciones y una pensión generosa. Al final, nuestro matrimonio pendía de un hilo. Si hubiera esperado unos meses más, se habría ido.

Lea no supo qué decir. Siempre había dado por hecho que entre los Friis todo iba bien.

—Tienes que dosificarte antes de volver a la jornada completa —continuó Morgan—. Te prometo que te daré los turnos más exigentes. Pero hasta entonces, serán dieciocho horas a la semana. Lo siento, pero no pienso arriesgarme a perderte como casi pierdo a Anna. ¿De acuerdo?

Se abrió la puerta principal. Entró una pareja joven con dos niños. La noche había empezado.

Lea alzó la mirada hacia Morgan y asintió.

—De acuerdo. Y gracias por… todo.

—De nada. Ahora ve a cambiarte. Yo me encargo.

Sábado, 31 de agosto

12

El espejo del baño estaba empañado.

Lea se puso de puntillas, alcanzó la pequeña ventana sobre el inodoro y la abrió un poco. Una espiral de vapor salió hacia fuera y una brisa fresca de la tarde se coló en el baño, rozándole las mejillas. El cristal translúcido apenas hacía falta: vivía en un segundo piso y el bloque más cercano estaba a un par de cientos de metros.

Cogió una toalla del colgador y empezó a secarse. Desde el salón, la radio emitía una emisora de rock suave.

Ya se había secado el pelo, así que guardó el secador. Abrió el armario para coger la loción corporal, pero, al ver cómo su reflejo iba apareciendo poco a poco en el espejo, se quedó quieta, absorta en sus pensamientos.

La joven que había cumplido veinticuatro a finales de junio le devolvía la mirada. No era delgada, pero tampoco se podía decir que estuviera rellenita. Aunque algo por debajo de la estatura media, había heredado la constitución robusta de su padre —un rasgo que la había molestado durante toda la adolescencia, al hacerla parecer

más ancha de lo que deseaba—. No había sido de las chicas por las que los chicos suspiraban en el instituto, pero al hacerse mayor aquellas curvas redondeadas empezaron a parecer mucho más femeninas que torpes, y en los últimos años había recibido bastantes cumplidos de hombres unos años mayores que ella —unos más halagadores que otros—.

Por suerte, los genes de su padre también significaban que no le costaba mantener las curvas firmes. Los muslos y las caderas se movían como debían al caminar, y el pecho seguía (casi) en el mismo sitio que cuando cumplió los dieciocho… solo que ahora un par de tallas más.

Recordó que la medicación podía provocar aumento de pecho. Incluso en hombres. Pero no creía que aquel efecto secundario le hubiera tocado a ella. Tampoco había engordado; más bien al contrario. Quizá algo de somnolencia de vez en cuando, pero era de esperar: las pastillas tenían un efecto calmante.

Lea giró la cabeza, examinándose. Probablemente no hubiera ninguna mujer completamente satisfecha con su rostro, y Lea no era una excepción. Sus rasgos eran bastante corrientes; la nariz quizá un poco marcada, los labios finos y las mejillas algo redondeadas. Pero se enorgullecía de su piel, suave y lisa, probablemente porque casi nunca comía comida basura ni dulces, y no bebía café ni alcohol.

Su verdadero orgullo, sin embargo, eran sus ojos. Su madre tenía unos ojos grandes y hermosos, y Lea los había heredado… aunque los suyos no eran azules como los de ella. Los de Lea eran de un verde claro y cristalino, con un anillo dorado alrededor de la pupila que solo se apreciaba de cerca.

No era vanidosa ni presumida, pero sabía lo llamativos que eran sus ojos —gracias, en buena medida, a las pocas veces que algún chico se había acercado lo suficiente como para mirarlos de verdad —. Algunos incluso se habían quedado en blanco en mitad de una frase. Un chico dulce del instituto los había descrito, con cierta poesía, como «mirar al horizonte sobre el mar».

El recuerdo la hizo sonreír. Había sido uno de los pocos compañeros con los que hablaba fuera de clase. No tenía ni idea de

dónde estaría ahora.

Lea se obligó a volver al presente.

Se aplicó el acondicionador, retiró el exceso de agua de las paredes de la ducha con la rasqueta, se envolvió el cuerpo con la toalla, se recogió el pelo con un práctico clip, se echó un poco de perfume y abrió la puerta al pasillo.

Aparte del baño, el pasillo y un dormitorio minimalista, su piso constaba únicamente de una estancia que hacía de cocina y salón. Espacio justo para la cocina y la nevera, una mesa con cuatro sillas y un sofá. El televisor colgaba de la pared junto a la puerta del balcón, y en las estanterías sobre el sofá había una fila de libros —la mitad, de cocina— y algunas plantas. Todo estaba en su sitio, y ni el polvo ni los platos sucios sobrevivían más de unas horas.

El barrio no era precisamente el más moderno para una chica de veinticuatro años, y los bloques de alrededor estaban habitados sobre todo por familias inmigrantes de primera generación, jubilados y personas en paro. Pero Lea prefería la tranquilidad de allí al ruido y el tráfico del centro.

El suelo crujió bajo sus pies descalzos mientras cruzaba hasta la puerta del balcón y la abría un poco para que entrara aire. El sol había logrado abrirse paso entre las nubes dispersas, y la luz se filtraba por el cristal, bañando la estancia en un resplandor agradable.

Sonó el móvil. Lo había dejado sobre la cama. Mientras iba a buscarlo, se sorprendió deseando que fuera Irene. Pero lo más probable era que Cecilie o Anita estuvieran cancelando.

El número aparecía oculto. Respondió.

—Hola, soy Lea.

Un momento de silencio absoluto al otro lado.

—¿Hola? —Separó el teléfono para comprobar si se había cortado la llamada. No se había cortado—. ¿Hola? ¿Hay alguien?

Entonces habló una voz. La de una niña pequeña, con una curiosidad sincera.

—¿Por qué estás llorando?

—Eh… no estoy llorando —murmuró Lea—. ¿Quién es?

La niña no contestó. Ni siquiera se oía su respiración.

—¿Hola? Creo que te has equivocado de número.

Volvió a mirar la pantalla. La llamada se había cortado.

Lea se quedó mirando el teléfono un largo momento. Esperando, medio convencida de que volvería a sonar.

En ese instante, la balada de Bon Jovi en la radio terminó y dio paso a las noticias, anunciando que eran las seis.

Llegaba tarde.

13

Las agujas del reloj de pulsera de Lea acababan de pasar de las seis y media cuando llamó a la puerta del adosado número 278 de Hans Tausensgade.

Las nubes se habían aclarado un poco, pero aún caía una llovizna intermitente, y Lea estaba seca únicamente gracias a la previsión de llevar paraguas. Había recorrido a pie el kilómetro y medio desde su piso: en parte porque sabía cómo se ponía el tráfico un sábado por la tarde, pero sobre todo porque sabía que sería de noche cuando regresara. Aunque caminar llevaba más tiempo y no era exactamente la opción más segura para una mujer joven en Copenhague después de oscurecer, lo prefería a conducir.

Llevaba un conjunto sencillo: una blusa blanca bajo una camisa negra y una falda negra ajustada que cubría la parte superior de sus medias negras. Por una vez había optado por las botas caras, con un tacón discreto. Incluso se había delineado un poco los ojos y se había puesto esmalte transparente en las uñas —algo que rara vez hacía—, pero aquella noche, por algún motivo, le había apetecido arreglarse un poco. Quizá porque era su primera salida en más de tres meses. Después de todo lo ocurrido, necesitaba soltarse y divertirse… aunque fuera solo por una noche.

La placa grabada en el buzón junto a la puerta aún decía Cecilie Thomassen & Mark Petersen. Incorrecta por partida doble: para

empezar, la incorporación más reciente, Tobias —de casi seis meses —, no figuraba. Y, además, Mark ya no vivía allí.

Desde el interior se oían llantos. La cerradura traqueteó y la puerta se abrió. Cecilie apareció con Tobias en brazos. El niño lloraba desconsolado, y Cecilie tenía aspecto de estar a un grito más de dejarlo en el suelo y marcharse.

—Hola —saludó Lea—. ¿El pequeño está pasando un mal momento?

Cecilie apartó un mechón de pelo oscuro de sus ojos y sonrió cansada.

—Sí, un poco. Pasa, pasa. Estaba deseando que fueras tú.

Se hizo a un lado para que Lea entrara en el estrecho recibidor y la abrazó a medias.

—¿Quieres que lo coja? —ofreció Lea, tras quitarse las botas.

—¿De verdad? Acaba de comer y creo que está inquieto porque necesita eructar… otra vez… aunque ya lo ha hecho dos veces.

—Claro.

Lea se quitó la chaqueta, la colgó en un gancho saturado y sonrió a Tobias mientras lo cogía junto con el paño para el hombro, que se colocó con destreza.

—Hola, guapo. ¿Me has echado tanto de menos como yo a ti?

Casi al instante el niño dejó de llorar y se quedó mirándola con los ojos muy abiertos. El reconocimiento en su mirada la hizo sonreír. Lea lo acomodó suavemente contra su hombro y empezó a mecerlo.

Cecilie desapareció en el dormitorio. Lea le frotó la espalda a Tobias mientras entraba en el salón.

—No me ha dado tiempo a recoger el vestido de la tintorería hoy, así que le he pedido a mamá que lo traiga —llamó Cecilie desde la otra habitación—. Debería estar aquí en cualquier momento. Aunque da igual, ni siquiera he podido cambiarme porque el niño no ha dejado de llorar. Apenas he tenido tiempo de comer y me muero por fumar un cigarro…

El salón era un caos de ropa, juguetes y restos de la cena. En la televisión sonaban vídeos musicales de YouTube. Cecilie solía tenerlo todo ordenado, pero desde el nacimiento de Tobias —y sobre todo

desde que Mark se fue— parecía costarle seguir el ritmo. Su madre solía pasar a ayudar.

—Siéntate donde puedas, Lea —dijo Cecilie, asomando la cabeza —. Ahora voy.

Lea se sentó en el borde del sofá, cogió el mando y bajó el volumen del televisor. La manita de Tobias encontró su nuca y empezó a juguetear con su pelo. Balbuceaba satisfecho. Lea apoyó la mejilla contra la suya, escuchó su respiración y lo dejó jugar.

—No tienes gases, ¿verdad? —susurró—. Solo necesitabas un poco de tranquilidad.

Cecilie volvió al salón, mirando a su alrededor distraída.

—Uf, todavía tengo que encontrar el bolso y los zapatos nuevos. Ya verás qué monos son, Lea. Y los platos siguen en el lavavajillas. Bueno, mamá se encargará. ¿Dónde demonios he dejado mi…? ¡Ah, aquí!

Sacó el móvil de detrás del sofá, lo miró y murmuró:

—Mark ha escrito…

—¿Estáis intentando arreglarlo? —preguntó Lea.

Cecilie tardó un momento en responder.

—Solo ha dicho que puede quedarse con Tobias mañana, aunque me tocaba a mí. Ya está instalado en el piso nuevo y hemos acordado darnos un tiempo. Así que ahora mismo no sé si…

Le sonó el teléfono.

—Es mamá. Un segundo, Lea. Sí, hola, mamá…

Se apresuró hacia la cocina.

Tobias soltó un suspiro satisfecho junto a la oreja de Lea.

—Mamá está un poco estresada —le susurró—. No le hagas caso.

Lea había conocido a Mark varias veces durante los casi tres años que había durado su relación con Cecilie. Habían hablado, aunque no en profundidad. Su primera impresión fue que hacían buena pareja. Donde Cecilie era espontánea y extrovertida, Mark parecía más tranquilo y reflexivo.

El primer año había ido bien. Cecilie estaba loca por él.

Pero su relación se convirtió pronto en un ciclo de discusiones intensas y reconciliaciones apasionadas. Los altibajos se acentuaron,

y parecía que iban directos a la ruptura cuando, de repente, Cecilie se quedó embarazada.

Era una madre responsable. Pero parecía dividida entre la sensación de que debía formar una familia antes de llegar a los temidos treinta y la impresión de que aún no había terminado de ser joven. Aunque siempre decía que no se arrepentía de Tobias —y le importaba demasiado la opinión de los demás como para admitir lo contrario—, Lea sospechaba que a veces echaba de menos su libertad y resentía la carga.

Además, estaba claro que Cecilie no había superado a Mark. Y tampoco quería hacerlo. Vivir separados había sido idea de él, aunque ella intentara presentarlo como una decisión mutua. Aún esperaba que pudieran arreglarlo.

Que Mark sintiera lo mismo, Lea no lo tenía tan claro. Pero no había desaparecido del todo. Probablemente por Tobias.

—Mamá ya viene —anunció Cecilie, volviendo al salón—. ¿Vamos a…? ¡Anda, si se ha calmado! ¿Ha eructado, Lea?

—No, creo que solo estaba cansado.

—Se te da tan bien… Oye, el lunes tengo que ir a Jutlandia por trabajo y no volveré hasta después de cenar. Mark no puede quedarse con Tobias, y pensaba pedírselo a mamá, pero ya lo tiene esta noche, así que esperaba que quizá tú pudieras… si no estás muy ocupada.

—Claro —sonrió Lea, pasando un dedo con suavidad por la naricita de Tobias—. Nunca estoy demasiado ocupada para una cita con este pequeño galán.

Tobias sonrió y agitó un brazo. Luego la sonrisa se convirtió en un bostezo.

—Eres un ángel, cariño —dijo Cecilie, aliviada, dándose volumen al pelo—. Solo sería desde las cuatro o cuando te venga bien recogerlo en la guardería. Puedes quedarte aquí hasta que vuelva.

Extendió los brazos.

—Dámelo.

—¿Quieres que lo acueste yo? —ofreció Lea, poniéndose en pie. Había cuidado de Tobias muchas veces y sabía perfectamente dónde estaba todo.

—Sí, por favor —respondió Cecilie, agradecida—. Yo voy a arreglarme un momento al baño. Por cierto, ¿has venido en coche?

—No, andando.

—Perfecto. Si salimos en veinte minutos, llegaremos justo a tiempo.

14

La madre de Cecilie llegó cinco minutos después y, aunque Cecilie se arregló con rapidez, acabaron saliendo casi diez minutos más tarde de lo previsto.

Eran cerca de las siete y media cuando llegaron al cine. Pero casi podrían haberse ahorrado el viaje porque, como era de esperar, Anita no había aparecido. Esperaron unos minutos en el vestíbulo medio lleno, miraron el móvil por si había algún mensaje y estaban a punto de llamarla cuando por fin entró por la puerta.

Las vio y se acercó. Tenía las mejillas sonrojadas y mascaba chicle de forma exagerada mientras guardaba sus inseparables auriculares. Se había maquillado más de la cuenta y su pelo rojo intenso estaba peinado con ese desorden estudiado tan de moda.

—Hola, chicas.

—Hola, guapa —la saludó Cecilie con un abrazo.

—Pensábamos que te habías olvidado de nosotras —dijo Lea, abrazándola también.

—Jamás haría eso —sonrió Anita.

Bajo la chaqueta llevaba un top claro con escote pronunciado, y el sujetador push-up dejaba ver sin disimulo la parte superior del pecho. Los vaqueros de moda se ajustaban a sus piernas como una segunda piel, y llevaba los pies descalzos dentro de unas sandalias de cuero.

—¿Preparadas para una noche divertida?

—Totalmente —dijo Cecilie—. ¿Entramos? Parece que se está llenando y la peli empieza en tres minutos…

—No he reservado entradas —dijo Anita, sin moverse.

Lea y Cecilie la miraron fijamente.

—¿Cómo que no? —exclamó Cecilie—. ¿Por qué?

—Porque he hablado con Louise —la vio ayer— y dice que no es ni la mitad de graciosa de lo que parecía en los anuncios. Así que he pensado que podríamos ver algo de miedo… He reservado para Mentes Embrujadas. ¿No suena genial?

Señaló la pantalla grande sobre ellas, donde se emitían en silencio anuncios de una película de terror estadounidense.

—Claro —aceptó Cecilie al instante.

Lea, que había estado viendo el tráiler de reojo mientras esperaban, no pensaba que sonara genial en absoluto.

Anita la miró.

—Sé que eres un poco miedica, Lea, pero no creo que sea para tanto. Seguro que es más suspense que terror.

Lea no tuvo ocasión de responder.

—Pero empieza a las nueve, así que he pensado en algo para matar el tiempo. ¿Qué tal unas partidas de bolos? He reservado dos pistas para una hora. El centro está a la vuelta de la esquina.

—¡Genial! —exclamó Cecilie—. Hace siglos que no juego.

—Yo igual —rió Anita, mirando a Lea—. ¿Qué dices, Ratita? ¿Te apuntas?

Lea ignoró el leve latido en sus muñecas, que de repente se había vuelto mucho más evidente. Forzó una sonrisa.

—Claro.

Domingo, 1 de septiembre

15

Los tacones de Lea repiqueteaban suavemente al golpear los adoquines mojados. No estaba acostumbrada a aquel ruido y le resultaba un poco ajeno. Le eran más familiares los golpes de bajo lejanos y las voces altas, risueñas, de los clubes del centro.

Pasó bajo el resplandor amarillo de una farola, giró por la última calle antes de la suya y se internó más en la urbanización. A su izquierda aparecieron los aparcamientos de los primeros edificios. La mayoría de las ventanas estaban a oscuras. Era casi la una. No pensaba quedarse fuera hasta tan tarde.

No había luna, y el cielo negro y estrellado seguía parcialmente cubierto por nubes dispersas que habían ido soltando llovizna intermitente durante toda la noche.

Miró por encima del hombro al oír un motor. Un taxi salió de una calle lateral y se desvió en sentido contrario. Seguramente un grupo de adolescentes medio borrachos, demasiado perezosos para volver andando al centro.

Ahora que estaba al aire húmedo y fresco de la noche, la muñeca derecha empezó a hacerse notar: aquella noche la había forzado demasiado. En cuanto se metiera en la cama, probablemente le ardería tanto que tendría que tomarse un analgésico solo para poder dormir.

Los bolos eran de lo peor que alguien con tendinitis podía hacerse a sí mismo. Peor que escurrir bayetas o tocar el violín, que también estaban arriba en la lista. Pero aun así no había sido capaz de negarse, aunque le molestaba que Anita hubiera cambiado los planes en el último minuto, sabiendo perfectamente lo de su lesión. Pero ese tipo de cosas Anita ni se las planteaba. Igual que apenas pensaba en el hecho de que Lea odiaba las películas de terror.

«Sé que eres un poco miedosa, Lea…»

Le ardieron las mejillas al recordarlo. Como si tuviera diez años.

Sí, era una miedosa para ese tipo de películas. Siempre lo había sido, y desde luego no era la única persona del mundo. Pero desde que apareció la sombra se había multiplicado por diez. Y aunque Anita no lo supiera —solo Irene y, por supuesto, Ernst lo sabían—, Lea le había contado lo mal que se encontraba. Lo de los ataques de pánico y los apagones. Anita debería haber entendido cuánto le afectaba el terror. Pero no.

Anita era de esas personas que apenas tenían control sobre su vida más allá del día siguiente. Sus estados de ánimo oscilaban con la misma violencia, y encadenaba relaciones a toda velocidad, en las que el sexo solía ser el motor. Alternaba entre amar y odiar a los hombres, y sentía una atracción especial por los de tatuajes y grandes músculos.

Quizá por esa falta de rumbo, Anita era, por naturaleza, bastante ensimismada. Le quedaba poca energía para los demás después de arrastrarse a través de otra semana de pasividad caótica y terquedad mal encaminada.

Por la misma razón, a Lea le costaba mantenerse enfadada con ella, incluso cuando Anita pasaba horas hablando de su vida o se aprovechaba de lo servicial que era Lea… o, como aquella noche, ignoraba por completo lo que Lea sentía. No es que Anita fuera deliberadamente egoísta —al menos, no de forma consciente—.

Tampoco se parecían mucho y, por una vez, a Lea no le molestaba aparentar más edad. El pelo teñido de rojo, a la altura de los hombros, y el vestuario provocador de Anita la hacían parecer —de una forma poco favorecedora— más joven de lo que era. Los chicos solían echarle tres o cuatro años menos, y eso lo disfrutaba, claro. Era delgada, con las curvas en su sitio, pero no hacía nada —ni dieta ni ejercicio— por mantenerse en forma. Se le notaba sobre todo en la piel, a menudo castigada por el acné, que ella intentaba ocultar bajo la base de maquillaje y un pequeño ejército de productos cosméticos que llenaban las estanterías del baño.

Nunca salía de casa sin parecer lista para una noche de fiesta; al menos, en su cabeza (y en la de los chicos). Lea veía con facilidad los detalles que Anita parecía no considerar importantes: uñas mordidas, cejas desiguales, máscara de pestañas apelmazada, manchas en los pantalones, camisas arrugadas… y domingos en los que estaba claro que el pelo no había visto ni agua ni champú en todo el fin de semana.

La madre de Lea solía describir a Anita como «desastrada». Nunca delante de ella, por supuesto. Y era una palabra que le encajaba: no solo por el aspecto, sino como persona.

Mientras Cecilie tenía estudios y un trabajo estable, Anita iba saltando de un empleo a otro, sin haber logrado terminar ninguno de los tres o cuatro programas que había empezado después del instituto.

Lea y Anita se habían criado juntas y seguían siendo amigas desde primaria. En el instituto habían estado en la misma clase, hasta que Lea tuvo que dejarlo casi al final del segundo curso.

Desde entonces habían seguido en contacto y se veían con regularidad. A pesar de sus diferencias, siempre tenían de qué hablar y solían pasarlo bien. En las raras ocasiones en que Lea había necesitado a alguien con quien hablar, Anita había estado ahí y, a su manera bienintencionada, había intentado apoyarla después del accidente.

Aun así, la noche había resultado sorprendentemente agradable. Lea solo había visto la mitad de la película gracias a dos largas idas

al baño y, aunque después había querido irse directamente a casa, las otras la convencieron para ir a una cafetería.

Las dos se habían puesto un poco contentas y, para sorpresa de Lea, incluso había aceptado una copa cuando Anita se la ofreció. El ambiente se animó tanto que el tiempo voló. Cecilie parecía necesitar de verdad aquella salida: un respiro de la rutina del bebé y una oportunidad de aparcar sus preocupaciones por Mark… aunque lo había mencionado varias veces y no se había despegado del móvil para escribirle.

Más de una vez le preguntó a Lea por lo suyo con el terapeuta y le dijo que podían hablar todo lo que Lea quisiera. Lea esquivó la pregunta. En parte porque odiaba cargar a los demás con sus problemas —sobre todo con aquel— y en parte porque no quería pensar en la sombra cuando, por una vez, se lo estaba pasando bien.

Anita se había cruzado con dos amigas que iban a una discoteca y se pegó a ellas. Ahí se acabó la noche. Si no, probablemente aún seguirían sentadas allí.

Lea se detuvo. Se dio cuenta de que había girado hacia el estrecho sendero asfaltado que cruzaba la pequeña zona verde entre los edificios. El camino pasaba junto al lateral de los dos bloques anteriores al suyo. Era un atajo que había utilizado muchas veces, pero ahora dudó.

A lo largo del sendero, unas farolas bajas estaban colocadas a intervalos regulares, proyectando una luz pálida. En verano, las familias del barrio usaban aquella pradera para hacer barbacoas. En ese momento, el lugar estaba desierto. Lo único que destacaba en la oscuridad eran los pequeños serbales y los bancos. Aun así, no le gustaba la idea de la penumbra cerrándose a ambos lados de aquel pasillo estrecho.

Pero eran solo unos metros. Probablemente vería su edificio si el de delante no se lo tapara. Aun así, se inclinaba más por volver y simplemente…

«Sé que eres un poco miedosa, Lea…»

Por algún motivo, oyó la voz de Anita en la cabeza, y eso zanjó la cuestión.

Se cambió el bolso al otro hombro y siguió por el sendero. Pero el corazón le latía más deprisa de lo normal. Tenía esa sensación cálida y vibrante en el estómago por la copa, aunque no estaba borracha.

—Sal de ello pensando cómo —susurró casi inaudible—. Aparta los malos pensamientos.

Intentó concentrarse en algo positivo, y lo primero que le vino a la cabeza fue Irene.

Por desgracia, a ese pensamiento lo siguió de inmediato la culpa. No habían hablado ni se habían escrito desde el accidente. Decidió que al día siguiente llamaría a Irene e intentaría…

Podría haber pasado por el zumbido tenue de un insecto, pero Lea reconoció al instante que aquel sonido en sus oídos era algo interno, y se quedó helada. Una breve oleada de mareo le nubló la vista.

—Oh, no… —susurró.

Estaba justo debajo de una farola. Giró lentamente, con los ojos muy abiertos, clavando la mirada en la oscuridad. Todo sonido había desaparecido. Incluso el viento. Contuvo la respiración.

Un pop suave la hizo sobresaltarse con un pequeño grito: la bombilla de la farola a su espalda estalló, y el tramo del sendero detrás de ella quedó a oscuras. Se dio la vuelta de golpe.

El estómago se le retorció de miedo. El paraguas se le escurrió de la mano.

La sombra estaba bajo la farola rota, en la oscuridad, justo donde ella había estado hacía un instante. Con los brazos caídos a los lados, frente a ella, alzándose con toda su altura, cerca de un metro ochenta. Era más oscura que la propia oscuridad que la rodeaba, y su contorno parpadeaba débilmente.

Lea apenas registró el pulso atronándole en los oídos. Las piernas empezaron a temblarle. Un sudor frío le brotó en la piel. No podía apartar la vista. No podía parpadear, ni siquiera gritar. El miedo la mantenía sujeta con un agarre aplastante, atravesándola hasta el centro.

Percibió varias cosas en destellos de lucidez: lo desesperadamente que había deseado no volver a sentir aquello; que las pastillas no lo amortiguaban ni lo más mínimo; y que jamás sería capaz de

controlarlo. Era igual de horrible y abrumador, igual de desgarrador que lo recordaba, como si se estuviera quemando por dentro.

La sombra, de pronto, se movió hacia ella.

Se deslizó hacia delante con una fluidez de sueño, avanzando por la oscuridad como si careciera de forma definida, apenas una presencia difusa, como tinta que se filtra en una tela oscura. Se aproximó a la luz de la siguiente farola, y Lea nunca la había visto con tanta claridad… aunque la imagen temblaba, como si a sus ojos les costara enfocar. Incluso distinguió el abrigo rozándole las piernas y algo sobre la cabeza; quizá un sombrero. No las separaban más de diez pasos.

Lea oyó su propia voz, un gimoteo, sintió que las piernas empezaban a moverse, y se sorprendió de seguir consciente.

—No… vete… aléjate de mí… —retrocedió.

Pero la sombra avanzó en respuesta, deslizándose hacia la luz. No caminaba; simplemente flotaba.

Lea salió de la zona iluminada. En unos metros, la sombra entraría en el haz de la farola y la luz la revelaría con todo detalle.

Pero ella no esperó a verlo. Se giró y echó a correr por el sendero.

Solo notaba el brillo amarillo de las farolas pasando a toda velocidad. Sollozando, jadeando, se desvió hacia el aparcamiento frente a su edificio. No había nadie. Corrió hacia la entrada, con los números iluminados, sin atreverse a mirar atrás.

Se agarró al bolso —que, de algún modo, seguía colgándole del brazo— y el único sonido fue el de sus propios sollozos entrecortados, desesperados, mientras forcejeaba con la puerta.

Un movimiento en el cristal oscuro.

Lea soltó un chillido y se giró bruscamente.

El aparcamiento estaba vacío. Sin gente. Sin sombra.

Se mordió el labio con fuerza para ahogar el llanto y se giró otra vez. Se lanzó escaleras adentro. Golpeó el interruptor al pasar y subió los escalones tan rápido como le permitieron los muslos ardiendo. La puerta se cerró de golpe a su espalda.

Se detuvo ante la puerta de su piso, la abrió y entró tambaleándose. Apenas había echado el cerrojo cuando las piernas

le fallaron y se desplomó sobre el suelo de baldosas, jadeando, temblando, con un silbido quebrado en la garganta.

16

—Así que se movió… —repitió la voz nasal de Ernst, pensativo—. Nunca la habías visto hacer eso, ¿verdad?

Lea negó con la cabeza, mirando sin parpadear las fresas rojas enormes del envase de yogur.

—No.

El sol de la mañana entraba a raudales por las ventanas y bañaba con suavidad la mesa del comedor y el plato medio vacío de Lea. Con la cuchara dibujaba formas en el desayuno intacto. Una férula de velcro le envolvía la muñeca, restringiéndole el movimiento.

—Eso es inusual —dijo Ernst al cabo de un momento—. Déjame preguntarte: ¿habías bebido?

Lea suspiró para sus adentros.

—Me tomé una. Pero no me sentía borracha, ni lo más mínimo.

—De acuerdo —respondió él, ecuánime—. ¿Y te tomaste la pastilla al llegar a casa?

—No.

Levantó la cabeza al captar un movimiento fuera de la puerta del balcón. Una paloma batió las alas y se posó en la barandilla.

—Me la tomé antes de salir. Por si se hacía tarde.

Era la primera vez que hablaba con Ernst por teléfono. Desde el principio le había dado su número y le había dicho que lo llamara si alguna vez necesitaba ayuda urgente, a cualquier hora.

—¿Por lo demás te has encontrado estable? ¿Sin problemas para dormir, sin taquicardias? ¿Apetito normal?

—No he notado cambios —respondió Lea con sinceridad.

—Bien. ¿Y cómo te has sentido al despertarte esta mañana?

—No tenía miedo, si es eso lo que quieres decir. De día no es tan malo. Aun así…

Dejó la frase colgando.

—¿Aun así qué, Lea? —la apremió Ernst.

—He registrado todo el piso. El baño, el pasillo. Me he sentido insegura. Por eso he decidido llamarte.

—Ya —dijo él, con el mismo tono medido—. ¿Y no hay nada más de anoche que te llame la atención?

—No.

—De acuerdo. Lo revisaremos con detalle mañana por la mañana.

Lea observó a la paloma moverse torpemente en la barandilla. Se sacudió las plumas, recorrió el aparcamiento con la vista y empezó a arrullar.

—Por ahora, esto es lo que pienso —dijo el terapeuta tras un momento—. No creo que lo haya desencadenado el alcohol. Lo que me gustaría hacer es ajustar tu dosis. El Zyprexa ha sido eficaz hasta ahora, así que no hay motivo para cambiar de medicación. Te enviaré una nueva receta; podrás recogerla mañana por la mañana.

Se oyó un ruido en la escalera. Una puerta se cerró de golpe. Lea estiró el cuello y miró hacia el pasillo. Sin querer, le vino el recuerdo de la noche anterior, sentada contra la puerta, gimoteando y temblando de miedo. Habían pasado veinte minutos hasta que logró ponerse en pie y arrastrarse hasta la cama.

Lea se aclaró la garganta.

—Entonces… ¿solo ha sido otra recaída?

—Sí. Es la explicación más probable —respondió Ernst, aséptico—. Creo que lo ha desencadenado una ansiedad persistente que arrastras desde que viste la sombra el jueves pasado, al volver de casa de tu padre. Ese miedo —seas consciente de ello o no— probablemente haya estado gestándose en segundo plano. Es posible que tu mente se haya empujado a sí misma hacia un episodio.

Normalmente, la certeza clínica de Ernst —pese a su tono autoritario y su falta de calidez— le aportaba a Lea cierta tranquilidad. Aquella vez no. La frustración le subió al pecho.

—Pero… entonces no hay esperanza. Si puedo provocarme un episodio solo por preocuparme por uno anterior, esto no va a terminar nunca. Seguiré viéndolo y nunca…

Se detuvo, cerró los ojos.

—Eso. Seguiré viéndolo.

Ernst guardó un momento de silencio antes de contestar.

—Entiendo que eso te desanime, Lea. Pero estás interpretando mal lo que he dicho. Un episodio no conduce automáticamente a otro. No funciona así. Es habitual que haya algunas recaídas al principio del tratamiento. Solo significa que tu cerebro necesita un poco más de ayuda. Por eso ajustaremos la dosis.

—Vale —murmuró Lea, anticipando ya lo que vendría a continuación.

—Y, como ya hemos hablado —continuó Ernst—, me gustaría que dejaras de llamarlo «él». Cuando lo personificas, le das poder. No es una persona, Lea. Es una alucinación. Un sueño despierto que tu cerebro ha creado y que tus ojos colaboran en ver. Ese mareo que siempre sientes cuando está cerca… es tu cuerpo diciéndote que no es real.

Lea escuchó y volvió la mirada hacia la puerta del balcón. La paloma ya no estaba.

—Mientras no pierdas de vista ese hecho, no hay peligro —dijo Ernst—. Pero si empiezas a dudar de qué es real y qué no, entonces hay que tener cuidado. No estoy diciendo que estés cerca de ese punto; solo digo que es algo que vigilaremos de cerca. ¿Me sigues?

—Sí.

—Bien. Habrás notado que te he preguntado varias veces si la sombra te ha hablado alguna vez… o si tú le has hablado. O si has oído voces que no están ahí. Si eso ocurre, tienes que decírmelo de inmediato. Las alucinaciones auditivas son más arriesgadas que las visuales. Si oyes algo que no existe, podrías sentir la tentación de responder. Y en el momento en que empiezas a interactuar con algo irreal, empiezas a aceptarlo como real. Y ahí entramos en terreno peligroso. ¿Entiendes?

Lea tragó saliva y logró susurrar un «sí».

De pronto notó el yogur con un regusto áspero en el fondo de la garganta. Ernst seguía hablando, pero ella apenas lo escuchaba.

Su mente volvía a deslizarse hacia el recuerdo.

17

Es una tarde encapotada. Son casi las tres. Lea se está preparando para ir a trabajar, como siempre con tiempo de sobra.

Es el día del accidente, aunque Lea no lo sabe. No sabe que Irene la llamará nueve horas después, borracha y riéndose. Lo único que piensa Lea es que es viernes y le toca el turno de tarde. Aunque Morgan y otro de los cocineros estarán allí, aun así está ilusionada.

Pero ese viernes Lea no llegará al trabajo.

Se calza los zapatos, coge el bolso de encima de la cómoda y abre la puerta al rellano de la escalera. La escalera está en penumbra, como casi a cualquier hora del día. Las ventanas pequeñas dan al norte y dejan pasar poca luz, en parte por un par de pinos viejos que hay fuera.

La puerta se cierra de golpe a su espalda. Está a mitad de responder a un mensaje de Irene, mirando la pantalla mientras baja los escalones, y se olvida del interruptor. No es estrictamente necesario encender la luz, pero suele hacerlo por costumbre; sobre todo últimamente, con la sombra cada vez más insistente, y después de aquellos dos incidentes inquietantes en los que se desmayó de repente.

El mareo la pone en alerta y se queda clavada en el rellano entre plantas. Se olvida del móvil y se queda mirando hacia abajo.

En el rellano de abajo —justo frente a la puerta del vecino del piso inferior— está la sombra, envuelta en la oscuridad. Una luz pálida se cuela por una ventana y cae sobre el suelo a pocos pasos de ella, pero se ha situado deliberadamente en la zona sombría, esperándola.

Lea siente que todo por dentro se le agarrota. Da un traspié hacia atrás y choca con la pared. Se le caen el bolso y el teléfono, pero aun así consigue apartar la mirada de aquella silueta negra.

Sube a trompicones los escalones. Por suerte todavía tiene la llave apretada en la mano y, con unos dedos que apenas nota, abre la

puerta, se mete en el piso y la cierra de un portazo. Echa el pestillo y retrocede, clavando los ojos en la puerta como si pudiera abrirse sola.

Pasa un largo instante.

Entonces una voz —oscura, amortiguada, distorsionada y, aun así, antinaturalmente nítida— dice:

—Lea… dé… ja… me… en…trar…

Lea grita lo bastante alto como para que la oiga el vecino de enfrente.

Él sale al rellano y llama a la puerta, pero pasa mucho rato hasta que consigue convencerla de que ahí fuera no hay nadie, de que es seguro abrir, y de que él ha encendido la luz.

Martes, 3 de septiembre

18

Cuando Lea bajó del tren en Sorø, lloviznaba.

Aquella vez, por desgracia, había olvidado el paraguas —aunque lo había recogido el domingo por la mañana del sendero que hay detrás del bloque, después de hablar con Ernst—, porque en su barrio el cielo estaba casi despejado.

Pero la casa de su hermana quedaba a solo quince minutos andando, así que no llegó a empaparse. La hora punta de la tarde estaba empezando, y los coches pasaban a su espalda cuando se metió por el camino de entrada de la pequeña vivienda. El coche de Jack, como era de esperar, no estaba.

Se detuvo ante la puerta y rebuscó en el bolso un paquete de pañuelos. En su lugar, sacó el chupete de Tobias y no pudo evitar sonreír. No recordaba cómo había ido a parar allí, pero debió de ser el día anterior, mientras lo cuidaba.

No había estado precisamente de buen humor después del susto del sábado por la noche —de hecho, había pasado todo el domingo dando vueltas nerviosa por el piso—.

Pero cuando recogió al pequeño, se alegró de verlo. Que su madre no apareciera hasta casi las diez, cuando él ya dormía profundamente y Lea estaba a punto de hacer lo mismo, no era culpa de Tobias. Cecilie solo había hecho una breve parada para ver a Mark.

Por fin encontró un pañuelo y se secó con suavidad la fina llovizna del rostro.

Desde fuera, la casa parecía exactamente lo que era: una vivienda que hasta hacía poco había pertenecido a un matrimonio jubilado. Ladrillos amarillentos y desvaídos; un tejado cubierto de musgo con una pequeña chimenea; cristales ornamentados en la puerta principal, cuya pintura roja estaba descascarillada; y una maceta con una planta mustia colgada en la pared. El diminuto jardín delantero estaba cercado por una valla blanca y baja, y lleno de flores y plantas variadas… pero se notaba que hacía tiempo que nadie lo cuidaba con esmero.

Lea llamó al timbre.

Un momento después apareció una figura al otro lado, y la puerta se abrió.

Los ojos de Irene se agrandaron al verla, y Lea observó con atención la reacción de su hermana.

Por suerte, Irene sonrió, y parecía sincero.

—¡Eh, hermanita! No esperaba verte.

—Esperaba que estuvieras en casa —respondió Lea, sin poder evitar mirar el cabestrillo que sostenía el brazo izquierdo de Irene.

—Acabo de llegar. Estamos con un proyecto en grupo en el trabajo, así que llevo quedándome un par de horas más cada día para ponerme al día.

Irene no necesitaba explicar por qué se había retrasado —no era propio de ella—. No compartía del todo el perfeccionismo de Lea, pero era lista y siempre se le había dado bien estudiar. Académicamente, Lea ya no podía seguirle el ritmo. Claro que hacía años que no iba a clase.

—Entra antes de que se te encrespe el pelo —sonrió su hermana, haciéndole un gesto con el brazo sano—. Es demasiado pronto para empezar a parecerte a mamá.

Lea entró y la abrazó con cuidado.

Irene la estrechó con fuerza.

—¿Quieres parar ya? No soy de cristal.

—¿Va mejor? —preguntó Lea, quitándose la chaqueta.

—Sí, ha mejorado mucho estos últimos días. Ahora puedo pasar horas sin este accesorio tan elegante —tironeó del cabestrillo—. Y duermo mejor también. Es un alivio.

—Me alegro de que vaya por buen camino —dijo Lea con sinceridad, colgando la chaqueta.

Irene asintió y la miró a los ojos.

—¿Y tú qué tal estás?

—Bien.

Irene no apartó la mirada.

—No he visto tu coche.

—He venido en tren —explicó Lea, bajando la vista—. No sabía a qué hora volvería y… ya sabes… conducir de noche…

Detestaba el silencio que siguió.

Irene le rodeó la cintura con el brazo sano.

—Anda, pasa. He comprado una sandía que tenemos que comernos antes de que llegue el manitas… o se la zampa entera.

19

Era la primera vez desde el accidente que las dos hermanas hablaban fuera del hospital.

Lea había estado más preocupada de lo que le gustaría admitir. Temía que resultara incómodo. Temía sentirse culpable. Temía que Irene pareciera enfadada. Por eso lo había ido posponiendo.

Pero la preocupación fue en vano. En cuanto se sentaron a la mesa de la cocina y empezaron a hablar, la conversación fluyó con la misma naturalidad de siempre entre ellas.

—Ya casi hemos terminado el salón —explicó Irene—. Solo queda el dormitorio. Pero me estoy cansando de vivir en una obra. Por fin

he convencido a Jack de que deje el exterior para la primavera. Estaba listo para cambiar el tejado el mes que viene.

—Es de los que no paran —sonrió Lea, levantándose. Llevó los platos con las cáscaras de sandía al fregadero—. Has hecho una buena elección. Creo que papá está encantado de que hayas encontrado a un manitas.

—Yo también lo creo. Al menos aún no ha dicho nada malo de él. No fue así cuando llevé a Ian a casa la primera vez. ¿Te acuerdas?

—Ya sabes lo conservador que es. Cualquier chico joven sin estudios relacionados con herramientas y callos es un "oficinista"…

—Exacto —Irene guardó silencio un momento—. ¿No crees que se volvió así de… intolerante después de que se separaran? No recuerdo que se quejara tanto cuando aún estaban juntos.

Lea lo pensó mientras tiraba los restos a la basura bajo el fregadero.

—Puede ser. Yo sobre todo recuerdo cuánto se odiaban al final.

Aunque habían pasado seis años, las peleas explosivas seguían grabadas con nitidez en la memoria de Lea. Todo se precipitó de repente y terminó seis meses después con tal violencia que no cabía duda de que el señor y la señora Kristensen jamás volverían a estar juntos.

—Lo raro es que ninguno de los dos parece más feliz —murmuró Irene, mirando por la ventana hacia la carretera principal, donde los coches aún pasaban—. Quiero decir… mamá va encadenando un idiota tras otro. Papá se está convirtiendo en un viejo amargado, y lo de la bebida no ha mejorado…

Lea sonrió mientras enjuagaba los platos. Irene era la única de la familia que se atrevía a decir las cosas claras, incluso cuando se trataba del problema con el alcohol de su padre o de la espiral maniaco-depresiva de su madre en plena crisis de mediana edad.

Lea la miró al otro lado de la isla de la cocina. Irene parecía una versión más joven de ella misma, salvo por algunas diferencias evidentes. Tenía el rostro más estrecho, los ojos casi tan grandes como los suyos pero azules, como los de su madre. El pelo más rubio, más corto y con más estilo. Irene sonreía más y se enfrentaba al mundo con una ligereza y una seguridad que Lea envidiaba.

Su hermana sostuvo su mirada.

—¿Sabes qué fue lo que lo provocó de verdad? Lo de la ruptura, digo.

—No.

Lea cogió el paño, aunque la muñeca derecha protestó. Cambió al lado izquierdo y empezó a secar.

La verdad era que había hecho todo lo posible por no pensar en el divorcio —y menos aún en las vistas judiciales que culminaron con aquella pregunta directa, delante de todos, sobre con qué progenitor querían vivir ella e Irene—. Tenía dieciocho años y estaba en segundo de bachillerato. Irene, dos años menor, se había saltado un curso y solo iba uno por detrás en el mismo instituto.

Lea eligió a su padre.

Pasaron semanas antes de que su madre se marchara definitivamente. Y aun así, nada se calmó de inmediato.

Poco después, Lea dejó los estudios. Fue decisión suya. Cuando su padre, su madre, Anita, sus compañeros, más tarde Morgan y, finalmente, Ernst le preguntaron por qué, siempre dio la misma respuesta: que no podía con el instituto además del caos tras el divorcio, que tarde o temprano habría tenido que dejarlo igualmente. La verdad era algo distinta, y solo Irene la conocía.

—A lo mejor simplemente se distanciaron —concluyó Irene, levantándose. Sonrió a Lea y señaló hacia el pasillo—. ¿Quieres ver el baño? Ha quedado genial…

20

Y el baño había quedado genial. También la cocina. Y el salón. Y los dormitorios. Jack tenía talento, y, según Irene, todas las ideas sobre colores, decoración y mobiliario habían sido suyas.

La casa parecía valer una fortuna —y más o menos eso era lo que esperaban sacar por ella: aproximadamente el triple de lo que

habían pagado—. Solo vivían allí temporalmente, insistía Irene. Uno o dos años como mucho.

Jack había querido encontrar una casa vieja que pudiera reformar y vender con beneficio. Con algo de ayuda económica por parte de la familia de Irene, habían podido hacerlo sin endeudarse en exceso. Su sueño era comprar una casa más nueva —y más grande— en Amager.

Eso no sorprendía a Lea —Irene siempre había sido de ciudad—, pero se preguntaba si Jack, que había vivido toda su vida en Sorø, compartía realmente ese sueño o simplemente la seguía por amor. Irene podía ser bastante testaruda cuando se trataba de decisiones así. Casi siempre conseguía lo que quería.

Hacia las cinco, Jack llegó a casa. Le dio a Lea el habitual apretón de manos firme, besó a Irene en la mejilla y se disculpó por oler a heno viejo y vaca: había pasado el día reparando el tejado de un establo. Después se fue directo a la ducha.

—Creo que debería irme —dijo Lea, incorporándose del sofá.

Irene la miró como si estuviera loca.

—¿Estás de broma? Es casi la hora de cenar. ¿De verdad crees que voy a dejar que mi chef favorita se marche después de que yo haya sobrevivido tres semanas a base de lo que cocina Jack y de platos de microondas?

Lea sonrió de medio lado.

—Ahora me estás halagando.

—Sí, y las dos sabemos que funciona.

—¿No se le da bien la cocina?

—Oh, claro… si te gustan las tortillas. Y el picadillo. Y más tortillas.

Irene se levantó y cogió el bolso de la mesa.

—¿Por qué no bajamos a comprar algo? Yo me encargo de las verduras si tú te inventas algo brillante.

21

Si aquello podía considerarse brillante era discutible, pero el solomillo de cerdo quedó bastante bien. Siempre era más agradable cocinar para alguien conocido que para desconocidos.

Jack devoró la cena con entusiasmo. Irene se las apañó con el brazo izquierdo si se inclinaba un poco más sobre la mesa, y repitió.

Durante la cena hablaron de todo menos del accidente y de las sesiones de Lea con el psiquiatra: planes de futuro, estudios, recuerdos de la infancia, anécdotas divertidas del colegio y del trabajo. Si Irene había advertido a Jack que evitara los temas pesados, Lea no lo sabía, pero lo sospechaba. Su hermana sabía mejor que nadie que Lea necesitaba olvidarse de todo un rato.

En un momento dado, Lea fue al baño. Sentada allí, consultó el móvil.

Una llamada perdida. De número oculto.

Lo había tenido en silencio y, al parecer, no había notado la vibración. Su mente volvió a la llamada de la niña del sábado.

«¿Por qué estás llorando?»

Por algún motivo, volvió a oír la pregunta en su cabeza, con aquella misma curiosidad inocente, y algo pequeño e inquieto se agitó en algún rincón profundo de su mente. Lo apartó.

Después de cenar se sentaron en el sofá, donde los tres hablaron y bebieron vino tinto hasta que Jack empezó a bostezar. Pasaban unos minutos de las diez. Irene acompañó a Lea hasta la entrada.

Su hermana se apoyó en el armario, con los brazos cruzados, observándola mientras se ponía la chaqueta.

—¿Cómo estás de verdad? Y esta vez quiero la verdad.

Lea sostuvo su mirada. Irene estaba cansada y un poco alegre por el vino, pero no era por eso por lo que preguntaba. De verdad quería saber cómo estaba. Siempre había sido así. Se habían cuidado la una a la otra desde pequeñas. Incluso durante el turbulento divorcio de sus padres, habían salido adelante gracias a su vínculo.

Lea sintió un calor leve y reconfortante, uno que había temido que se debilitara cuando Irene tuvo su primer novio, cuando se mudó, y sobre todo después del accidente tres fines de semana atrás. Pero el lazo parecía haber sobrevivido también a esa prueba.

—La he visto dos veces en los últimos cinco días. Había desaparecido gracias a la medicación, pero… el primer día me olvidé la pastilla. El siguiente había bebido algo.

—¿Por eso no has querido vino esta noche?

Lea asintió y se encogió de hombros, impotente.

—Creo que solo han sido recaídas leves. El psiquiatra también lo cree. Quién sabe, a lo mejor no vuelvo a verla. Desde luego, ahora tendré más cuidado.

Irene bajó la vista al suelo. No necesitaba decir las frases de siempre: Si necesitas hablar…, Estoy aquí para ti…, Puedes llamarme cuando quieras… Lea ya lo sabía. Por su vínculo.

Entonces Irene levantó la mirada y preguntó, inesperadamente:

—¿La viste la noche que nos estrellamos? Justo antes.

Lea notó cómo el pulso se le aceleraba.

—¿Por qué lo dices?

Los ojos azules de Irene brillaron en la penumbra del recibidor. En la calle no se oía nada. El tráfico había terminado por ese día.

—Porque jadeaste. Recuerdo que jadeaste justo antes.

Lea frunció el ceño.

—Pero… estabas dormida.

—Estaba medio dormida.

Lea tragó saliva y asintió despacio, porque de pronto lo recordó.

—Sí. La vi.

22

Los reflectores, el guardarraíl, las líneas blancas de la carretera… era lo único que sus ojos cansados distinguían deslizándose en la oscuridad. Miró el velocímetro: 69, aunque el límite era 80.

El encuentro en la escalera del día anterior seguía flotando en algún rincón de su mente, la voz de la sombra acechando, lista para saltar y hacerle temblar las manos y sudar la piel. Aún faltaban unos

días para que Lea conociera a Ernst y aprendiera sus técnicas para evitar los malos pensamientos.

Su hermana soltó un leve gruñido. Estaba apoyada contra la puerta, dormida, con la boca ligeramente abierta. En el coche flotaba una mezcla dulce de alcohol y el perfume de Irene, iluminada por el resplandor rojo del salpicadero. En la radio nocturna sonaba algún éxito olvidado.

Era la primera vez que Lea recogía a su hermana después de una noche de fiesta desde que Irene salía con Jack. Al parecer, tener novio había domesticado sus antiguas noches salvajes. Lo único que aún molestaba a Lea de esos trayectos nocturnos era que Irene siempre llamaba a última hora. Nunca avisaba antes durante el día. Lea era el plan B, la red de seguridad cuando no aparecía nada mejor.

Lea alargó la mano para bajar un poco el volumen por consideración. No encontraba el mando y tuvo que mirar hacia abajo. En el momento en que sus dedos lo tocaron, una oleada recorrió su cerebro cansado, más intensa de lo habitual.

Alzó la vista.

Y allí estaba.

La sombra.

Justo en el centro de la carretera, bañada por los faros, demasiado cerca para reaccionar. Y justo antes de que el coche la embistiera, la vio con claridad.

Dios.

Vio el sombrero en su cabeza, el cuello del abrigo levantado hasta las mejillas y, lo peor de todo… unas marcas que podrían haber sido un rostro, pero un rostro sin ojos ni boca. Un rostro vuelto directamente hacia ella. Vacío. Negro. Y aun así… cargado de odio.

Lea quiso gritar, pero solo logró un jadeo.

El Toyota —a segundos de la destrucción total— atravesó la figura como si fuera exactamente lo que parecía: una sombra.

Pero aquel rostro.

Lea había visto aquel rostro sin rasgos.

Fuera lo que fuese, no era solo una sombra.

Era—

Negro.

23

—¿Lea?

Lea alzó la vista hacia Irene. Había vuelto al recibidor de Sorø. Se aclaró la garganta.

—Perdona, yo… ¿qué has dicho?

—Solo te he preguntado si de verdad no recuerdas nada después de ese jadeo.

Lea se mordió el labio.

—Lo siguiente que recuerdo es que estaba colgando boca abajo del cinturón, mirando el airbag. Me dolían el pecho, la cara y una rodilla como el demonio. Tenía sabor a sangre en la boca. Y tú… tú estabas gritando a mi lado. Creo que fue tu grito lo que me despertó.

No quería recordar más, no en ese momento. Incluso volver a pensarlo le dejaba esa sensación hueca en el estómago. Pero no necesitaba añadir nada. Irene conocía el resto. Su hermana no se desmayó por el dolor del hombro roto hasta unos dos minutos antes de que llegara la ambulancia.

La explicación oficial del accidente —lo que Lea había contado a sus amigos y a todo el mundo— era que se había quedado dormida al volante. Solo Irene y Ernst sabían lo de los desmayos. Pero Lea había pensado mucho en lo que pudo ocurrir durante aquellos segundos perdidos. En lo que pudo haber hecho. En si hizo algo, siquiera.

—¿Por qué lo preguntas?

Irene se frotó los ojos.

—Por nada.

—¿Tú… tú recuerdas qué pasó después de que yo jadeara?

Irene alzó la vista. Lea estudió sus ojos grises.

—No —dijo con una sonrisa cansada—. Estaba demasiado borracha y atontada para darme cuenta de nada hasta que ya había pasado todo. Solo recuerdo tu jadeo.

Lea asintió despacio.

—Vale.

—Irene… —suspiró Irene—. Siento que las cosas hayan estado… raras desde aquella noche. Debería haberte llamado antes, o haberme ido en tren a verte. Fue egoísta, pero necesitaba volver a sentirme yo misma después del susto, ¿sabes?

—Claro —dijo Lea—. No te preocupes. Podría haber sido yo perfectamente la que diera el primer paso.

—Bueno, pues lo ha sido —sonrió Irene.

Lea la abrazó, un abrazo que duró un poco más de lo habitual.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe a la estación? —preguntó Irene, bostezando.

—Tú métete en la cama —dijo Lea, abriendo la puerta—. Mañana madrugas.

—Ahora hablas como mamá.

Lea sonrió.

—Buenas noches, Irene.

—Buenas noches, hermanita.

Lea salió, oyó cómo el cerrojo echaba la llave tras ella y se detuvo un instante en los escalones, en el aire fresco de la tarde.

«Estaba demasiado borracha y atontada para darme cuenta de nada hasta que ya había pasado todo».

Habían cambiado muchas cosas desde que eran niñas y compartían techo. Pero otras no. Como que los ojos de Irene siempre la delataban cuando mentía.

24

El tren se balanceaba suavemente de lado a lado mientras atravesaba a toda velocidad la campiña oscura rumbo a la capital.

Por suerte, era uno de los modelos nuevos, así que el ruido no era demasiado.

Lea iba sola, con las piernas y los brazos cruzados, apoyada contra la ventanilla, mirando la negrura exterior. Casi todo lo que veía era el reflejo del interior del vagón. Pero de vez en cuando aparecían luces: granjas, pueblos pequeños o una autopista que pasaba como un relámpago.

«En psicología trabajamos mucho con símbolos», oyó la voz de Ernst en su cabeza. «La sombra es un clásico. Representa la oscuridad que llevamos dentro, nuestro lado sombrío. Es nuestro equipaje, nuestras emociones reprimidas. Aquello a lo que no queremos enfrentarnos. Aquello que nos da tanto miedo que preferimos olvidarlo. Siempre está con nosotros. No podemos huir de ella. No podemos controlarla. Y siempre proyectará un reflejo distorsionado de lo que somos. Porque, al final, eso es exactamente lo que es. Nosotros».

Pensó en aquella historia —probablemente de alguna clase de Literatura en el instituto— sobre el doctor que inventaba una pócima que lo transformaba en un monstruo, un doble retorcido que encarnaba todos los impulsos ocultos del médico y no temía llevarlos a la práctica.

Ya no recordaba los detalles, pero sí que el monstruo no era un mal externo: había vivido desde siempre dentro del buen doctor.

Desde las primeras sesiones con Ernst, a Lea le costaba aceptar la idea de que la sombra naciera de ella. Siempre la había visto como algo aparte, algo externo. ¿Cómo podía su mente inventar una alucinación tan vívida? Y si de verdad era una parte de ella… ¿qué significaba eso?

Había pasado mucho tiempo pensando en lo que podía haber hecho durante los desmayos, pero era como si lo hubieran borrado. Como si alguien hubiera cortado un trozo de la película. Lo que más la desconcertaba era por qué también había olvidado aquellos segundos en el coche, justo antes del desmayo. Había olvidado que había visto a la sombra, incluso su rostro…

Un escalofrío le recorrió la nuca al recordar aquella figura oscura bajo los faros, y apartó la imagen.

Quizá lo había reprimido. Le asombraba e inquietaba lo que la mente podía llegar a absorber.

Desde niña, el vaivén de los trenes siempre le había dado ganas de orinar. Aquella noche no era una excepción. Le quedaban veinte minutos para bajarse. Estiró el cuello para ver cuánta gente había en el vagón y solo distinguió a una persona más: un joven barbudo en la esquina del fondo, dormido con unos auriculares puestos.

Aun así, se llevó el bolso cuando se levantó. Con cuidado, avanzó por el pasillo hasta el aseo, que estaba entre dos vagones. En la pantalla de la puerta ponía «Libre». Pulsó y se coló en el interior estrecho, con olor a orina. La puerta se deslizó a su espalda y pareció bloquearse automáticamente.

La Lea que le devolvía la mirada desde el espejo sucio parecía tan cansada como se sentía. Las ojeras se le habían marcado más los últimos días, y tenía las mejillas hundidas. Había oído que el estrés y la ansiedad podían hacer eso, pero no se lo había creído hasta que la sombra entró en su vida.

Sacó un protector de papel del dispensador y lo colocó. Luego se desabrochó el pantalón —las dos muñecas le dolieron con el movimiento, recordándole que todavía no se había recuperado del todo de la noche de los bolos—, se lo bajó y se sentó. Apoyó los codos en las rodillas y escuchó el fuuush amortiguado del tren.

Llamaron a la puerta. Suave. Casi con timidez.

Lea la miró. ¿No sabían leer el letrero? Cerró los ojos e intentó relajarse.

Otro golpe, un poco más fuerte esta vez.

—Perdona, está ocupado —dijo Lea, y al instante se le fueron las ganas.

Suspiró y negó con la cabeza. Ya podía darlo por perdido. Pero pensaba esperar un poco antes de salir, solo para fastidiar a la persona maleducada. Justo cuando se puso en pie, habló una voz de niña.

—Pero… ¿qué significa ser una niña buena?

Lea se sobresaltó y clavó la vista en la puerta. Estaba cerrada, sin duda. Pero la voz había sonado como si la niña estuviera a su lado,

aunque no había gritado. Debía de tener la boca pegada a la puerta. Lea conocía esa voz. Era la niña de la llamada. Estaba segura.

Se subió el pantalón, cogió el bolso y pulsó el botón de la puerta. Se abrió deslizándose. Lea salió.

El pasillo estaba vacío en ambas direcciones. El tren seguía retumbando. Miró hacia el vagón contiguo. Unos chicos charlaban y un señor mayor leía el periódico. Volvió la mirada hacia su asiento y se quedó paralizada.

Vio a la niña.

No tendría más de cinco años, justo lo que sugería la voz, y se alejaba de Lea por el pasillo. La coleta rubia le botaba a cada paso, sujeta con una goma blanca. Llevaba una camiseta rosa monísima con ribetes blancos y mangas cortas que recordaba a una blusa marinera de dibujos animados. Los pantaloncitos a juego parecían un poco grandes para sus piernas delgadas y morenas, que terminaban en calcetines blancos y zapatos de verano. Se detuvo junto a un asiento que parecía vacío, se metió hacia dentro y desapareció de la vista antes de que Lea llegara a verle la cara. El chico de los auriculares seguía dormido al fondo.

Lea frunció el ceño. Había algo raro en aquella niña. ¿Viajaba sola a esas horas? ¿Y sin chaqueta? Quizá estaba perdida.

Lea caminó hacia su asiento. Al pasar junto a la fila de la niña, se asomó.

Los asientos estaban vacíos.

Miró por el vagón. No había nadie más que el chico dormido. Revisó los asientos cercanos, incluso se agachó para mirar debajo.

Pero la niña había desaparecido.

Jueves, 5 de septiembre

25

Lea abrió los ojos, parpadeó y se quedó mirando el techo. El dormitorio estaba a oscuras. Se giró de lado y se quedó allí, intentando volver a dormirse. Aparte del zumbido lejano del tráfico nocturno, el edificio estaba inusualmente silencioso, incluso para una noche de miércoles.

Siempre había tenido el sueño ligero, desde niña, y no había mejorado desde que la sombra entró en su vida. De hecho, no recordaba la última vez que había pasado una noche entera sin despertarse.

Levantó la cabeza y miró los dígitos azules del despertador: 2:06.

Con un suspiro, se estiró y estaba a punto de frotarse los ojos cuando notó algo oscuro en los dedos de la mano izquierda. Pegajoso. Olió. Un tufo agrio, metálico.

Entonces fue consciente de una sensación cálida y húmeda entre las piernas. Metió la mano bajo el edredón. Las bragas estaban húmedas y pegajosas, confirmando su sospecha.

—Oh, no… —gimió, alargando la otra mano para encender la lamparita de la mesilla. La luz la hizo entornar los ojos.

Apartó el edredón de golpe…

y se le escapó un jadeo.

Las bragas, de color azul pálido, estaban empapadas de una sangre marrón rojiza que le manchaba los muslos. Debajo de ella, la sábana tenía una mancha grande.

Una oleada de malestar le revolvió las tripas. No le cabía duda de que venía de la vagina, pero aquello no era una regla normal. Para empezar, no le tocaba hasta dentro de dos semanas, y no tenía el dolor habitual en el vientre. Además, era demasiada sangre.

Una inquietud fría, pegajosa, se le apoderó del cuerpo.

—¿Cómo es posible que esté sangrando así de repente? —murmuró—. ¿Qué ha pasado?

Salió de la cama y fue al baño, intentando ignorar la sensación desagradable de los muslos pegados. Le daba náuseas. Odiaba sentirse sucia, sobre todo en esa parte del cuerpo.

Encendió la luz y volvió a entrecerrar los ojos por el brillo. Cogió del armario una toallita limpia, la mojó con agua templada y la escurró. Luego se bajó las bragas, se quedó inmóvil y miró.

Estaba limpia. Y las bragas también. La tela azul pálido no tenía ni una mota de sangre.

Se revisó deprisa y no encontró nada fuera de lo normal.

Con una mezcla extraña de esperanza y temor, volvió de puntillas al dormitorio. Encendió otra vez la lamparita y levantó el edredón, lo dio la vuelta. Tanto el edredón como la sábana estaban impecables.

Lea se quedó un buen rato de pie, mirando la almohada. Intentando averiguar si podría haber estado dormida cuando vio la sangre. Estaba casi segura de que había estado completamente despierta todo el tiempo. Quizá la oscuridad la había engañado. Pero… también lo había sentido. El calor. Lo pegajoso. El olor metálico. Todo había sido real.

Se le habían helado los pies al salir de la cama, y se le erizó la piel de brazos y piernas. Pero ahora estaba completamente despierta, y no iba a volver a dormirse en mucho rato. No le apetecía quedarse allí tumbada, mirando el techo.

Fue a la cocina sin encender la luz: con el resplandor del dormitorio le bastaba para orientarse. En el armario encima del fogón miró de reojo los frascos de Zyprexa. Uno —el pequeño, el primero que le habían recetado antes de que Ernst le doblara la dosis— estaba casi vacío. A su lado estaban las pastillas para dormir que también le había dado el psiquiatra.

Cogió el blíster, sacó una pastilla y la dejó en la palma de la mano. Se la tragó con un gesto ya aprendido; normalmente evitaba incluso los medicamentos más suaves, pero en las últimas semanas las pastillas se habían convertido en una rutina. Luego llenó un vaso de agua y la acompañó con un sorbo.

Al dejar el vaso, se le fueron los ojos al regalo de graduación de Morgan. El juego de cuchillos japoneses estaba en su soporte, con los mangos hacia arriba. Pero faltaba uno. El cuchillo de trinchar. El grande.

Sintió un escalofrío en el cuero cabelludo, como dedos helados deslizándose por el pelo, tensándole la piel del cuello y los hombros bajo la camiseta. Lea nunca dejaba los platos de un día para otro —y menos aún sus cuchillos—, así que ¿por qué no estaba el cuchillo de trinchar en su sitio?

Se giró y recorrió con la vista el salón en penumbra. Estaba vacío. Estaba sola.

En la silla del comedor más cercana estaba el cuchillo.

Lea se quedó quieta, con el corazón golpeándole en el pecho, intentando recordar si lo habría usado aquella noche y se le habría pasado recogerlo. Pero había cenado dos plátanos. No era precisamente algo que requiriera un cuchillo de trinchar.

Se acercó y lo cogió. El mango estaba fresco y familiar en su mano. La hoja estaba limpia. Con el mayor sigilo posible, rodeó la mesa y asomó la cabeza al pasillo. Solo abrigos y zapatos.

Aun así, el pulso no se le calmaba. Volvió a colocar el cuchillo en su ranura.

Después se metió otra vez en la cama, apagó la luz y se quedó allí, esperando a que la pastilla hiciera efecto.

Viernes, 6 de septiembre

26

Mr. Bean había ido al médico porque tenía la mano metida en una tetera pequeña y brillante. Pero la espera era larga, así que probaba distintas maneras ingeniosas de colarse en la fila sin llamar demasiado la atención sobre su ridículo problema.

El volumen del televisor estaba bajo. La pantalla bañaba el sofá y a Lea con un resplandor blanquiazul. Tenía los pies recogidos bajo ella y se había envuelto en una manta.

En la cocina estaba encendida la luz del fogón, y eso le proporcionaba una leve sensación de seguridad. Se acercaban las diez y, tras las ventanas, era noche desde hacía horas.

En la tele sonó una carcajada enlatada cuando el desdichado *Mr. Bean*, aún en la sala de espera, logró que la otra mano se le quedara atascada en una papelera metálica y, para su desesperación, tuvo que sacar un nuevo número de turno… con la boca.

Lea miraba el programa de humor que normalmente la hacía reír, pero aquella noche no le provocaba la reacción de siempre.

Lo de la noche anterior —cuanto más lo pensaba, más le parecía que debía de haber sido un sueño— seguía pegado al fondo de su cabeza. No conseguía convencerse de irse a la cama, aunque estaba rendida.

Miró hacia la cocina. Los siete cuchillos estaban en su sitio, colgados. La caja en la que venían tenía un pequeño cierre. Estaba encima del armario. ¿Debería guardarlos bajo llave? No. Negó con la cabeza y volvió la vista a la pantalla.

Oyó pasos en la escalera. Se detuvieron delante de su puerta. Sonó el timbre.

Lea se incorporó de golpe. Se levantó, fue hacia el pasillo y se detuvo a mitad de camino, dudando. Luego avanzó el resto, pero se paró a unos pasos de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta.

—Soy yo, Lea —respondió la voz de Cecilie.

Lea se acercó a la mirilla y miró. Después quitó el pestillo y abrió.

La sonrisa de su amiga se transformó en sorpresa al verla, y Lea comprendió, por su cara, que debía de parecer como se sentía: cansada, preocupada, descentrada. Pero la sonrisa de Cecilie volvió enseguida.

—Hola, cariño —dijo, y la abrazó.

—¿A qué debo el honor? —preguntó Lea con una sonrisa tenue, apartándose para dejarla pasar al recibidor. En realidad quería estar sola, pero no podía dejar de invitarla a entrar.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó Cecilie, cerrando la puerta detrás de ellas. Miró por encima del hombro de Lea hacia el interior del piso. Solo entonces Lea se dio cuenta de que Cecilie llevaba el pelo recogido y un maquillaje inusualmente cargado.

—No… yo… estaba viendo la tele —dijo Lea, aclarándose la garganta—. Me iba a acostar.

—Tienes mala cara —dijo Cecilie con auténtica preocupación—. En realidad venía a ver si te apetecía salir esta noche. María, la del grupo de crianza, ¿te acuerdas?, está esperando abajo en el coche. Nada de locuras, solo un par de copas como la otra vez. Igual un poco de baile.

—Creo que debería dormir —dijo Lea, con tono de disculpa—. Además me encuentro un poco pachucha.

—Claro —asintió Cecilie, algo decepcionada pero comprensiva. Bajó la mirada y jugueteó con la pulsera—. Oye, Lea… una de las razones por las que quería que vinieras es que necesito hablar contigo de algo que ha pasado… algo bastante horrible.

Lea frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado?

—Es Mark. Pasó ayer por casa y… Tobias no paraba de llorar. Yo no conseguía averiguar qué le pasaba y, de repente, Mark lo cogió y… lo sacudió… —A Cecilie le tembló la voz y apretó los labios.

Lea la miró horrorizada.

—Dime que estás de broma.

—No fue tan grave, pero… estuve a punto de llevarlo a urgencias, porque luego lloró todavía más, pero estoy casi segura de que no le ha hecho daño.

—Dios, Cecilie —susurró Lea—. ¿Qué demonios le pasó por la cabeza?

—No lo sé —dijo Cecilie, deshecha, parpadeando deprisa para contener las lágrimas—. Estuvo callado toda la tarde. Y entonces… algo se le cruzó. Era como si no lo conociera de nada. Me entró pánico, le grité que parara, intenté quitárselo… y él me mandó callar. Luego se fue. Hoy lo he llamado varias veces, pero no coge el teléfono.

Lea no sabía qué decir. Pensar en Tobias herido le revolvía el estómago. Y la idea de que Mark pudiera hacer algo así la asustaba. Te crees que conoces a la gente…

—No quiero ni pensar en ello ahora —sollozó Cecilie, tocándose el rabillo del ojo con un dedo—. Llevo llorando casi todo el día, y ahora solo necesito desconectar —Miró a Lea y le dedicó una sonrisa triste —. Tobias está con mi madre, y Mark no va a verlo hasta que me dé una explicación.

—Eso… eso está bien —murmuró Lea—. Estoy alucinando, Cecilie.

Cecilie asintió.

—Bueno, mejor me voy —Iba a girarse cuando pareció acordarse de algo. Sonrió con cierto apuro—. Ah, sí. Le prometí a mi madre

que te preguntaría… ¿qué haces mañana?

—¿Mañana? —repitió Lea, fingiendo pensar—. Nada en especial. ¿Por qué?

—Pues si tienes tiempo y te apetece, mañana viene mi familia a casa. Es el cumpleaños de mi madre y lo celebra allí. Seremos bastantes.

Lea estuvo a punto de decir que no; no le apetecía estar rodeada de un montón de gente. Pensó usar la excusa de que no quería entrometerse, aunque era bonito que Cecilie hubiera pensado en ella.

—Hemos encontrado a una chica para servir, pero nos falta una persona en la cocina —continuó Cecilie—. La que teníamos nos ha cancelado hoy. ¿Qué me dices? Ya sé que es con muy poca antelación…

Lea disimuló el sobresalto lo mejor que pudo. Ojalá pudiera negarse.

—Yo… sí, puedo hacerlo.

Cecilie la miró como esperando un «pero…».

—¿Seguro? Es que no quiero… si estás agobiada o lo que sea…

—No te preocupes —dijo Lea, forzando una sonrisa—. Encantada de ayudar.

—Vale, genial. Tu comida siempre triunfa. Será solo algo ligero y tarta de postre. Pero mañana hablamos más, ¿vale?

—Sí, perfecto.

Cecilie la abrazó otra vez antes de irse.

Cuando Lea volvió al salón, Mr. Bean había terminado y aparecían los créditos. Se detuvo junto a la encimera, miró los cuchillos.

Luego fue a por la caja y los guardó.

Por si acaso.

27

Lea se había dormido cuando volvió a sonar el timbre.

La tele seguía encendida, ahora con reposiciones de telenovelas de la tarde. Lea se incorporó, aturdida, en el sofá y miró el reloj de pared. Casi la una.

¿Otra vez Cecilie?

Apartó la manta y se levantó. Fue hacia la puerta.

—¿Quién es?

Hubo una pausa antes de la respuesta.

—Por favor, abre la puerta, Lea.

El corazón le dio un pequeño salto.

—¿Mark?

—Solo quiero hablar. ¿Te parece bien? —Su voz sonaba un poco pastosa—. Perdona que sea tan tarde.

Lea miró con cautela por la mirilla. Mark se frotaba un ojo y se balanceaba ligeramente.

—Ahora no es buen momento, Mark. Estaba en la cama.

—Qué curioso, las luces siguen encendidas ahí dentro.

Lea no encontró una réplica inmediata. Entonces cayó en la cuenta: tanto Cecilie como Mark habían entrado por el portal, pese a que debería estar cerrado. Recordó que el vecino había comentado que el pestillo estaba fallando y que ya se lo había comunicado al administrador.

—Lea, escucha —dijo Mark—. Solo quiero hablar. Es importante. Es por Tobias.

Lea dudó. Era Mark, no un delincuente. Había cenado con él varias veces y, aunque nunca habían conectado de verdad, seguía siendo el padre del hijo de Cecilie.

Pero… ¿qué sabía ella realmente de él? Peor aún: ¿qué sabía Cecilie de verdad? Pensándolo bien, ¿no había sido eso parte de su atractivo? Que era reservado, un poco misterioso.

Descorrió el pestillo, pero dejó puesta la cadena, de modo que la puerta solo se abrió un poco.

Mark se asomó y sonrió.

—¿No puedo pasar?

—Si vamos a hablar, será así —dijo Lea en voz baja.

—Así que Cecilie te lo ha contado —dijo él, asintiendo.

—¿Estás borracho?

—Sé que ha estado aquí antes.

—¿Qué quieres, Mark?

Mark se humedeció los labios; la mirada se le iba.

Estaba borracho, sin duda. Le costaba mantenerse en pie.

—¿De verdad tenemos que hablar así?

El corazón de Lea retumbaba, pero intentó mantenerse serena. De algún modo, el hecho de que estuviera borracho lo hacía mucho peor. La aterraba.

—Eres tú el que ha dicho que quería hablar.

Mark suspiró.

—No sé qué te habrá contado, pero… no fue para tanto. A lo mejor parecía peor de lo que fue.

Se quedó callado, pero Lea no dijo nada.

—Quiero decir… ya sabes cómo es ese llorón. A veces puede ser un auténtico crío insoportable, ¿no? —Mark se rio, y aquel sonido asustó a Lea más que cualquier otra cosa de él.

Estuvo a punto de cerrarle la puerta de golpe.

—Escucha —dijo Mark, cambiando de táctica al ver que el encanto no funcionaba. Se inclinó un poco hacia la rendija y habló en voz baja. Un olor mezclado de colonia, humo de tabaco y alcohol se coló por el hueco—. Me da miedo perderlo, ¿vale? Creo que ella puede quitármelo. Si va a la policía… la madre siempre gana esos casos, ¿no? No quiero perderlo. No quiero perder a ninguno de los dos.

Lea sintió una punzada de compasión, pero siguió sin decir nada.

Mark reprimió un eructo y se inclinó aún más. El aliento le llegaba cálido y dulzón.

—Lea, necesito ayuda. No soy mala persona, aunque probablemente creas que sí. Solo tengo días malos… como todo el mundo, ¿no? Pero con Cecilie todo se ha torcido y, sinceramente, no sé qué hacer para arreglarlo. Nos hemos vuelto… extraños, no sé. Desde que nació Tobias. Tú lo entiendes, ¿no?

Lea se encogió de hombros.

—No lo sé, Mark…

—¿Te ha dicho algo?

—¿Sobre vosotros?

Mark asintió con ansiedad.

Lea se lo pensó un instante.

—Solo que está confundida.

—¿Sigue sintiendo algo por mí? Necesito saber si todavía siente algo por mí.

—Eso no puedo contestártelo, Mark. Solo Cecilie puede hacerlo.

—Pero si tuvieras que adivinar…

Lea suspiró.

—No se deja de querer a alguien de la noche a la mañana.

Mark sonrió ampliamente.

—Sí… probablemente tengas razón.

La sonrisa se le torció y la recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Siempre me has caído bien, Lea. Eres una amiga estupenda… Siempre estás cuando te necesitamos. Y Tobias te adora…

—Tienes que irte ya —dijo Lea, y empezó a cerrar la puerta.

Pero Mark metió el brazo por la rendija.

—Venga, dame la mano un momento.

—¡No, aléjate! —gritó ella, demasiado alto. Su voz resonó por la escalera.

Mark retiró la mano, sorprendido. Su expresión se volvió ofendida.

—Vale, no iba por ahí.

Le lanzó una última mirada indignada por la abertura y luego se dio la vuelta y bajó las escaleras tambaleándose.

Lea cerró la puerta y echó la llave con las manos temblorosas. Fue a la cocina, apagó la luz y se asomó por detrás de la cortina junto a la puerta del balcón. Desde allí tenía vista directa al aparcamiento.

Al cabo de unos minutos, Mark apareció, cruzó el aparcamiento a trompicones, abrió el coche y se metió dentro. Se encendieron los faros. Arrancó el motor. Dio marcha atrás y se marchó.

Sábado, 7 de septiembre

28

Lea se despertó poco antes de las diez con el sonido del móvil. Era Cecilie.

Por fin había logrado caer en algo parecido a un sueño profundo. Apenas había dormido desde que Mark se presentó en su casa. Aunque probablemente debería haber tomado una pastilla para dormir, algo la había frenado.

Cecilie le contó que ella también acababa de despertarse. La noche anterior habían tenido que irse a casa a mitad de salida porque, de repente, se había puesto enferma y había pasado buena parte de la noche en el baño. Dudaba que tuviera fuerzas para recibir invitados.

Y no las tuvo. Lea apenas la vio durante la comida familiar.

Tampoco es que tuviera tiempo de charlar. La madre de Cecilie —una mujer alta y delgada que, en la humilde opinión de Lea, era un poco exigente y no especialmente colaboradora— no dejaba de darle instrucciones sobre la comida. Por suerte, ella se ocupó de Tobias,

pero eso significó que Lea tuvo que ir ella misma a hacer la compra, algo que se suponía que había hecho Cecilie.

Le costaba concentrarse tanto en la compra como en la cocina, y sonreír y saludar a la, por lo demás, encantadora familia de Cecilie le resultó más agotador de lo habitual. Se sentía extraña, fuera de lugar, y sus pensamientos no dejaban de volver a Mark, a lo que haría si aparecía allí.

Había esperado encontrar un momento a solas con Cecilie para contarle la visita de la noche anterior, pero cuando por fin sirvieron los postres, a las siete, Cecilie estaba profundamente dormida, roncando sin disimulo.

Lea se despidió de la madre de Cecilie y se marchó en silencio, con hambre, agotada y con las muñecas doloridas.

29

Justo cuando se incorporaba a la carretera principal, el móvil vibró en el bolso que había dejado en el asiento del copiloto.

Se inclinó y lo buscó a tientas mientras sujetaba el volante con la mano izquierda. Miró la pantalla antes de contestar.

—Hola, mamá.

—Hoooola, cariño. ¿Qué tal estás? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Acabo de salir de casa de Cecilie.

—Ah, qué bien. Es una chica tan encantadora. Hace siglos que no la veo. Y dime, ¿qué tal con el horario reducido? ¿Sigue siendo demasiado para ti?

—No, qué va. De hecho es un poco abur—

—Tienes que tener cuidado de no forzarte —la interrumpió su madre—. Los médicos dijeron que seguramente era por estrés. Y seguro que tu terapeuta dice lo mismo, ¿verdad? ¿Es simpático?

Si hablar con su madre cara a cara era agotador, por teléfono lo era todavía más. Era de esas personas que no necesitaban interlocutor para mantener una conversación entera.

—Sí, es competente y yo—

—Me alegro. Perdona que no haya tenido tiempo de llamarte esta semana, pero he estado un poco liada, ya sabes…

Lea sabía que la habitual ventana de treinta segundos de cortesía para interesarse por su vida había terminado. Ahora llegaba el verdadero motivo de la llamada.

—He dejado a Torben.

Su madre hizo una breve pausa, claramente esperando que Lea se sorprendiera.

—Ah —murmuró Lea, cambiando el teléfono de mano para poder usar la palanca de cambios—. ¿Y eso?

—Bueno, en realidad ya lo había decidido hace un par de semanas, pero ya sabes, hay que esperar el momento adecuado para estas cosas. Se había vuelto muy distante cuando estábamos juntos. Como si ya no disfrutara de mi compañía —Su madre soltó una risa incrédula, como si la idea fuera absurda—. Es una pena, la verdad. Creo que teníamos algo bonito. Parecía un hombre estable. Es increíble lo mucho que pueden cambiar las cosas en unos meses…

Lea escuchó con disciplina mientras su madre desgranaba las razones por las que lo suyo con Torben había fracasado y cómo había intentado poner fin a la relación sin dramas —algo que, como de costumbre, no había funcionado y había acabado con ambos enfadados—.

Lea llegó hasta su edificio y se quedó sentada en el coche, con el motor apagado, hasta que el monólogo de su madre entró en la fase final: la parte en la que expresaba sutilmente su decepción por verla tan poco y sugería que ya tocaba una visita.

—Me está costando organizarme con todo —dijo Lea en tono de disculpa, y añadió enseguida—. El terapeuta también dice que debería intentar dedicar un par de horas al día solo a relajarme.

—Claro que sí. Pero aun así podrás sacar un rato para pasarte por aquí, ¿no?

—Lo intentaré.

—Bien. Por lo menos llámame uno de estos días y planeamos algo para el fin de semana, ¿de acuerdo? Bueno, cuídate hasta que nos

veamos, cariño.

—Tú también, mamá.

—Venga, adiós.

—Adiós.

Lea permaneció un momento más en el coche, escuchando el silencio. Se preguntó a qué edad dejaban los padres de tener ese extraño poder sobre uno: la capacidad de hacerle sentirse niña otra vez.

Probablemente nunca.

Siempre se sentía un poco culpable después de hablar con su madre. Sobre todo porque, como ella misma se encargaba de señalar, no encontraba suficiente tiempo para visitarla, pero también porque no hacía más por apoyarla. No hacía falta ser psicólogo para darse cuenta de que su madre pedía ayuda a gritos cada vez que divagaba sobre su vida caótica.

Curiosamente, Ernst había dedicado la segunda mitad de la sesión del día anterior a indagar en su relación con su madre. Todo había empezado con la pesadilla de la sangre. Lea le había dicho que la sangre estaba en el vientre, no entre las piernas. La verdad era demasiado íntima.

Pero quizá él había notado algo en su tono, porque le pidió que hablara de su primera regla. Lo hizo, aunque le resultó humillante.

Tenía once años la mañana en que se despertó y descubrió una mancha de sangre en forma de reloj de arena en las bragas. En el colegio aún no habían tenido educación sexual, pero había oído a chicas mayores que la menstruación empezaba pronto.

Tiró rápidamente las bragas al cesto de la ropa sucia, se dio una ducha y cogió una compresa de su madre. Le resultó extraña, sobre todo porque se la puso al revés, pero pronto aprendió a colocarlas bien y se acostumbró en los siguientes ciclos.

—¿Nunca hablaste con tu madre sobre eso? —le había preguntado Ernst con ligera sorpresa.

Lea no había hablado con su madre, ni con nadie. ¿De qué había que hablar? Era un tema embarazoso. Empezó a comprarse ella misma compresas y tampones, y empezó a tomar anticonceptivos cuando entró en bachillerato.

No le gustó la manera en que Ernst insinuó que su madre había sido una mala madre por no haber tenido «la charla» con ella, así que subrayó que la habían educado para ser independiente desde pequeña —tanto su madre como su padre— y que estaba agradecida por ello.

Sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos. El crepúsculo ya caía, acentuado por el espeso manto de nubes que amenazaba con lluvia y tormenta. Se prometió visitar más a su madre, pero primero tenía que… ¿cómo lo había dicho Morgan?… dosificarse.

De momento solo quería meterse en la cama temprano. Estaba tan cansada que pensaba saltarse la cena.

Bajó del Fiat, cerró la puerta del coche —un dolor agudo le recorrió la muñeca—y cruzó hasta la entrada. Justo cuando iba a coger el tirador, su vecino Christian salió.

Llevaba el pelo rapado y tenía los hombros anchos.

—Hola —sonrió al verla, sujetándole la puerta. No habían hablado desde el día en que la sombra habló por primera vez y él la oyó gritar. Lea calculaba que tendría poco más de treinta años y lo había visto salir del edificio varias veces con uniforme militar y una maleta. En la placa de su puerta, por la que Lea pasaba a diario, se leía Christian Nyrup.

—Hola —dijo Lea, forzando una sonrisa mientras pasaba—. Gracias.

—Oye… —preguntó Christian con cierta timidez—, ¿qué tal estás?

Lea se volvió y sonrió con timidez.

—Bien, gracias. Siento mucho lo de… ya sabes…

—No, venga —dijo él deprisa, sonriendo—. Ya te has disculpado veinte veces. Más que suficiente. No tienes que disculparte por nada.

Lea bajó la mirada y asintió.

—No habrás vuelto a ver a ese tipo raro, ¿verdad?

Lea negó con la cabeza, aunque, por algún motivo, la imagen de Mark cruzó fugazmente su mente.

—Mejor. He vuelto a hablar con el conserje. Prometió arreglar la cerradura pronto. Si oyes o ves algo, dímelo, ¿vale?

—Lo haré. Es muy amable por tu parte.

Christian sonrió de lado.

—Hay que cuidarse entre vecinos, ¿no? —Luego pareció recordar algo—. Por cierto… te están esperando.

Lea lo miró, sorprendida.

—¿Qué?

Señaló hacia arriba con el pulgar.

—Tienes visita. Parecía que te echaba de menos. Hablamos.

La puerta se cerró tras él.

Lea subió las escaleras deprisa, pero redujo el paso al llegar al primer piso.

Sobre el felpudo estaba Basta.

El terrier levantó la cabeza y aguzó las orejas al verla. Luego se puso en pie de un salto y corrió hacia ella, moviendo el rabo. Pero la correa, atada al pomo de la puerta, le impidió alcanzarla, así que empezó a gimotear y a dar vueltas sobre sí mismo.

—¿Eres tú? —murmuró Lea, sorprendida.

Vio la nota en el suelo. Estaba mordisqueada y empapada de babas, pero aún se podía leer.

El perro le apoyó las patas en las piernas cuando se agachó a coger el papel. Ya se imaginaba lo que decía antes de leerlo y solo necesitó echarle un vistazo:

superliada… iba a llamarte… se me apagó el móvil… chico nuevo… por favor cuida de Basta… solo una noche… besos, Anita

Lea miró al perro y vio que había dejado un pequeño charco de emoción en el linóleo.

Suspiró.

Domingo, 8 de septiembre

30

Lea estaba paseando a Basta. Había llovido con fuerza durante toda la noche, y una llovizna ligera había persistido durante gran parte de la mañana. El césped del parque para perros estaba empapado, pero aquello parecía molestar mucho menos a las patas del animal que a las zapatillas de correr de Lea.

Caminaba absorta en sus pensamientos mientras Basta tiraba con entusiasmo de la correa en su eterna misión de olfatearlo todo. Por suerte, había dormido tranquila aquella noche —salvo las tres veces que el perro la despertó gimoteando en busca de atención—.

Aun así, el incidente de la noche anterior no la soltaba, y ni siquiera conservaba su habitual atisbo de buen humor. Se alegraba de que no hubiera aparecido ninguna visita inesperada y agradecía tener el día libre hasta el lunes, porque apenas tenía energía para algo más que deambular por casa y limpiar un poco.

Acababan de completar una vuelta al lago cuando el móvil vibró en su bolsillo. Lo sacó. Era Morgan.

—Hola, chef.

—Hola, Lee. ¿Interrumpo algo?

—Para nada.

—Bien. No estaba seguro de si hoy tenías sesión con el terapeuta.

—Es mañana —le informó ella.

—¿Cómo están esas muñecas?

Flexionó la izquierda, con la que sujetaba la correa de Basta. El dolor estaba ahí, pero había estado mucho peor. No necesitaba comprobar la derecha para saber que probablemente debería seguir usando la férula.

—Bien.

—¿Qué te parecería hacer un turno de diez horas hoy?

Era lo último que esperaba que le pidiera.

—Eh… claro.

En realidad, no le apetecía trabajar —ni hacer nada—.

—Estupendo —dijo Morgan—. No te lo pediría si no te necesitara de verdad. Stephen está con gripe. Ayer ya se notaba que no estaba bien. Así que hoy solo estaremos tú y yo. Como en los viejos tiempos.

Lea pudo oír la sonrisa en su voz.

—¿De doce a diez?

—Sí. Y tenemos un cumpleaños de cuarenta años a las dos. Veintitantos invitados. Va a ser movido. Estoy a punto de abrir.

A su pesar, sintió un leve cosquilleo de emoción en el estómago, una sensación que casi había olvidado.

—Llegaré con tiempo.

31

Pero no llegó con tiempo.

Volvió a casa deprisa con Basta, que por suerte había hecho sus necesidades —debidamente recogidas y tiradas por Lea—. Eran poco más de las once, y calculó que iba sobrada. Media hora hasta el

trabajo; cuarenta y cinco con el desvío para dejar al perro en casa de Anita.

Su ánimo incluso había mejorado. Llamó a su amiga mientras revoloteaba por el piso recogiendo lo que necesitaba llevarse.

—Mmm… ¿hola? —murmuró Anita, adormilada.

—Buenos días, princesa. ¿Te he despertado?

—Mmm… sí…

—Lo siento. Pero voy con prisa. Tengo que estar en el trabajo a las doce, así que necesito dejar ahora al perrito.

—Eh… no estoy en casa.

—Ya, pero tengo la llave de repuesto. ¿Puedo dejarlo sin más?

Anita dudó. Al fondo, alguien roncaba.

—Eh… en realidad esperaba que pudieras quedártelo hasta mañana, cielo. Probablemente me quede otra noche.

Lea cerró los ojos y reprimió un suspiro.

—Pero… no puedo dejar al perro solo doce horas.

—¿No puedes dejarle comida?

—No tengo. Y sabes que se hace pis por todas partes cuando lo dejas solo en un sitio que no conoce.

Hablaba por amarga experiencia.

—Ah… sí…

Silencio.

—¿Dónde estás? —preguntó Lea.

—En Valby.

—Si paso con el perro, ¿puede quedarse contigo allí?

Otro breve silencio.

—Sí, creo que sí. Haz eso.

—Vale. Mándame la dirección.

No era la primera vez que Anita le hacía algo así.

Eran casi la una cuando Lea entró en el aparcamiento del Restaurante Friis.

32

Las horas en la cocina se le pasaron volando a Lea. Durante un rato, olvidó el desagradable zumbido de fondo de la ansiedad que la había acompañado durante tanto tiempo.

Todo el día estuvo concentrada únicamente en la comida. Sus manos se movían con precisión entrenada junto a las de Morgan. Picaban, cortaban, sellaban, salteaban, maldecían, bromeaban y se animaban mutuamente.

De verdad era como en los viejos tiempos, y Lea se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos.

Los últimos invitados se marcharon poco después de las diez. Julie era la única camarera que quedaba, y Lea la ayudó a llevar los últimos platos a la cocina.

Morgan salió del despacho, ya cambiado con su ropa de calle. Se abrochó el último botón de la camisa y sonrió.

—Lo hemos clavado, chicas.

—Tengo los pies destrozados —dijo Julie con una sonrisa agotada. Era guapa, de pelo oscuro recogido en la nuca. Era la que le caía mejor a Lea de las camareras: trabajadora y siempre alegre. Un par de años menor que ella y estudiante de Derecho.

—¿Has terminado el suelo, Julie?

—Sí. Solo me quedan los manteles.

Desapareció por las puertas batientes hacia el comedor.

Morgan se apoyó en la encimera y cruzó los brazos.

—Uno de los días más movidos en mucho tiempo. Gracias por la ayuda, Lee.

—No hay de qué —respondió ella, despegándose las férulas de velcro con un crujido. Tenía la piel sudada, pero gracias a ellas podría dormir aquella noche.

—Me siento un poco culpable por exigirte así —dijo Morgan, frotándose el cuello—. Sobre todo después del discurso que te solté el otro día sobre ir despacio.

—No te preocupes —sonrió Lea—. Me ha gustado.

—Vale.

Miró el reloj.

—Mierda. Le prometí a Anna que intentaría llegar antes de las diez.

—Vas tarde —observó Lea.

—Sí, pero si salgo ya, igual evito la bronca.

Lea sonrió.

—Será mejor que te vayas.

—Tú también te vas, ¿no? Que Julie termine lo que queda.

—Voy a coger un vaso de agua.

Morgan miró a Julie, que regresaba con un montón de manteles.

—Me voy. ¿Cierras tú, Julie?

—Claro.

—Que quede todo impecable, ¿eh? Sabes que odio llegar y encontrar un desastre.

—No te preocupes, lo sé.

Morgan asintió. Sus ojos volvieron a suavizarse. Al pasar junto a Lea, le dio un breve apretón en el hombro.

—Gracias por hoy, Lee.

—Lo mismo digo, chef.

Morgan salió por la puerta trasera, que se cerró poco después.

Lea entró en el despacho a cambiarse.

Cuando regresó a la cocina, Julie había metido los últimos platos en el lavavajillas y trataba de ponerlo en marcha. No pasaba nada. Pulsó el botón varias veces y soltó un gemido lleno de frustración.

—¿Por qué no funciona ahora?

Lea dejó el bolso sobre la encimera y se acercó. Le dolía la zona lumbar tras tantas horas de pie y necesitaba desesperadamente una ducha.

—A veces hace eso. Solo hay que reiniciar el programa. ¿Te queda algo más por hacer?

—Solo esas bandejas de ahí.

Miró el lavavajillas con nerviosismo y añadió en voz baja:

—Si esto no arranca, Morgan me mata.

Lea dudó un instante y le dedicó una sonrisa.

—Yo me encargo. Vete a casa.

Julie parpadeó.

—¿Seguro?

—Tardaré diez minutos en poner en marcha este trasto viejo. No hace falta que estemos las dos esperando.

—Bueno… gracias.

—Vete con cuidado, Julie. Conduce despacio.

Julie cerró sesión en el ordenador, se puso el abrigo y se marchó.

Un minuto después, Lea vio pasar la luz de su bicicleta frente a la ventana mientras se alejaba por la carretera.

Le había dicho una pequeña mentira. Poner el lavavajillas en marcha solo llevó unos segundos, y enseguida empezó a zumbar con regularidad. Solo quería cerrar sola. Disfrutar de la calma tras el trabajo bien hecho.

Lavó las bandejas y luego dio una última vuelta por el comedor para comprobar que todo estuviera en orden. Julie había sido minuciosa. Lea volvió a la cocina y se sirvió un vaso de agua fría.

Bebió unos sorbos, se apoyó en la encimera y escuchó el constante sonido del lavavajillas.

—Trabajar por la noche es diferente —susurró con una sonrisa.

Cuando pensó en la sombra, todo se sintió de pronto lejano, como algo que le hubiera ocurrido a otra persona. Durante unos segundos tuvo la extraña sensación de observarse desde fuera.

Una joven corriente que había pasado unos meses raros y estresantes, privada de tantas cosas que antes disfrutaba: la mitad de sus horas de trabajo; sus sesiones semanales de natación y de carrera; las visitas de amigos y de Irene; el violín, que no había salido del estuche en meses; la compra, reducida casi a nada porque el apetito se le había desvanecido.

Pero todo volvería, en cuanto ella—

Un fuerte golpe desde el almacén.

Lea dio un respingo y casi dejó caer el vaso.

Miró hacia la abertura. Silencio.

Desde donde estaba no veía la puerta trasera. Dejó el vaso y notó que la mano le temblaba.

—Tranquila —susurró—. Es solo algún borracho buscando comida. La puerta está cerrada. No va a pasar nada.

Caminó hasta la entrada del almacén y se asomó al interior tenuemente iluminado. A lo largo de las paredes se apilaban cajas de productos no perecederos y utensilios poco usados. A la derecha estaba la puerta del congelador, con su ojo de buey negro; más allá,

la lavadora. Al fondo, la puerta trasera daba al aparcamiento. No se veía a nadie a través del cristal esmerilado. La caja de la alarma parpadeaba con tranquilidad.

Se quedó en el umbral, dudando si acercarse a escuchar. No quería encender la luz por si alguien intentaba mirar dentro.

En lugar de eso, avanzó sigilosamente hasta la ventana estrecha del rincón, que no podía abrirse. Se inclinó sobre la lavadora y miró fuera. Dos contenedores verdes bloqueaban parte de la vista. La parte trasera de su Fiat brillaba cubierta de condensación bajo la farola más cercana. Por lo demás, el aparcamiento estaba oscuro y vacío. Un par de coches solitarios pasaban por la carretera principal.

Respirando un poco más tranquila, se dio la vuelta—

Y se quedó helada.

Salía luz por el ojo de buey de la puerta del congelador.

El corazón pareció encogérsele en el pecho al comprender que el golpe que había atribuido a la puerta trasera había sido más profundo, más hueco. Había venido del congelador.

En ese momento, la manilla hizo clic. La puerta se abrió unos centímetros con un leve crujido. Un haz ovalado de luz se deslizó por el suelo.

Lea se quedó paralizada mientras la puerta del congelador se abría lenta, silenciosamente hacia ella. Sus pensamientos revoloteaban.

No podía haber nadie dentro. Había visto marcharse a Julie. Pero ¿había visto realmente el coche de Morgan? ¿Y si había entrado en el congelador antes de irse?

—¿M… Morgan? —balbuceó, apenas audible.

La puerta siguió abriéndose, desesperadamente despacio. ¿La estaba empujando alguien? ¿O simplemente se abría sola? ¿Y la luz…?

Se aclaró la garganta.

—¿Morgan? ¿Eres tú?

No hubo respuesta. Se arrepintió con amargura de no haber encendido la luz.

—¿Julie?

La puerta quedó abierta en un ángulo perfecto de noventa grados. La luz amarillenta bañaba el suelo y las estanterías de enfrente.

Desde donde estaba, Lea no podía ver el interior; se hallaba en el lado equivocado de la puerta. Y comprendió entonces que estaba en una esquina del almacén desde la que tendría que pasar junto a la amplia puerta del congelador para alcanzar la salida trasera o volver a la cocina. La idea le humedeció las palmas.

Había un umbral alto para entrar en el congelador, así que quedaba un hueco entre la puerta y el suelo. Lea bajó la vista.

Y vio las botas negras salir del congelador.

Las miró fijamente. El cuero mate, los cordones negros perfectamente atados, incluso los cristales de escarcha… todo parecía absolutamente real. Pero aunque su dueño estaba de pie en el centro del marco, no proyectaba sombra alguna sobre el suelo.

El terror la atenazó y se apoderó de su cuerpo.

Se lanzó hacia delante y embistió la puerta con todo su peso. Casi logró cerrarla por completo antes de encontrar resistencia. Se apoyó en ella, empujó con todas sus fuerzas para obligar a la sombra a retroceder dentro del congelador y cerrarlo.

Pero no cedía. Notó la presión desde el otro lado.

Durante un instante horrible, la puerta volvió a abrirse unos centímetros y la empujó hacia atrás. Si la sombra lograba abrirla del todo, quedaría acorralada.

Dejó escapar un grito, nacido del pánico, y liberó una fuerza desconocida a través de su cuerpo tembloroso. La puerta se cerró de golpe con un clic.

Lea tropezó y salió disparada hacia la cocina. Rodeó la encimera y atravesó las puertas batientes sin notar siquiera el dolor en las rodillas. Corrió entre las mesas hacia la puerta principal y casi se estrelló contra ella, olvidando que no se abriría. Tiró frenéticamente de la manilla.

—No, no, no… —sollozó.

Recordó entonces que Julie la había cerrado con llave. Hacía falta la tarjeta y el código para abrirla incluso desde dentro, porque había que desactivar la alarma.

Se giró y vio su bolso sobre la encimera. No llegaba ningún sonido del almacén.

Se movió antes de que el miedo la paralizara. La única salida era la tarjeta de su bolso… a menos que quisiera volver a atravesar la zona trasera.

Con las piernas inestables, se acercó a la encimera sin apartar la vista de la entrada al almacén. Extendió una mano temblorosa y agarró la correa de cuero del bolso.

Entonces la luz de la cocina se apagó con un clic.

Lea giró la cabeza bruscamente.

Y vio la sombra.

Estaba en el umbral. Alta. Negra. Una mano apoyada en el interruptor de la pared. Detrás de ella se derramaba la luz del congelador abierto, y en la oscuridad Lea no distinguía bien los rasgos, pero aun así percibía el sombrero, el ala ocultando la parte superior del rostro, el abrigo hasta las rodillas, el cuello levantado alrededor de las orejas. Su silueta vibraba levemente, como una imagen distorsionada en un televisor antiguo. Debía de ser la oscuridad jugando con sus ojos.

Lea quedó paralizada ante aquella visión aterradora. Una parte instintiva de su cerebro gritaba que huyera, pero el resto trabajaba frenéticamente para decidir si aquello era real.

«Es una alucinación», había dicho Ernst. «Un sueño en vigilia».

Y quizá lo había sido al principio. Pero ¿y si ya no era solo cosa de su mente?

«Cierra los ojos y cuenta hasta diez», resonó la voz de Ernst en su cabeza. «Por muy real que parezca, Lea, te prometo que desaparecerá si te niegas a aceptarlo como real y lo reconoces por lo que es: una fabricación. Un espejismo sobre el que tienes poder. Lo has creado tú, y puedes hacerlo desaparecer».

Pero Lea no podía cerrar los ojos igual que no podía ordenar a su corazón que dejara de latir. Miró fijamente a la sombra mientras inclinaba la cabeza de una manera horriblemente humana.

Entonces dio un paso adelante. Y esta vez no fue un deslizamiento impreciso y difuso. Dio un paso de verdad.

Y luego otro.

Llegó hasta la encimera del fregadero donde colgaban los utensilios. Alargó un brazo por encima de la encimera para coger

algo… y por fin Lea reaccionó.

Se dio la vuelta de golpe, apretó el bolso contra el pecho y zigzagueó entre las mesas. La luz tenue la cegaba, y tiró una silla. Desde la cocina llegó el tintineo metálico de algo al alzarse.

A Lea le cruzó por la cabeza un pensamiento delirante. Quizá la sombra solo quería picar algo. Un sonido ahogado le brotó de los labios, mitad risa, mitad sollozo, mientras hundía la mano en el bolso y buscaba a tientas la tarjeta. Tenía los dedos entumecidos, pero aun así consiguió encontrar algo fino y rígido. Sacó la tarjeta de un tirón, la deslizó temblando bajo el lector y oyó el pitido suave. El teclado se iluminó con un azul hiriente.

Durante un segundo espantoso, no recordó el código. Parpadeó con fuerza, notó el sudor deslizándose por el cuello y apoyó un dedo sobre las teclas. Milagrosamente, marcó los cuatro dígitos como si se le teclearan solos.

Lea agarró la puerta y tiró, pero no se abrió.

—¿Por qué no te abres? —chilló—. ¡Abre, abre…!

A su espalda, las puertas batientes repiquetearon.

Lea se giró.

La sombra avanzaba con calma hacia ella. Despacio, como alguien que acabara de aprender a andar. Se movía con cuidado entre las mesas. El parqué crujía bajo las botas pesadas, el abrigo se balanceaba alrededor de sus piernas. Llevaba la cabeza gacha.

Algo plateado en la mano negra de la sombra llamó la atención de Lea… y le hundió el estómago.

La ancha hoja de acero de una cuchilla de carnicero le sonreía burlona.

El miedo le estalló dentro y tomó el mando. Lea se giró de nuevo, miró las cuatro estrellas de la pantalla del teclado y pulsó el comando que faltaba: Confirmar.

La cerradura se abrió con un clic bendito.

Lea oyó las pisadas de la sombra a su espalda, se imaginó la mano agarrándole del pelo.

Se lanzó hacia la puerta, bajó la manilla de golpe y tropezó al salir al asfalto. El aire fresco de la noche le golpeó la cara. Se volvió y

cerró la puerta de un portazo una fracción de segundo antes de que la sombra llegara. La cerradura volvió a hacer clic.

La fuerza se le escurrió de golpe, y se movió como si avanzara por cemento mojado. Las piernas apenas le obedecían mientras retrocedía, clavando la mirada en la ventana oscura como una sonámbula.

La sombra estaba al otro lado, difuminada en la penumbra. No hizo ademán de abrir la puerta.

En vez de eso, alzó una mano y apoyó la palma en el cristal en un gesto que casi parecía un saludo.

Lea no podía apartar los ojos de su cara. Los rasgos estaban ahí —mejillas, mentón, frente—, pero los ojos faltaban.

Vio el cuchillo cuando la sombra alzó la otra mano hacia el cristal. Un CLAC resonó cuando la punta afilada golpeó el vidrio. Con un chirrido que hacía rechinar los dientes, la sombra arrastró la hoja hacia abajo, dejando una fina raya blanca.

—¿Dónde te esconderás?

Lea se estremeció. La voz era grave y distorsionada… pero nítida, como si no hubiera ninguna puerta entre ambos.

La sombra la siguió mirando con su rostro sin rasgos hasta que Lea se dio la vuelta y echó a correr hacia su coche.

Lunes, 9 de septiembre

33

Lea se obligó a tragar el último bocado de la cena y estaba a punto de abrir el cubo de basura bajo el fregadero cuando un zumbido salió del bolso sobre la encimera de la cocina.

Dejó el corazón de la manzana en el borde del fregadero, rebuscó en el bolso y encontró el móvil. Contestó.

—Hola, Cecilie.

—¡Hola, cariño! Gracias otra vez por el otro día.

—Faltaría más. ¿Cómo te encuentras?

Su amiga sonó un poco cohibida.

—Sí… pero, la verdad, no me he sentido normal del todo hasta esta tarde. Fue duro. Pero es culpa mía. Debería dejar de comer tanto kebab.

—Es que está demasiado bueno —sonrió Lea, aunque ella casi nunca comía ese tipo de comida y, en realidad, no le gustaba—. El problema es que, de vez en cuando, te toca el lote hecho con lo que haya atropellado el camión de reparto ese día.

Cecilie soltó una carcajada.

—¡Sí, exacto! Ahora que lo dices, creo que hasta le notaba sabor a erizo.

Lea se rió y abrió el armario bajo el fregadero. La bolsa de basura estaba casi llena. Tiró el corazón de manzana dentro y dejó la puerta abierta para no olvidarse de bajarla.

—¿Has trabajado hoy?

—No, ayer hice doble turno, así que el jefe quería que me lo tomara hoy libre.

—Qué bien tener un día libre. ¿Y qué has hecho?

—Aparte de ir al terapeuta esta mañana, no mucho. Ya sabes, ha sido una racha un poco… dura… —dijo lo último más por inercia. En realidad, hoy había sido un buen día. Desde que abrió los ojos por la mañana, se había sentido relajada y despreocupada. Feliz, incluso: con energía. Hasta había comido las tres comidas.

—Sí, ya sé a qué te refieres. Y oye, si hay algo que pueda hacer, dímelo, ¿vale?

—Gracias —dijo Lea, sabiendo que nunca lo haría. Entonces algo le dio un pequeño pellizco en el estómago—. Por cierto, ¿has sabido algo de Mark?

Del otro lado del teléfono llegó un suspiro hondo.

—Sí. Por desgracia. Está fatal, Lea. No sé qué le ha pasado. Me llamó anoche tardísimo. Yo ya estaba dormida, claro. No creo que estuviera borracho, pero era difícil saberlo. Me amenazó con venir a llevarse a Tobias si no le dejaba verlo…

Lea frunció el ceño y miró alrededor del salón. Afuera, el cielo estaba cruzado por unas nubes finas, y todavía quedaba casi una hora para que se pusiera el sol, pero la luz que entraba por la ventana y la puerta del balcón ya empezaba a apagarse. Se acercó y encendió las luces.

—Así que metí lo imprescindible en una bolsa y me fui en coche a casa de mi madre. Nos quedamos aquí por ahora. Por si acaso se presenta de repente y se pone a dar golpes en la puerta.

—Es lo más sensato —asintió Lea, sombría—. Oye, quería decírtelo ayer, pero no tuve ocasión. Mark estuvo aquí, en mi casa, el sábado, después de que tú vinieras…

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

Lea le contó lo que había pasado mientras recorría el salón y corría las cortinas.

—Es demasiado —estalló Cecilie—. ¿Me está acosando o qué?

Al fondo se oyó el llanto inconfundible de Tobias.

—Parece que el peque necesita comer algo. Me tengo que ir. Pero estaré por la ciudad esta semana, así que nos vemos y nos ponemos al día.

—Claro.

—Me avisarás si vuelve a aparecer Mark, ¿vale?

—Te avisaré.

Colgaron. Lea vio entonces que tenía dos llamadas perdidas. El móvil había estado en el bolso desde que volvió de ver a Ernst, hacia el mediodía. Por una vez, la sesión con Ernst se le había pasado volando. Había vuelto a casa antes de darse cuenta.

Ahora se quedó quieta. Las dos llamadas perdidas eran de Ernst. ¿Por qué había intentado llamarla si acababan de verse?

Lo primero que pensó fue que se habría dejado algo en su consulta, pero no se le ocurría qué. Consideró devolverle la llamada… pero no le apetecía hablar con él. Le estropearía el ánimo. Y seguramente no era nada que no pudiera esperar al miércoles, que era su próxima cita.

Sacó la bolsa de basura, hizo un nudo y se la llevó al pasillo. Se sorprendió silbando. De verdad estaba de buen humor hoy. Quizá porque había dormido tan profundamente y sin sueños. Quizá porque hacía más de una semana que no veía a la sombra.

Lea sonrió. Empezaba a parecer que de verdad estaba mejorando.

34

Se puso las bailarinas, abrió la puerta de casa y, por costumbre, encendió la luz de la escalera, aunque todavía no estaba tan oscuro. Bajó a trote las escaleras con la bolsa en la mano, salió por la entrada principal y cruzó el aparcamiento hacia el contenedor.

En cuanto levantó la tapa, un coche familiar entró en el aparcamiento y se detuvo en una plaza. Era plateado, y Lea pensó que lo había visto antes… aunque no tenía nada de extraño, viviendo allí. Empezó a volver hacia la puerta.

—¡Lea!

Se detuvo y se giró. Quien salía del coche era, para su sorpresa, su terapeuta.

—¿Ernst? —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

Resultaba extraño ver al hombrecillo calvo fuera de su despacho.

Se acercó a ella con una sonrisa cautelosa, vestido con su camisa de siempre y unos vaqueros azul oscuro.

—He intentado llamarte, pero no respondías.

Lea intentó parecer sorprendida —no le costó nada.

—¿Ah, sí? No debo de haber oído el móvil.

—Mmm —asintió Ernst y se detuvo a un par de metros. Quizá esa era la distancia a la que estaba acostumbrado en conversación: el mismo espacio que dejaba entre sus sillas en la consulta. Se entrelazó las manos sobre el estómago, y a Lea casi le entró la risa, más que nada porque toda la situación le parecía irreal—. Acabo de salir del despacho. He estado a punto de llamar a Kurt para ver si había sabido de ti.

—¿En serio? —preguntó Lea, desconcertada—. ¿Por qué ibas a llamar a mi padre?

—Porque estaba preocupado —la miró con intensidad—. ¿Has olvidado que hoy teníamos sesión?

—¿Qué? —dijo Lea, perpleja—. No he olvidado la cita.

Ernst sonrió y parpadeó, como si acabara de pillar el remate de un chiste.

—Vale, quizá no la olvidaste. Pero entonces, ¿por qué no viniste?

Lea no lo entendía. ¿Era una prueba?

—¿De qué estás hablando, Ernst?

El doctor negó despacio con la cabeza.

—No has venido a nuestra cita de las 10:45. No nos hemos visto hoy hasta ahora. ¿No eres consciente de eso, Lea?

Lea abrió la boca. Luego la cerró. Algo se removió al fondo de su mente.

Ernst la observaba con detenimiento. Sus ojos claros leían cada emoción que le cruzaba el rostro.

Lea bajó la vista.

—Yo… eh… debo de estar confundiendo los días. Se me mezclan todos y, eh…

—Piensa con cuidado —insistió Ernst—. ¿Puedes recordar si hoy nos hemos visto o no?

Lea miró el asfalto e intentó tirar del recuerdo. Pero los recuerdos de la sesión de aquella mañana se le escurrían como pastillas de jabón en un fregadero: en cuanto intentaba agarrarlos, se le emborronaban y desaparecían.

Alzó la cabeza y sostuvo la mirada afilada de Ernst. Abrió las manos.

—No nos hemos visto. Me… me he equivocado. Lo siento.

—No tienes que disculparte —las arrugas sobre sus ojos no se suavizaron—. ¿Puedes decirme qué estabas haciendo durante la hora que teníamos? Desde poco antes de las once hasta el mediodía.

Otra vez sonaba más a policía que a terapeuta.

Lea se mordió el labio y notó el sudor brotándole en las axilas. El buen humor y la energía se le escaparon como el aire de un globo pinchado.

—Eh… estaba en casa.

—¿Cuándo fue la última vez que hablamos?

Ella rebuscó en su cabeza, sintiéndose como una extraña dentro de su propia memoria.

—El viernes.

—¿Has visto a la sombra desde entonces?

—No, no la he visto.

Eso era lo que debía decir… pero vaciló. Algo le bullía en la mente. Como pesadillas de un pasado lejano. Volvían a trozos: el restaurante. El congelador. La sombra. La cuchilla.

Ahogó un jadeo.

—La… la vi ayer —susurró, con náuseas subiéndole a la garganta —. En el restaurante.

Ernst suspiró, se frotó el pelo y luego se quedó callado, evaluándola.

En esos segundos, Lea sintió un miedo y una desesperación tan profundos que tuvo que luchar por no desplomarse en el asfalto y quedarse allí.

—Creo que deberíamos tener otra sesión mañana por la mañana —dijo al fin—. En realidad es mi día libre, pero me las arreglo. ¿Qué te parece?

Lea esbozó una sonrisa débil y forzó unas palabras.

—Hagámoslo.

Martes, 10 de septiembre

35

—La negación y la represión son formas poderosas de autoengaño… y defensas muy eficaces.

Por una vez, Ernst no estaba sentado en su butaca. Estaba de pie junto a la ventana, detrás de Lea, con las manos en los bolsillos, mirando el parque. Era una mañana ventosa. Hojas amarillas giraban en remolinos sobre el césped y ondas nerviosas bailaban sobre la superficie del lago.

Lea había aceptado, de manera poco habitual, una taza de café. Había una cafetera y dos tazas humeantes en la mesa, y el pequeño despacho olía agradable. Ni el aroma, ni la luz suave de la mañana, ni la música tenue que llegaba desde una sala contigua podían alcanzar a Lea y calmar el vacío titilante que la llenaba.

—Tu cerebro había empezado a convencerse de que lo del restaurante no ocurrió —continuó el psiquiatra sin girarse—. Y, al mismo tiempo, intentó olvidarlo. ¿Lo entiendes? El miedo se volvió demasiado abrumador para contenerlo. Al final, era más fácil barrerlo todo bajo la alfombra.

Ernst fue hasta su butaca y se quedó detrás, apoyando los codos en el respaldo. Ahora le tocaba hablar a él. Lea había hablado durante los primeros quince minutos. Ahora esperaba el veredicto.

—Al decirte a ti misma que me habías visto a mí —dijo—, podías evitar enfrentarte otra vez a todo —Inspiró—. Me temo que puede que yo haya contribuido a tu represión. Pero, como he intentado dejar claro, mi objetivo es ayudarte a ver que lo que estás experimentando no es real; que es una alucinación. Eso es muy distinto de reprimirlo todo.

No había dormido en toda la noche. Tras recordar lo que casi había olvidado, sus pensamientos habían orbitado la sombra una y otra vez. Como si temiera perder más trozos de memoria si bajaba la guardia… aunque solo fuera unos minutos.

—Dime qué estás pensando —preguntó Ernst, rodeó la butaca y se sentó.

Lea guardó silencio mucho tiempo antes de murmurar:

—¿Cómo pudo hacer esas cosas? Abrir la puerta, apagar la luz y… coger la cuchilla…

—Es probable que esas cosas ocurrieran por motivos corrientes —explicó Ernst—. Quizá la cerradura del congelador estuviera defectuosa. La bombilla pudo fundirse. Una corriente de aire pudo hacer oscilar las puertas batientes. Y tu mente lo incorporó todo a la alucinación. O quizá no ocurrió nada de eso. También podrían ser partes de la propia alucinación.

Lea sabía que tenía razón. Pero había visto la cuchilla en la mano de la sombra; había visto sus botas tan nítidas como veía ahora la taza de café frente a ella.

—Iba a ma… iba a ma… —No lograba sacar la palabra.

Ernst suspiró, uno de sus gestos característicos de simpatía.

—Solo puedo imaginar lo perturbador que debió de ser. Pero tienes que intentar manejar el miedo recordándote que la sombra no puede hacerte daño. Cuando dudes, céntrate en lo que sabes; no en lo que piensas o sientes.

Dicho así, sonaba tan razonable, tan directo. Pero cuando la sombra aparecía, era casi imposible acordarse de su consejo racional.

—¿Qué es? —preguntó Lea.

La pregunta le había zumbado en el fondo de la cabeza desde la primera vez que vio la sombra. Nunca la había formulado en voz alta. En cierto modo, había esperado no necesitar nunca la respuesta; que todo aquello simplemente se desvaneciera por sí solo. Pero ahora, de pronto, necesitaba una explicación racional. Algo a lo que agarrarse.

Ernst se inclinó hacia delante, cogió su taza y dio un sorbo. Sostuvo la taza con ambas manos, estudiándola mientras hablaba.

—Debería habértelo dicho antes. Pero creí que era más prudente esperar a que hubieras pasado lo peor.

Se aclaró la garganta y la miró al empezar a explicarle.

—Lo que estás experimentando —la sombra— no es típico. La mayoría de las alucinaciones cambian o se desvanecen, pero las tuyas han permanecido vívidas y consistentes. Eso suele apuntar a algo más profundo, a menudo vinculado a un trauma antiguo que no se ha procesado del todo —Dejó la taza con cuidado—. Quiero que entiendas que esto no significa que haya algo mal en ti, Lea. Significa que tu mente ha encontrado una forma muy concreta de afrontar algo, y tenemos que desenredarlo pieza por pieza. Puede que lleve más tiempo del que pensé al principio, pero sigue teniendo tratamiento.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran.

—Dicho esto, hay algunas cosas que puedo afirmar con cierta seguridad. La manera en que la sombra evita la luz y oculta la cara sugiere que está ligada a algo a lo que no estás preparada para mirar de frente. El hecho de que te asuste nos dice que temes esa parte de ti. Y la manera en que te sigue —siempre cerca, siempre ahí—… bueno, eso es lo que la convierte en una sombra. Es parte de ti. No puedes huir de ella, solo girarte y afrontarla. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lea tragó saliva, con la boca seca.

—No puedo escaparme. Igual que no puedo escapar de mi sombra de verdad.

—Exacto. Por eso tenemos que afrontarla. Para que desaparezca, tenemos que entender por qué está aquí. Y, como te he dicho, viene

de ti. Así que la verdadera pregunta no es qué es, sino por qué existe. ¿Por qué la has creado?

El despacho quedó en silencio unos instantes. La radio de al lado se había apagado.

Ernst se aclaró la garganta.

—Probablemente no te sorprenda que considere el divorcio de tus padres y lo que vino después como un factor que ha contribuido.

Lea apenas lo escuchaba. Se sentía mareada y desprendida de sí misma.

—Por eso he estado indagando en tu relación con tus padres. Pero todavía es pronto para sacar conclusiones firmes. Y, en cuanto a los patrones de comportamiento destructivos… ya lo he dicho antes: no hay duda de que tu vida diaria es demasiado estresante. Te exiges mucho y, sinceramente, la gente que tienes alrededor no está ayudando demasiado. Creo que deberías cogerte una semana libre en el trabajo y…

—¿Cómo puedo vivir algo y creer otra cosa? —susurró Lea—. No… no tiene sentido. No puedo… no puedo seguir así —La voz le tembló y, para su alarma, se dio cuenta de que estaba más cerca de llorar que en años.

Ernst dijo con suavidad:

—Has aguantado mucho más de lo que la mayoría aguantaría sin derrumbarse. Y cuando digo «derrumbarse», me refiero a perder el control: rendirse al miedo, dejar de distinguir lo real de lo irreal. Pero tú sigues luchando. Eso significa que eres increíblemente fuerte y muy valiente.

Lea no apartaba los ojos de la taza de café, que humeaba en silencio.

—¿Cómo se gana una lucha en la que el enemigo es tu propio cerebro?

—La realidad es una cosa extraña, Lea. Depende de quién la perciba. A veces tienes que no creer lo que experimentas, aunque cueste. Si crees en la sombra, se vuelve real… para ti. Así que se gana siguiendo sin creer en ella. ¿Me sigues?

Lea miró la superficie oscura del café. Perfectamente quieta. Perfectamente lisa. Tan vacía como su mirada.

Miércoles, 11 de septiembre

36

Lea no pudo conciliar el sueño sin tomarse una pastilla. Pero ya no se atrevía a usar medicación para dormir una vez que oscurecía. Solo pensar en las pesadillas en las que podría quedar atrapada, incapaz de despertarse… La sombra podría aparecer y seguirla de vuelta al mundo de la vigilia.

Así que se mantuvo despierta. Con las luces encendidas.

Por la mañana llamó a Morgan y se dio de baja por enfermedad. Lo achacó a un resfriado inventado; se odiaba por mentirle a su jefe y sabía que él veía la mentira a través de ella. Pero, en realidad, sí se sentía enferma.

Probablemente Morgan sabía el verdadero motivo, pero, con respeto, eligió no mencionarlo. En su lugar, insistió en que se tomara todo el tiempo que necesitara.

Lea se tomó dos pastillas para dormir, se metió en la cama y se hundió en un sueño profundo y sin sueños.

37

Hacia las cuatro, el móvil vibró dentro de los pantalones tirados en el suelo. Lea rodó hasta el borde de la cama, pescó el aparato y vio quién era. Con un suspiro pesado, durante un instante se planteó no contestar. Pero, como siempre, la conciencia le ganó.

Respondió.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. Y bien, ¿qué tal? ¿Has tenido un fin de semana ajetreado?

—Sí, lo he tenido —admitió Lea, dejándose caer boca arriba. Podría haber dormido el resto de la semana—. Ya sabes, el trabajo y…

—Sí, porque prometiste llamar uno de estos días, pero ¿he sabido de ti? No. Nada, cero.

—Pero, mamá, yo…

—Sí, sí, estás demasiado ocupada para tu pobre madre, ya lo pillo —siguió su madre, riéndose un poco—. Así que me toca ser a mí la que llama, suplicando y rogando una visita. ¿Sabes lo patético que me hace sentir eso?

Lea cerró los ojos.

—Me encantaría pasarme algún día, mamá, pero yo…

—¿Trabajas mañana?

Lea lo pensó un momento.

—No, probablemente no hasta la semana que viene.

—Entonces ven ahora y cena conmigo esta noche. ¿No te apetece?

—Sí, pero… ¿no trabajas tú mañana?

—No tengo que estar en la oficina hasta las once, ya lo sabes. Puedes volver conduciendo por la mañana.

—De verdad necesito relajarme, mamá —intentó Lea—. Sola. Lo entiendes, ¿verdad?

—¡Aquí puedes relajarte perfectamente! —insistió su madre, alegre—. Aquí se está más tranquilo que en todo ese ruido y caos donde vives. Podemos dar un paseo por el parque si quieres. Sylvester también te echa de menos.

Lea exhaló con fuerza. Su madre sonaba decidida, y normalmente ganaba cuando se ponía así.

Hizo un último intento.

—¿No puede ser el próximo fin de semana?

—¿Sabes qué? Olvídalo —espetó su madre. El tono zalamero se transformó al instante en uno ofendido—. Aquí estoy yo intentando acercarme, pero ¿de qué sirve?

—Venga ya, mamá… —suspiró Lea.

—Tenía buenas noticias, pero da igual. Ni siquiera sé por qué me sorprendo. No es como si fuera la primera vez que me tratas así.

Con cualquiera, Lea habría podido ignorar aquel chantaje infantil, pero con su madre resultaba extrañamente difícil. Quizá porque sabía que aquella era la única forma que su madre tenía de acercarse. Alguna vez incluso había estado a punto de echarse a llorar si Lea se mantenía firme.

—¿Qué buenas noticias? —probó Lea.

—Dale recuerdos a tu padre —llegó la respuesta, mohína.

—Ay, deja ya eso.

—¡No, deja tú eso, Lea! —La voz de su madre se aceleró—. ¿Cómo crees que sienta saber que ves a tu padre y a Irene y a tus amigos… pero, cuando se trata de mí, de pronto estás demasiado ocupada? ¿Te crees que eres la única que lo pasa mal? Llevo seis meses luchando contra la depresión, para que lo sepas.

Más bien tres años, pero Lea no dijo nada.

Hubo una pausa. Mala señal.

Entonces su madre dijo, con frialdad:

—Empiezo a entender por qué elegiste vivir con tu padre.

Lea se quedó mirando la pared y sintió un nudo en la garganta. En ese instante, odió a su madre. La odió por sacar esa carta. Lea tragó saliva con fuerza.

—Vale. Voy en cuanto me duche.

—No, por favor, no te molestes por mi culpa.

Seguía mohína: tenía que asegurarse de que había ganado.

—Déjalo ya —saltó Lea—. Te veo en una hora.

Otra pausa, más breve esta vez.

—Qué alegría, cariño —dijo su madre, alegre de nuevo—. Tenía muchísimas ganas de verte.

38

Betina Lingsmark había vuelto a su apellido de soltera tras el divorcio. Era una mujer pequeña y delicada, de pelo oscuro y rizado, con un fuerte sentido de la apariencia. Por suerte, su gusto era elegante, sobre todo para su edad. Maquillaje sutil, corte bien peinado, piel ligeramente bronceada y ropa impecablemente planchada.

Su casa estaba tan perfecta como ella, y no costaba ver de dónde le venía a Lea aquella pulcritud casi obsesiva. La vivienda estaba en el norte de Gladsaxe, al borde de una zona residencial de construcción reciente y a solo unos pocos kilómetros de la autopista, así que, al menos, a Lea no le resultó demasiado complicado llegar.

Incluso antes de alcanzar la puerta principal, la recibió el compañero de vida de su madre. Se le acercó trotando y le rozó la pierna. Lea miró al gato y se agachó para acariciarle el lomo.

—Hola, Sylvester —murmuró.

Él ronroneó con fuerza, apretándose contra su palma, y durante un instante el calor sencillo de su pelaje le alivió el peso del pecho.

Luego Lea se enderezó, cerró el Fiat con llave y subió por el sendero del jardín delantero, donde las flores habían perdido los pétalos pero seguían verdes. Sylvester maulló y la siguió con pasitos suaves.

No llegó a la puerta: se abrió y su madre salió ajetreada a los escalones, radiante.

—¡Hola, cariño! Qué alegría ver a mi niña grande. ¡Ven aquí, anda!

Lea forzó una sonrisa y aceptó el abrazo.

—Hola, mamá.

Sylvester se escabulló entre ellas y entró en casa.

—Tenía muchas ganas de… —Su madre se interrumpió a mitad de frase. Le sujetó a Lea los hombros y le echó una mirada rápida y afilada—. Madre mía, mírate. Has adelgazado, ¿verdad?

—No lo sé —dijo Lea, esquiva.

Su madre estudió la cara de Lea, sin duda fijándose en las pequeñas líneas alrededor de la boca y los ojos, por no hablar de las ojeras que Lea había intentado disimular con base.

—Lea, cariño, tienes pinta de alguien que ha dejado de dormir.

—No he dormido mucho estos días, nada más —dijo, apartando con suavidad las manos de su madre. Encontrarse con aquellos ojos azules y acuosos y sonreírle era casi insoportable… pero Lea lo logró, por los pelos—. Estoy bien, mamá. De verdad.

Pasó a su lado y entró en la casa. Lo primero que le llamó la atención en el recibidor impecable fue un par de zapatos negros, al menos cuatro tallas más grandes que los de su madre.

Su madre siguió su mirada, miró a Lea y sonrió con expectación. La preocupación por la salud de Lea parecía olvidada. En ese momento, se le veía como a una adolescente a punto de contarle a su mejor amiga que tenía novio.

—Sí, se suponía que iba a estar en casa para ayudarte a dar la buena noticia, pero ha tenido que irse a Noruega esta semana. Cosas del trabajo, ya sabes.

Lea alzó una ceja e intentó sonar sorprendida.

—¿Es… Torben?

—¡Sí! —exclamó su madre—. ¿A que es genial? Hemos decidido intentarlo otra vez. Bueno, en realidad fui yo la que cambió de idea… él no paraba de llamar después de que lo dejara, y me di cuenta de que de verdad se preocupa por mí…

—Me alegro —dijo Lea, con una sonrisa fina. Le alivió que Torben no estuviera allí. Estar con su madre ya era más que suficiente para una noche.

39

Las nubes deshilachadas, con aspecto de algodón, se habían disipado cuando Lea salió de casa de su madre hacia las siete. El cielo estaba casi despejado. Un rayo fino de sol sacrificaba los últimos restos del día —y del verano—, pero aportaba poco calor. Por suerte, el viento había amainado un poco.

Desde el banco tenía vista al lago, donde solía juntarse una pequeña bandada de patos. Lea no creía que emigraran en invierno, pero, si ese año lo hacían, los envidiaba. Ojalá pudiera escapar volando de todo con la misma facilidad.

Se había metido las manos en los bolsillos del abrigo y se había subido la bufanda hasta la boca. Tenía la nariz fría, pero no se estaba helando. Le llegaban el rumor lejano del tráfico y el crujido de los árboles.

Le había costado convencer a su madre para que la dejara salir a pasear sola. Cuando estaban juntas, su madre entraba en ese modo de «amiga», esperando que lo hicieran todo codo con codo. Pero Lea rara vez había necesitado tanto la soledad, y le había prometido que volvería en una hora.

Le latía un dolor de cabeza tenue detrás de la frente y tenía los ojos pesados y escociéndole. Observó el sol ponerse tras las siluetas verde oscuro de los árboles. El horizonte reflejaba sus tonos pastel sobre la superficie lustrosa del lago, mezclándose con las sombras largas de los troncos. Contempló los matices rosa, amarillo y azul profundo que se arremolinaban entre las finas nubes.

Un eructito le dejó sabor a ajo en la garganta. Hacía siglos que no tomaba tzatziki. Su madre había revoloteado alegre por la cocina mientras Lea preparaba el pepino y marcaba la pechuga de pato, sorbiendo vino blanco y parloteando sobre Torben y todas las cosas maravillosas que veía en él.

Durante la cena, Lea se dio cuenta de que aquella era la única comida que había hecho desde ayer. Se obligó a comerse dos

porciones pequeñas.

Normalmente, a Lea le resultaba terapéutico pasear alrededor de los lagos, pero esa noche la calma del parque no conseguía aplacar su inquietud. En su lugar, el cansancio se le asentó encima como una manta pesada, embotándole los pensamientos y…

Lea abrió los ojos de golpe. Se incorporó en el banco, mirando alrededor, confusa.

Ahora estaba casi completamente oscuro, y las farolas pequeñas estaban encendidas. El atardecer se había reducido a un resplandor violeta sobre las copas de los árboles, y el cielo era azul oscuro. Tenía las manos y los pies fríos.

—Mierda —murmuró, echándose el guante hacia atrás para mirar la hora. Las ocho y media. Llegaba media hora tarde. No había dormido de verdad; solo se había quedado traspuesta. Pero el atardecer la había deslumbrado lo suficiente como para no darse cuenta de cómo se apagaba la luz.

Su madre estaría preocupada y seguramente la habría llamado. Pero el móvil estaba en casa, dentro del bolso.

Le hormigueaban las piernas al ponerse en pie y tuvo que detenerse un momento para que le volviera la circulación. Miró el camino de gravilla hacia la salida. Estaba a solo doscientos metros.

Lea siguió la línea de farolas alrededor del lago todo lo que pudo, con la esperanza de ver a un matrimonio jubilado o a un adolescente en bici. A cualquiera, en realidad… solo para no estar sola en el parque. Si había gente cerca, no podía pasar nada malo. Siempre era solo cuando estaba sola cuando la…

Un crujido justo detrás de ella.

Se giró de golpe. Una hoja grande y marrón rodó sobre la gravilla, arrastrada por una ráfaga repentina de viento frío. Lea soltó el aire con alivio. La hoja danzó hasta su zapato y luego se detuvo, quedándose inmóvil ante ella.

Lea alzó la vista… y lanzó un grito.

Él estaba a apenas unos metros, justo en medio del sendero. Alto. Negro. Silencioso. La farola más cercana proyectaba la luz por detrás de él. La cara quedaba oculta en las sombras del cuello levantado y el sombrero.

La idea de que quizá había estado allí, mirándola mientras ella cabeceaba en el banco, esperando a que se despertara, le hizo encogerse el estómago.

Lea retrocedió, aterrada, con los ojos clavados en la figura. Ya no era solo una sombra. Ni de lejos. Era un hombre, vestido con un abrigo negro y un sombrero negro que le recordaba al villano de las viejas películas de detectives.

De pronto se abalanzó hacia ella. Zancadas rápidas y decididas que le hinchaban el abrigo y hacían crujir la gravilla.

Lea se dio la vuelta y echó a correr.

Oyó un gruñido detrás y luego sintió algo duro rozarle el cuello, intentando agarrarle el cuello del abrigo.

Lea gritó, presa de un pánico ciego, y se lanzó hacia la salida con la vista saltándole de un lado a otro. Por su respiración pesada, supo que él se iba quedando atrás. Pasó corriendo junto al cartel de bienvenida, alcanzó el sendero de asfalto y saltó entre las barreras que impedían la entrada de coches y ciclomotores al parque. Detrás oyó pasos precipitados en la gravilla y miró atrás. Chilló al verlo saltar la barrera, con el abrigo abriéndose en el aire.

Lea esprintó por la carretera. Al otro lado había casas con vallas y jardines. Por un instante fugaz se planteó correr hasta una puerta cualquiera y aporrearla, pero él estaba demasiado cerca: la alcanzaría antes de que nadie pudiera abrir. El corazón le retumbaba tanto que lo sentía en las yemas de los dedos, y jadeaba, ya incapaz de gritar.

Los pasos pesados la seguían. Le llegaban respiraciones profundas, ásperas.

Soltó un gemido ronco, casi un sollozo, y se obligó a ir más rápido.

Delante aparecieron unos faros: un coche venía de una calle lateral y giraba hacia ella.

Lea agitó los brazos y se metió medio cuerpo en la calzada.

—¡Pare!… ¡Eh, pare!… ¡Pare!

Pero o el conductor no la vio o le dio igual, porque el coche aceleró.

Intentó gritar, pero le salió un quejido sin aire. El coche pasó a toda velocidad. Lea lo siguió con la mirada, desesperada… y

entonces se dio cuenta de que los pasos habían cesado. Miró calle abajo. Ni rastro de la sombra. El coche desapareció en una curva.

Lea siguió caminando deprisa, con el pecho subiendo y bajando, mirando en todas direcciones e intentando ahogar los sollozos. Parecía estar sola otra vez.

Sus propios pasos y su respiración eran los únicos sonidos entre la hilera de casas a un lado y el seto del parque al otro. Parpadeó con fuerza para que no se le llenaran los ojos de lágrimas. Solo quedaban diez minutos andando hasta casa de su madre, y, en cuanto cruzara la carretera principal, el barrio estaría más concurrido.

En cuanto recuperó el aliento, volvió a correr.

No paraba de mirar por encima del hombro. Nadie. Giró por la calle que llevaba a la avenida principal. Seguía sin ver gente ni coches. El sudor le picaba bajo la chaqueta y el estómago le ardía de miedo y esfuerzo.

De pronto se detuvo. ¿Se había metido por la calle equivocada? No le sonaba, y pensaba que ya debería ver la carretera principal. Pero la calle solo curvaba hacia la izquierda.

Miró atrás, dudando. La frustración se mezcló con el miedo. Se le formó un nudo en la garganta y le tembló la barbilla. Normalmente tenía buen sentido de la orientación, pero en ese momento ni siquiera era capaz de encontrar su camino por una calle que había recorrido decenas de veces. Se maldijo por haber salido sola. ¿En qué estaba pensando? Y tan cerca del atardecer.

Entonces vio la marquesina del autobús que acababa de pasar. Había un plano en el panel de cristal. Corrió hacia allí. Le llevó un momento descifrar las líneas.

—Straw Walk —murmuró—. Entonces eso significa que estoy en la calle correcta. Solo tengo que…

Lea vio reflejada en el cristal la figura negra. Estaba de pie en silencio a su espalda, observándola. Vio su cara oscura y sin rasgos bajo la sombra del sombrero mientras se acercaba; volvió a ver la ausencia de ojos en aquella expresión flácida. Y abrió la boca para gritar.

Lea no alcanzó a girarse antes de que él la agarrara por detrás, y el grito se le ahogó cuando una mano larga, de dedos negros, le tapó la boca. El tacto de aquella palma sudorosa fue casi peor que la presión aplastante en la espalda cuando él la atrajo con violencia contra su cuerpo. Era mucho más fuerte que ella; mucho más fuerte que durante su forcejeo a ambos lados de la puerta del congelador. Y lo último que registró fue su aliento caliente, áspero, junto a su oreja, mientras susurraba las palabras odiadas que se le grabaron a fuego en la conciencia, como antes…

Luego, oscuridad.

40

El negro se transformó en un azul profundo y tenue. La oscuridad se aclaró… pero no demasiado.

Al principio, Lea pensó que era porque estaba abriendo los ojos, pero se dio cuenta de que ya los tenía abiertos. Muy abiertos, de hecho. El azul oscuro era su visión volviendo: volviendo a ser suya.

En el azul aparecieron diminutos puntos blanco-amarillentos.

Lea reconoció el cielo. Pasó unos segundos estudiando las estrellas mientras la vista se le ajustaba. Debía de estar tumbada boca arriba en algún sitio, pero no recordaba cómo había llegado allí.

Regresaron los sonidos. Su respiración. Un rugido lejano. ¿El mar, quizá?

Tomó un par de respiraciones profundas y, con ellas, volvió la sensación: las extremidades despertándole como si saliera de un sueño largo y profundo. Se dio cuenta de que, en realidad, estaba de pie, con el cuello totalmente echado hacia atrás. La zona lumbar la apoyaba contra algo duro. Metal. Sus manos enguantadas, frías, lo sujetaban con fuerza.

Detrás de ella un hombre gritaba. Cayó en la cuenta de que era su voz la que la estaba tirando de vuelta desde la oscuridad. No lo entendía. Pero le llegaban fragmentos.

—… ¡aquí! … ¿¡me oyes?! …

¿Le estaba hablando a ella? Le costó un esfuerzo enorme, pero giró la cabeza y, aturdida, miró por encima del hombro.

El hombre rondaba los cuarenta, llevaba una camisa clara con las mangas remangadas. Tenía un auricular inalámbrico en la oreja. Extendía las manos hacia ella, como si le diera miedo acercarse demasiado, con la cara llena de preocupación. El coche seguía en marcha detrás de él, con la puerta abierta. Las luces de emergencia parpadeaban. A Lea le dolían los ojos con aquel resplandor.

El rugido se hizo más fuerte. No podía ser el mar. Sonaba más bien a trueno.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el hombre, nervioso—. Venga, ¡ven aquí!

Al principio, Lea no tuvo ni idea de qué quería decir. Pero la realidad le cayó encima con una gran claridad cuando comprendió lo que debía de haber pasado.

Un desmayo.

—¿Dónde estoy? —graznó.

Cuando miró hacia delante, la comprensión la golpeó como una bofetada: estaban en el paso elevado de la autopista, a un kilómetro y medio del parque, y ella estaba al otro lado de la barandilla metálica.

Un vuelco violento le retorció el estómago cuando miró hacia abajo, hacia aquella caída mareante que terminaba en un asfalto gris muy por debajo. Con los tacones, apenas tenía apoyo en el borde de hormigón.

En ese instante, el rugido se hinchó hasta convertirse en un estruendo ensordecedor cuando un camión pasó por debajo del puente.

El pánico la agarró como decenas de dedos fríos y duros. Se giró de golpe hacia la barandilla y perdió el apoyo. La sensación de caída libre le explotó por dentro. Luego los brazos se le engancharon a los barrotes metálicos, frenando la caída. Se aferró a la baranda mientras las piernas pataleaban en el aire, arañándole el hormigón.

—¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme!

Su grito agudo atravesó el retumbo del camión.

El hombre ya estaba a su lado, agarrándola por debajo de los brazos y subiéndola con esa fuerza bruta que solo la adrenalina es capaz de sacar. La arrastró por encima de la barandilla.

Lea se aferró a él mientras la respiración se le desbocaba. Cayó torpemente sobre el asfalto, pero no pudo ponerse en pie. Se desplomó en sus brazos.

Los jadeos frenéticos de Lea se hicieron cada vez más cortos y rápidos.

—Respira despacio —dijo el hombre, casi suplicando, sosteniéndola—. Tienes que… que respiraaar…

Le subió un mareo a la cabeza, le emborronó la vista, le deformó la voz y, durante un segundo, Lea creyó que iba a desmayarse. Luego obligó a sus pulmones a llenarse con una profunda bocanada de aire. La niebla se disipó de sus ojos. El sonido volvió.

En vez de contestar, se giró de lado y vomitó tzatziki sobre sus zapatos.

41

—¿Se puede cerrar una puerta contra una sombra?

Lea habló tan bajo que habría que inclinarse para oírla. Pero no había nadie para escucharla. Estaba sola en el cuarto de invitados. Normalmente, nunca hablaba en voz alta cuando estaba sola, y el sonido de su propia voz la inquietó ligeramente.

La luz del techo estaba encendida. Había cogido una almohada extra para la espalda, de modo que pudiera sentarse medio incorporada en la cama y vigilar toda la habitación.

Había cerrado la puerta con llave usando la del baño, sin que su madre lo supiera. No había motivo para ponerla más nerviosa. Eran casi las doce, y su madre probablemente ya dormía.

—Por un lado, una sombra no puede abrir una puerta, esté cerrada o no.

El hombre del puente —no recordaba si le había dicho su nombre — había accedido a no llamar a emergencias si ella le dejaba llevarla a casa en coche. Lea le había dado las gracias y se había disculpado una y otra vez, pero le había costado sostenerle la mirada.

Su madre la había recibido en la puerta, fuera de sí de preocupación. Probablemente habría llamado a una ambulancia si Lea no la hubiera convencido de que no hacía falta. Le dijo que no se había encontrado bien, pero omitió el desmayo y la sombra en el parque.

En la ducha, le temblaron tanto las piernas que tuvo que sentarse en el borde. El llanto salió en sollozos profundos y roncos, desde lo más profundo de su vientre, y se tapó la boca con ambas manos para que su madre no la oyera.

—Por otro lado —prosiguió Lea—, no necesita abrir nada. Puede colarse por las rendijas.

Se habían acostado temprano. Lea no recordaba la última vez que su madre había guardado un silencio tan respetuoso. Tal vez el susto la había hecho comprender que Lea necesitaba tranquilidad.

Lea estaba más agotada que nunca, pero dudaba que pudiera dormir.

—En el fondo, es una tontería haber cerrado la puerta.

Cerró los ojos.

Una sensación extraña de hormigueo le recorrió durante un instante las mejillas, los labios y la nariz. Lea alzó la mano y se frotó suavemente la boca. Aún podía sentir la palma de él contra su rostro. Y aún podía oír lo que le había dicho.

No era ninguna tontería haber cerrado la puerta.

Jueves, 12 de septiembre

42

Los acontecimientos de ayer seguían pesándole cuando entró en el aparcamiento del Centro de Salud Mental aquella mañana.

El viento era cortante, y un puñado de hojas la siguió por la plaza redonda de adoquines frente a la entrada. Entró en el vestíbulo, con su suelo ajedrezado, y se alisó el pelo revuelto por el viento sin apenas pensar. Una enfermera hablaba con las recepcionistas, lo que le dio a Lea una excusa perfecta para evitar sus miradas. Se dirigió directamente por el pasillo este hacia el despacho de Ernst.

Se detuvo ante la puerta y respiró hondo. Aún estaba a tiempo. Podía darse la vuelta y volver a casa. Llamar desde el coche para decir que se encontraba mal.

Pero eso solo retrasaría lo inevitable. Ernst iría a buscarla en cuanto sospechara algo.

Lea llamó y abrió la puerta.

Entró en el pequeño vestíbulo. El despacho eran en realidad dos estancias: la sala de consulta, la única en la que Lea había estado hasta entonces, y el despacho propiamente dicho de Ernst, donde

tenía el escritorio, los archivos, libros de referencia, el ordenador y el teléfono.

La puerta de esta última estaba entreabierta, y Lea vio a Ernst levantarse de detrás del ordenador. Salió a su encuentro con su sonrisa comedida de siempre.

—Hola, Lea. Tienes aspecto de estar cansada. ¿No has dormido bien esta noche?

—No.

Hizo un gesto hacia la sala de consulta.

—Después de ti.

43

Los dedos finos y blancos del psiquiatra danzaron sobre el teclado al menos un par de minutos después de que Lea terminara de hablar.

Ella estaba sentada con una pierna cruzada sobre la otra, las manos encajadas entre los muslos, removiéndose incómoda. Sentía la espalda y los glúteos calientes y punzantes, como si la silla irradiara calor. Intentó relajarse y clavó la vista en el cuadro abstracto de la pared. Odiaba el arte abstracto. ¿Qué sentido tenía crear algo que nadie podía ni siquiera reconocer?

Ernst se aclaró la garganta. Lea percibió que la miraba por encima de las gafas.

—Entiendo que no hayas dormido mucho esta noche. Lo que viviste ayer sacudiría a cualquiera.

Lea asintió sin girar la cabeza.

—Despertarse así. Menudo sobresalto —Negó despacio con la cabeza, los ojos aún en la pantalla—. Sales a dar un paseo por el parque. Ves a la sombra. Te persigue. Sales del parque, bajas por la calle. Luego desaparece. Sigues sola. No estás segura de haber girado en la dirección correcta. Y de pronto… un desmayo. Te despiertas en el paso elevado de la autopista.

Lea fijó la mirada en una esquina del cuadro. Sentía la mirada del terapeuta ardiéndole en la cara. Luchó con todas sus fuerzas para que el cuerpo no le temblara.

—Sé que es incómodo, Lea, pero necesito que me lo cuentes todo.

Ella se giró bruscamente para mirarlo, forzando una expresión de desconcierto.

—Pero si ya lo he hecho…

Ernst apoyó las manos sobre el estómago.

—Llevamos casi cuatro semanas viéndonos. He aprendido a leerte: cómo hablas, cómo reaccionas. Y ahora mismo está claro que te estás escondiendo algo. No creo que esté reprimido; si lo estuviera, no recordarías el resto con tanta claridad. Y si fuera otro desmayo, recordarías cómo saliste de él.

—¿Qué estás insinuando? —estalló Lea, con el corazón desbocado —. ¿Que estoy mintiendo?

—Estoy diciendo que no me lo estás contando todo —respondió Ernst, imperturbable.

—No recuerdo qué pasó justo antes del desmayo, ¿vale? —dijo ella en voz alta.

—Entonces, ¿por qué reaccionas así?

—¡Porque me estás acusando de mentir!

—Lea —dijo él, firme y deliberado—, estoy aquí para ayudarte. Pero si me cierras la puerta, solo puedo hacerlo hasta cierto punto…

—Lo único que tienes que hacer es meterte menos en mi vida — replicó ella, fulminando con la mirada el cuadro. La respiración se le volvió entrecortada.

Ernst guardó silencio unos segundos. Buscaba otra manera de hacerla hablar. Pero ella no podía. No debía.

Pasaron varios segundos antes de que volviera a hablar. Su silencio la aplastaba como un peso.

—Me dijiste que recordabas lo que llevó al desmayo en el coche. Pero esto… esto es diferente. Aquí no hay un vacío real en tu memoria, ¿verdad? Con ese nivel de miedo, no es probable que simplemente «no recuerdes bien qué pasó después»…

Lea se mordió la lengua con tanta fuerza que le dolió. La rabia le ardía en el pecho. La estaba presionando a propósito.

—Sabes que, si llegamos a un callejón sin salida —prosiguió Ernst, con aquel tono desesperantemente sereno—, no me quedará más remedio que escalar la situación. Y no puedo garantizar cómo lo gestionarán las autoridades.

Lea apretó las manos entre las piernas, con los labios sellados, aspirando aire tembloroso por la nariz. No debía decirlo.

Ernst se inclinó hacia delante, la voz baja, controlada.

—Si puedes mirarme a los ojos y decirme que no lo recuerdas, lo aceptaré. Pero si no puedes…

—¡No puedo! —gritó ella, con la voz quebrada—. ¡No puedo decirlo, ¿vale?!

Se puso en pie tan deprisa que la silla chirrió contra el suelo. Las piernas casi le fallaron, pero logró llegar tambaleándose hasta la puerta. Oyó vagamente a Ernst llamarla por su nombre. Tiró de la puerta y salió al vestíbulo.

—¡Lea! —la llamó Ernst—. ¡Las llaves del coche!

Se quedó paralizada, a dos pasos del pasillo, a dos pasos de la huida, y se miró a sí misma con estupor. Sin chaqueta. Sin bolso. Cada músculo de su cuerpo se resistía a darse la vuelta, pero se obligó a hacerlo.

Ernst se había levantado, pero no se había movido de su silla. Su rostro no era ni altivo ni severo; solo mostraba preocupación.

Señaló el bolso, debajo del abrigo.

—Eres libre de irte, Lea. Pero piensa en lo que ocurre si sales por esa puerta. Puede que ya no me permitan ayudarte.

Ella avanzó y agarró el bolso. Se le cerró la garganta. Él no dijo nada más. La vista se le nubló cuando intentó descolgar el abrigo. No conseguía sacarlo de la percha. Los brazos no le obedecían.

—No puedo —susurró—. No puedo… contártelo…

La primera lágrima le resbaló por el costado de la nariz.

—¿Por qué no, Lea? —preguntó Ernst con suavidad—. Dime por qué no puedes.

Ella se inclinó hacia delante y apoyó la frente en el abrigo. El rostro se le descompuso. Cayó de rodillas, sollozando.

Las manos de Ernst se posaron con delicadeza sobre sus hombros.

—Porque… él dijo… que no podía —balbuceó entre lágrimas—. Dijo… que volvería… a por mí… si volvía a hablar contigo… de él.

44

—No me había dado cuenta de que la situación había escalado tanto —dijo Ernst, con tono tranquilo pero firme—. A partir de ahora tendremos que actuar con mayor urgencia.

Lea asintió, sorbiéndose la nariz. Se secó bajo los ojos con un pañuelo. Si hubiera llevado rímel, se le habría corrido. Miró a Ernst al otro lado del escritorio.

—No me atrevo a estar sola.

—Y no deberías —le aseguró Ernst—. Te mudas hoy. Supongo que preferirás no quedarte aquí, en el centro.

Lea negó con la cabeza con firmeza.

—De acuerdo. ¿Puedes quedarte con tu padre, con tu madre o quizá con Irene?

Lea asintió.

—Bien —dijo Ernst—. Te haré una receta para los sedantes; ya has tomado una dosis. También voy a empezar con un antidepresivo más fuerte para estabilizarte. Me gustaría que nos viéramos cuatro veces por semana por ahora. Mientras tanto, debes asegurarte de no quedarte sola, evitar esfuerzos físicos, reducir al mínimo el estrés y, si es posible, no conducir. Si quieres, puedo organizar que uno de los cuidadores del centro pase a verte a diario.

Lea se sonó la nariz y arrugó el pañuelo en una bola. Llorar la había aliviado un poco, pero ahora llegaba la vergüenza.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —preguntó Ernst, con voz firme pero cálida.

Lea miró sus manos y no respondió.

Tras un momento, Ernst volvió a hablar.

—¿Has pensado por qué acabaste en el puente cuando perdiste el conocimiento?

Se sorbió la nariz.

—No creo que fuera por mi cuenta. Creo que él… me llevó.

—¿Cómo? ¿Te refieres a que te controló físicamente?

Lea asintió.

—Pero él es solo una proyección de tu imaginación.

—Quizá ya no…

Una de las cejas de Ernst se alzó levemente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si empezó siendo… una alucinación… pero ahora se ha vuelto… real? —Lea se sorbió la nariz—. ¿Y si es real porque mi cerebro lo está haciendo real? Eso es lo que dijiste, ¿no? Quizá… quizá pueda hacerme daño porque creo que puede.

Ernst hizo una pausa y luego negó con la cabeza.

—Eso, sencillamente, no es posible, Lea. No ocurre en el mundo real.

—Depende de quién lo perciba —murmuró ella.

Él la miró, desconcertado, y se aclaró la garganta.

—¿Has considerado la posibilidad de que fuera un hombre real el que te atacó?

Lea negó con la cabeza.

—No tenía cara. Era la sombra.

—¿Podría haber sido una máscara?

—No.

—Entonces, ¿por qué crees que la sombra te llevó hasta el puente?

—Porque se suponía que debía caer.

Ernst guardó silencio un instante.

—¿Quieres oír lo que pienso? Creo que tu subconsciente tomó el control durante el desmayo. La parte más profunda de tu mente está luchando contra la sombra incluso con más fuerza que tú. Creo que te llevaste a ti misma hasta el puente porque, en el fondo, intentabas enviarte un mensaje. Una advertencia. Un grito de auxilio. ¿Te parece tan descabellado?

Lea no contestó.

—Quiero hablar un poco de ti, Lea —continuó Ernst, echando un vistazo rápido al ordenador—. En nuestra primera sesión te pedí que

eligieras tres palabras positivas para describirte. ¿Lo recuerdas?

Ella lo pensó un momento. Le parecía que hubiera pasado una vida entera. Luego asintió.

—Elegiste «cariñosa», «servicial» y «afectuosa» —dijo Ernst—. Y sí, te encajan. Pero aquella pregunta también era una especie de prueba. Cuando se pide a la gente que se describa, a menudo escoge palabras que desearía que fueran ciertas, o las que quiere que los demás vean —Se inclinó ligeramente hacia delante—. Fíjate en algo: las tres palabras hablan de los demás. Si hubieras elegido «inteligente», «equilibrada» o «trabajadora», sería distinto. Pero no: te definiste por cómo cuidas a otros. Creo que ahí está la clave. Ayudas incluso cuando te cuesta. Entierras tus propias necesidades hasta que quedan tan profundas que acaban abriéndose paso a dentelladas.

Lea jugueteó con el pañuelo.

—¿Es tan malo ayudar a los demás?

—Solo si eso significa olvidarte de ti misma. Y eso es exactamente lo que ha ocurrido aquí.

Lea ya lo había oído antes: «cuídate más», «deja de ponerte siempre en último lugar ». Siempre le había sonado a una simple frase hecha.

La mirada de Ernst era firme.

—Estoy convencido de que de ahí nace la sombra. De todos esos sentimientos ignorados. De todos esos años poniéndote en último lugar. Creo que la sombra es la parte de ti que has descuidado tanto que ha acabado sacando los dientes.

Lea no era capaz de seguir ese razonamiento. No en ese momento.

Ernst se subió la manga y miró el reloj.

—Me gustaría seguir hablando. Tengo una reunión en quince minutos, pero la cancelaré. ¿Qué dices?

La idea de ahondar más le encogió el estómago, pero la de quedarse sola era peor.

Asintió.

—Bien. Un momento —Se levantó, pasó al despacho contiguo y dejó la puerta entreabierta. Ella lo oyó hacer la llamada.

Lea se levantó y tiró el pañuelo a la papelera. La mirada se le desvió hacia el portátil de Ernst… y se quedó helada.

El logotipo. El mismo que el de Irene.

Un pensamiento la golpeó.

«Estuve a punto de llamar a Kurt para ver si había sabido de ti».

El nombre de su padre. ¿Cómo sabía Ernst cómo se llamaba su padre? Ella había tenido cuidado: siempre «mi madre», «mi padre». Nunca nombres. Quizá lo había sacado del registro de pacientes. Era médico; tendría acceso a eso. Pero ¿también el número de teléfono de su padre?

Y otra cosa: Ernst nunca preguntaba por el señor Kristensen. Pero siempre preguntaba por su madre. ¿Por qué?

Lea miró hacia la puerta. Seguía hablando. Sin saber muy bien por qué, se acercó al ordenador. Estaban abiertas las notas de la sesión de ese día, tituladas Lea Kristensen (12-11). Las minimizó. Una carpeta: Lea Kristensen. Decenas de archivos. Fechas. Los repasó… y lo vio: una subcarpeta llamada Contabilidad.

La abrió. Cuatro facturas. Las dos primeras llevaban su nombre. Importes normales. La tercera… el nombre de su padre. Y la cantidad… casi cuatro veces mayor.

—Prometió que pagaría por mí —susurró.

Abrió el cuarto archivo. Aún más alto. Mismo periodo: una semana de tratamiento, tres sesiones.

¿Por qué iba a pagar su padre tanto?

—Estupendo, seguimos en contacto —se oyó la voz de Ernst desde la otra sala.

La sangre se le heló a Lea. Cerró los archivos a toda prisa y volvió a abrir las notas de la sesión. El cursor saltaba bajo sus dedos temblorosos. No le daría tiempo.

—Sí, hola, Peter —dijo Ernst. Otra llamada.

Ella soltó el aire. Abrió la última factura otra vez. Lo mismo: su padre. Cantidades enormes.

—Buscaremos otro día —decía Ernst.

Lea volvió deprisa al archivo de notas, inclinó la pantalla del portátil hacia abajo y se sentó justo cuando Ernst regresó.

—Todo arreglado —dijo con una sonrisa rápida—. Bien, Lea… ¿por dónde íbamos?

45

Lea apartó un mechón de pelo de los ojos y miró el piso. La luz de la tarde teñía los muebles de un tono dorado. A sus pies había dos cajas grandes de cartón y una bolsa de basura negra. Sobre todo ropa y artículos de aseo, pero como no sabía cuánto tiempo estaría fuera, había metido también algunas otras cosas esenciales.

Se quedó un momento inmóvil, notando el ardor en ambas muñecas. Solo por haber bajado las cajas al pasillo, y eso con las férulas puestas. El trayecto por las escaleras no iba a ser agradable.

Por segunda vez en su vida, Lea elegía a su padre en lugar de a su madre. Esta vez la decisión solo la afectaría a ella —y no también a su hermana— y solo de manera temporal. Aun así, era suficiente para removerle una sensación punzante en el estómago al pensar en la decepción de su madre.

No pudo evitar pensar en lo que Ernst le había dicho. Su culpa era fruto de su necesidad de hacer felices a todos. Y eso estaba directamente relacionado con la sombra. Quizá incluso…

Lea negó con la cabeza. No tenía fuerzas para pensar en eso ahora.

Cogió las llaves del coche de la mesa de la cocina y levantó la primera caja. Los tendones inflamados le protestaron en los antebrazos, haciéndola torcer el gesto.

Bajó las escaleras de una sola vez, se detuvo un instante para recuperar el aliento y salió por la puerta principal hasta el coche.

Justo cuando estaba metiendo la caja en el asiento trasero, una voz conocida la llamó por detrás.

—¡Eh, ratoncita!

Lea se giró.

—Ah, hola, Anita.

Su amiga se acercaba con Basta sujeto por la correa… o, más bien, parecía que el terrier desobediente llevaba a Anita. Tiraba con fuerza para adelantarse, ladrando agudamente en cuanto vio a Lea.

Anita llevaba una chaqueta de otoño a la moda y unos pantalones igual de modernos, pero que no combinaban en absoluto. Un gorro de punto le cubría casi todo el pelo rojo.

—¿Qué estás empaquetando? —preguntó, sin molestarse en contener a Basta cuando se abalanzó sobre Lea.

—Me voy a casa de mi padre unos días —explicó Lea, sin entrar en detalles.

—¿Por qué?

Lea se encogió de hombros y trató de sonar despreocupada.

—Solo necesito un descanso, ya sabes. Mi terapeuta pensó que era buena idea.

—Ah, claro, siempre se me olvida que estás viendo a ese loquero —dijo Anita, riéndose—. Pero el peque y yo contábamos con que nos prepararas la cena esta noche. No tengo ganas de ir a hacer la compra, y si ya estás cocinando para ti…

Lea hizo un gesto con la mano.

—Justo iba a irme a cenar a casa de mi padre, pero podría…

«… preparar algo rápido», es lo que iba a decir, pero se quedó a medias.

Aún tenía algo de comida en la nevera y, aunque en realidad no tenía ni energía ni ganas —y ni siquiera pensaba comer ella—, y aunque solo de imaginar coger un cuchillo ya le dolían las muñecas, quería hacerle el favor a Anita.

Pero dudó y, en lugar de eso, dijo:

—Pero me vendría bien una mano para bajar la otra caja, si tienes un minuto.

Anita pareció sorprendida.

—Eh… bueno, vale. O sea, te ayudaría, ratoncita, pero me hice estas ayer… —Le mostró unas uñas postizas brillantes—. Sería una pena romper una, ya sabes. Y tengo que pasar por la tienda a coger algo. ¡Hablamos luego!

Su amiga se alejó a paso ligero. Sin abrazo.

—Sí… hablamos —dijo Lea, aún allí de pie, viéndola marcharse. Se sintió como una amiga horrible por no haberle ofrecido la cena. Casi podía saborear la culpa.

Pero, en algún lugar muy profundo, sintió el más leve atisbo de alivio.

Lea volvió a subir por la segunda caja.

Viernes, 13 de septiembre

46

Lea no sabía si la había despertado la sed o algún ruido en la casa, pero abrió los ojos, parpadeó para despejar la vista y recorrió con la mirada la habitación a oscuras.

La noche parecía en calma. La luz gris de la farola se colaba entre las persianas y trazaba franjas estrechas sobre el suelo y el edredón.

Resultaba extraño que solo hiciera dos semanas que había dormido allí por última vez. Desde entonces había pasado tanto…

Pero así era a menudo con las casas de la infancia: cualquier ausencia parecía una eternidad.

Tenía la boca seca y una sed insoportable. Con un suspiro, apartó el edredón —uno que había traído de casa— y dejó caer las piernas por el borde de la cama.

En cuanto los pies descalzos tocaron el suelo de madera, empezó a tiritar. Su padre no siempre se las apañaba para mantener la casa caliente. El viejo era caluroso de por sí, así que a menudo se arreglaba con la estufa de leña, aunque no pudiera calentar toda la casa.

Lea abrió la puerta y avanzó de puntillas por el pasillo, pasó junto al baño y entró en la cocina. El reloj de pared, sobre la mesa del comedor, marcaba los segundos con un fuerte tic-tac. Pasaban unos minutos de las cuatro.

Lea se acercó de puntillas al fregadero, cogió un vaso de la balda y lo llenó de agua del grifo. Bebió a grandes tragos.

La placa estaba limpia y las encimeras despejadas. Ni platos, ni basura. Ni botellas vacías.

Eso no había sido así cuando llegó. De hecho, había sospechado que su padre no había tocado un paño de cocina desde la última vez que ella le limpió.

También había preparado la cena. Ernst había insistido en que no debía encargarse de tareas domésticas, pero cocinar era algo natural en ella, y además le gustaba; ¿tan terrible era que lo hubiera hecho?

A su padre le había alegrado que se quedara unos días. La había echado de menos.

Un escalofrío le subió por las piernas desnudas cuando el agua fría se asentó en el estómago. Lea secó el vaso rápidamente con un paño y lo guardó en el armario. Luego volvió al pasillo de puntillas.

Oyó un sonido y se quedó inmóvil. Permaneció quieta, esforzándose por escuchar. Nada. Probablemente uno de esos ruidos de la casa vieja que había olvidado.

Cuando estaba a punto de seguir andando, lo oyó otra vez.

Alguien respiraba con jadeos cortos. Sonaba como un niño.

Lea clavó la vista en la puerta del baño, que estaba entreabierta. Se acercó y la empujó.

Los jadeos ahogados sonaron más fuertes. Ahora también había sollozos, como si alguien estuviera llorando y tratara de contenerse.

Lea pisó las baldosas duras y heladas y sintió cómo se le erizaba la piel hasta la nuca. Y no solo por el frío.

El baño estaba vacío. La tapa del váter estaba levantada. El cesto de la ropa, medio lleno. Las toallas colgaban de los ganchos. La cortina estaba corrida frente a la bañera. De allí venía la respiración, ahora mezclada con quejidos suaves y más sollozos.

Lea encontró el interruptor sin apartar los ojos de la cortina azul pálido, estampada con gaviotas blancas. Los pequeños focos

halógenos se encendieron al instante y la obligaron a entrecerrar los ojos. La luz no parecía molestar a quien estuviera en la bañera. El llanto siguió, inalterado.

Tardó un momento en adaptarse. No vio ninguna silueta tras la cortina.

Se subió a la alfombrilla. Agarró el borde de la cortina. La apartó con suavidad.

La niña estaba hecha un ovillo bajo el grifo. Tenía la cara hundida entre los brazos, abrazándose las rodillas. Se le escapaban mechones de flequillo rubio y la coleta le caía ladeada en la goma. Llevaba aquella misma blusa de estilo marinero.

La visión de la niña no provocó miedo en Lea, solo una confusión profunda y una compasión abrumadora. Su instinto fue consolarla primero y luego averiguar qué había pasado y cómo había acabado en casa de su padre.

Lea se agachó y apoyó una mano en el borde de la bañera.

—Eh. ¿Qué pasa?

La niña sorbió por la nariz, con los pequeños hombros temblándole. Levantó la cabeza lo justo para mirar a Lea. Unos ojos azules llenos de lágrimas, brillantes, se encontraron con los suyos, y Lea sintió una punzada de tristeza y empatía tan intensa que era como si se estuviera viendo a sí misma en aquella bañera.

—Ay, no… —susurró la niña entre hipos. La voz le salía amortiguada por los brazos, pero Lea la entendió—. Está sangrando… ¡está sangrando!

Lea bajó la mirada hacia ella. Las piernas desnudas, tostadas por el sol, contrastaban con la porcelana brillante y terminaban en unos calcetines blancos y unos zapatitos de verano. Vio una pequeña cicatriz rosa bajo una rodilla, quizá de una rama en verano, pero no había heridas abiertas. Ni roturas en la ropa.

—No estás sangrando —dijo con suavidad.

La niña la miró un instante más. Luego apretó los ojos y volvió a enterrar la cara en los brazos. Rompió a llorar, desgarradoramente, a pecho descubierto.

—¡Haz que deje de sangrar!

Lea se inclinó sobre la bañera y alargó la mano para apartarle el pelo.

—Shhh… no pasa nada, no hay sangre. Tranquila, estás bi…

Algo caliente le resbaló por la cara interna del muslo. Un goteo tenue, ploc-ploc, en el suelo bajo ella.

Lea miró hacia abajo. Unas gotas rojo vivo caían sobre la alfombrilla entre sus pies descalzos. La sangre le bajaba por las piernas. Una mancha oscura, rojiza, se extendía por sus bragas.

Jadeó, se incorporó de golpe y retrocedió, aturdida. Las gotas caían tan rápido que dejó un rastro de sangre. Se dio contra el lavabo con un golpe doloroso y un calambre abrasador le desgarró el abdomen, haciéndola gritar. Se dobló sobre sí misma, apretándose la entrepierna con ambas manos.

Se encontró con sangre caliente y pegajosa que le manaba. La náusea le subió por la garganta. La vista se le nubló. Las piernas le fallaron.

Justo antes de desplomarse sobre la alfombrilla salpicada, vio que la bañera estaba vacía.

La niña había desaparecido.

La oscuridad no llegó de golpe: se deslizó como un alivio. Y Lea aún tuvo tiempo de pensar: «Me estoy desmayando. Así que esto es lo que se siente al desmayarse…»

47

Una luz suave le recorrió la cara. Lea abrió los ojos y entornó la mirada.

Al principio no entendió por qué no estaba en la cama. La luz del sol entraba por la ventana e iluminaba la habitación blanca en la que se encontraba. Luego vio las gaviotas de la cortina. Estaba en el suelo del baño, en casa de su padre.

Aturdida, intentó incorporarse. Se estaba quedando helada: solo llevaba la ropa de dormir, y casi todo el cuerpo le latía por haber

estado tendida sobre el suelo duro. La fina alfombrilla apenas había amortiguado nada.

Lea se quedó paralizada cuando vio las manchas marrón rojizas en la alfombrilla y en las baldosas blancas. Esa misma tonalidad le había empapado las bragas y le marcaba la cara interna de los muslos. Se llevó una mano a la boca para contener un jadeo.

El recuerdo de la pesadilla volvió de golpe, como una ola.

Lea se estremeció con violencia. La niña debía de haber sido una alucinación… como en el tren, como la voz del teléfono.

Pero la sangre… la sangre era real.

Esta vez no había sido solo una pesadilla.

48

Después de comer, su padre se metió en el taller. Tenía un par de cosas entre manos.

Lea se preguntó brevemente si tendría algo que ver con la caja de cerveza bajo el banco de trabajo —algo que su padre no creía que ella supiera—, pero, por supuesto, no dijo nada.

En cambio, recogió la mesa, fregó los platos y se fue al salón. Llevaba todo el día con algo rondándole la cabeza. Solo entonces se dio cuenta de lo que podía ser.

Al despertarse aquella mañana, había limpiado deprisa el suelo del baño y la alfombrilla. Por suerte, su padre no se había levantado hasta una hora después. No sabía nada del episodio nocturno.

Ella se había aseado a fondo y se había puesto una compresa por si acaso, aunque en el fondo sabía que no era la regla y que no habría más sangre.

Ahora se acercó a la estantería junto al piano y recorrió los lomos de los álbumes.

Kurt y Betina, siguiendo el generoso consejo del juez, se habían repartido todo por igual… salvo que su padre se quedó con la casa y

con las niñas. Y Lea estaba mirando exactamente la mitad de los álbumes familiares.

Sacó un archivador verde oscuro y se lo llevó al sofá.

Lea lo hojeó al azar, saltándose recuerdos.

Sus padres sentados juntos en alguna reunión familiar. Sus peinados imposibles, la barba de su padre, las gafas de su madre y la paleta apagada lo situaban en un «antes de Lea». Ambos sonreían a la cámara. Su madre rodeaba a su padre con el brazo, y él brindaba con un vaso de cerveza.

Su madre en el hospital, con la bata blanca clásica. Acunando un bulto pequeño en los brazos.

Una bebé rubia en una trona, con expresión de sorpresa y casi todo un cuenco de papilla de pera embadurnándole la cara. En el babero ponía «Lea».

Su madre tumbada boca arriba en la bañera. Lea descansaba en sus brazos, mirando fascinada algo fuera de plano.

Su madre otra vez en una cama de hospital. Esta vez agotada pero feliz. Su padre, a su lado, sostenía a un milagro recién nacido.

Aquellas imágenes eran destellos de algo casi olvidado. Normalmente le calentaban el estómago. Hoy solo había vacío. Vacío y esa sensación insistente.

Irene sobre el cambiador, con el culito al aire, riéndose mientras su madre le hacía cosquillas en los diminutos pies.

Su padre, agarrando la mano de Lea. Estaban en el pasillo, cuando aún estaba el suelo viejo. Lea tendría unos tres años, sonriendo de oreja a oreja, con mono de nieve, gorro y guantes. Fuera, el patio estaba cubierto de nieve.

Lea sentada en el sofá con un cuento sobre el regazo, casi exactamente como estaba ella ahora. Solo que en la foto el sofá era nuevo y las piernas aún no le llegaban al suelo.

Un primer plano del rostro pecoso de Lea. Sonreía radiante, le faltaba un diente de delante, que sostenía orgullosa entre dos dedos.

Lea e Irene cogidas de la mano y sonriendo a la cámara. Vestidas con ropa elegante, maquillaje exagerado, joyas y tacones demasiado

grandes. Lea le sacaba una cabeza a su hermana, pero la peluca de Irene casi las ponía a la misma altura.

Las dos niñas jugando en la arena de la playa.

Las dos niñas jugando en la entrada de la casa: Irene en su triciclo, Lea con la comba.

Lea pasó otra página… y se quedó helada.

Una foto más grande ocupaba toda la hoja. Estaba tomada en un estudio profesional, poco antes del primer día de colegio de Lea. Estaban los cuatro. Su madre se sentaba en un sillón con Irene en el regazo. Su padre estaba de pie a su lado, con Lea delante de él. Ella apenas le llegaba al cinturón, y la mano grande de su padre descansaba sobre su hombro. Todos sonreían. Todos excepto Irene, que normalmente era la más alegre. Pero en aquella foto parecía enfadada… y Lea no podía apartar los ojos de ella.

Aunque la imagen era en blanco y negro, reconoció la blusa de marinero.

49

—… hacia las seis. Sí, nos vemos entonces. Adiós.

Lea colgó y dejó el móvil en el sofá. Miró la foto que había sacado del álbum y deslizó la yema del dedo por el pelo de Irene.

¿Qué significaba aquello? ¿Era a Irene a quien había visto? ¿Algún recuerdo emergiendo? ¿Estaba relacionado con la sombra? Quizá era…

—¿Con quién hablabas?

Lea se giró de golpe. Su padre asomaba la cabeza por la puerta. No lo había oído entrar en la casa.

—Me ha dado un susto, señor Kristensen —soltó el aire.

—Perdona.

—Era Irene. La he invitado a cenar. Te parece bien, ¿no?

—Claro. Buena idea. ¿Viene con él, el novio, cómo se llama?

—No, viene sola.

—Vale. Con ganas de verla —Su padre la miró con calidez, y por un momento Lea vio lo viejo que se estaba volviendo. Los hombros empezaban a vencérsele, la piel alrededor de la boca y los ojos estaba profundamente surcada, y el pelo ya no era tan espeso ni tan oscuro como antes. De pronto la golpeó la idea de que su padre no viviría para siempre, y una tristeza nostálgica la inundó con tanta fuerza que se le nubló la vista.

No le había contado lo mal que se habían puesto las cosas ni lo del desmayo más reciente. Solo le había dicho que el psiquiatra le recomendaba volver a casa una temporada.

—Bueno, solo he entrado para mear un momento… —murmuró, señalando hacia el pasillo.

—¿Papá?

Él la miró.

—Gracias por dejar que me quede. Y gracias por pagar al psiquiatra.

—Es lo mínimo que podía hacer.

Lea sostuvo su mirada y preguntó:

—No te estará estafando, ¿verdad?

Los ojos de Kurt Kristensen titilaron… solo un segundo, pero fue suficiente. La sonrisa que siguió no terminó de arreglarlo.

—¿Acaso no lo hacen siempre?

Lea le devolvió la sonrisa.

50

Pasaban unos minutos de las siete. La luz empezaba a caer. Pronto se encenderían las farolas. Pero solo tenían cinco minutos andando hasta casa.

Las hermanas iban solas por la calle. Tranquila para ser un sábado por la noche, aunque quizá fuera normal en esa época del año: la gente prefería sus salones y la televisión. El viento había arreciado.

Las hojas sueltas bailaban por la calzada y los setos y arbustos susurraban en los jardines.

—¿De qué querías hablar conmigo? —preguntó Irene.

Lea la miró.

—¿Cómo?

—Bueno, como me has pedido que salgamos a dar un paseo.

—Solo necesitaba aire fresco.

—Es algo de papá, ¿verdad? —dijo Irene, restándole importancia a la excusa—. He visto cómo lo mirabas durante la cena.

A veces aquella conexión entre ellas inquietaba a Lea. Era casi como si se leyeran los pensamientos.

Detrás sonó el rugido de música y un motor. Un coche tocó el claxon al pasar y Lea dio un respingo.

Un chaval joven sacó medio cuerpo por la ventanilla, agitando una botella de cerveza.

—¡Buenas noches, señoritas! —gritó por encima de la música.

Irene se rio y le devolvió el gesto con la mano. El coche giró hacia el centro y aceleró. El ruido resultaba abrumador en aquel barrio silencioso.

Lea se detuvo y apoyó las manos en las rodillas. La vista se le oscureció un instante.

—Así que aquí, en las afueras, también hay fiesteros —dijo Irene, ajustándose los guantes mientras seguía andando—. En realidad yo tenía que haber ido esta noche a una fiesta de reencuentro en casa de Trine Iversen, de nuestra clase del instituto. Pero yo… ¿Lea?

Se giró cuando por fin se dio cuenta de que Lea se había quedado atrás.

—¿Qué te pasa?

Lea respiró hondo varias veces para estabilizarse.

—Me he mareado un poco.

Irene se acercó y deslizó su brazo bueno por debajo del de Lea.

Caminaron un poco más. Lea reunió valor antes de decir:

—Él… em… se ofreció a pagar la terapia y… sí, creo que le está pagando de más. A propósito.

Irene frunció el ceño.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No lo sé. Pero también creo que han hablado. Ernst sabía cómo se llamaba papá y lo usó casi como si fueran amigos.

Su hermana lo pensó un momento.

—¿No crees que quizá estás dándole demasiadas vueltas? Igual solo hablaron por teléfono para intercambiar datos bancarios. No creo que necesariamente signifique nada.

—No —murmuró Lea—. Quizá no.

En realidad no tenía claro qué esperaba que significara. ¿Que Ernst estuviera chantajeando a su padre? ¿Por qué iba a hacerlo? Quizá el psiquiatra simplemente había sido amable… Le habría hecho a Lea un buen descuento, uno que no le haría a su padre porque sabía que podía permitirse pagar el precio completo.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte con papá?

—Solo hasta que las cosas se calmen un poco.

—Lo has vuelto a ver, ¿verdad?

Lea clavó la vista en las baldosas de la acera que pasaban bajo sus pies.

—Dos veces —susurró.

Irene soltó un gemido.

—Ay, Lea. ¿Quieres hablar de ello?

Lea negó con la cabeza.

—¿El terapeuta tiene alguna idea de por qué no mejora?

—No realmente. Cree que tengo demasiado estrés, que me preocupo constantemente y que intento hacer demasiadas cosas. Pero apenas hago nada.

—¿Por eso te quedas con papá? ¿Para quitarte carga?

—Sí.

Irene resopló.

—Pues entonces está claro que no conoce a papá en absoluto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lea, confundida.

—Vivir con papá no quita estrés. Acabas haciendo casi todas las tareas de la casa.

—Él nunca me pide nada —dijo Lea, intentando suavizarlo.

—No, pero lo haces igualmente, ¿a que sí? —Irene la miró—. ¿Nos pidió que recogiéramos la mesa o que fregáramos los platos?

—No…

—No, porque él no funciona así. Se aprovecha de nuestra culpa. ¿No te has dado cuenta? No dice nada. Simplemente lo da por hecho. Porque sabe que nos da pena.

Lea lo pensó un momento.

—Pero su espalda…

—Exacto. Esa maldita espalda. Pero ¿has visto su taller? ¿Y el coche? Ni una mota de polvo ni un arañazo en la pintura. Apuesto a que podría tener la casa igual de impecable sin destrozarse la espalda si de verdad quisiera. Pero ¿para qué, si siempre aparece alguien y se lo hace?

Lea no supo qué decir. Irene estaba enfadada. Rara vez veía a Irene enfadada.

—Mamá hace lo mismo —prosiguió Irene—. También chantajea con la culpa, solo que de forma más directa. Quiere algo distinto a cambio, pero es el mismo juego —Alzó la mano, exasperada—. Por algo casi no los visito. Estoy harta de sentir que les debo la vida. Pero aún saben cómo tocarte las teclas y, sinceramente… me cabrea. No soy psicóloga, pero te lo digo ya: ellos son la fuente de tu estrés, si alguien lo es.

Cuando terminó, se hizo el silencio.

Lea se sorprendió de no haberlo visto así antes. A veces de verdad hacía falta que alguien te señalara lo obvio.

Irene se detuvo y la miró a los ojos.

—Perdona, hermana… es que me frustra verte así. No puedo imaginarme por lo que estás pasando y yo… yo no he estado ahí contigo. No como tú estuviste conmigo.

Lea sostuvo su mirada y entendió a qué se refería. Se encogió de hombros.

—Una de las dos tenía que salir adelante.

—Ya, y deberías haber sido tú. La que tenía problemas era yo. No tú.

Lea no supo qué decir.

Irene debió de leérselo en la cara.

—Dime qué puedo hacer. ¿Quieres venirte a vivir conmigo y con Jack? Te lo juro, te trataremos como a una reina.

Lea sonrió.

—Dejaré de preocuparme por papá, te lo prometo.

La sonrisa se le borró al recordar el verdadero motivo por el que había llamado a Irene aquella tarde. Ahora le tocaba a ella apoyarse en el vínculo que tenían.

—Pero si de verdad quieres ayudar… dime qué pasó aquella noche. Justo antes del accidente.

Las dos hermanas se quedaron un largo momento en la acera, mirándose —Irene con el brazo lesionado recogido bajo el abrigo; Lea casi nueve kilos más delgada que tres meses atrás—.

—Dijiste algo —dijo Irene por fin.

—¿Qué dije?

—Bueno… yo hablé con los médicos esa noche. Estaba en shock, claro. Ya habían hablado contigo y sabían que habías tenido un desmayo. Así que me dijeron que no le diera demasiada importancia a nada de lo que pudieras haber dicho. Que probablemente serían tonterías.

—¿Qué dije? —repitió Lea. Le latía el corazón a toda velocidad.

—Jadeaste —la mirada de Irene se volvió lejana—. Me miraste y dijiste: «Esto es lo que pasa cuando no eres una niña buena» —Volvió a clavar la vista en Lea—. Y luego giraste el volante con tanta fuerza que ni siquiera me dio tiempo a pensar antes de que saliéramos volando.

Sábado, 14 de septiembre

51

La habitación que había pertenecido a Irene Kristensen casi cuatro años atrás estaba a oscuras. Los muebles se alzaban como sombras pesadas de criaturas muertas hacía mucho tiempo. Las persianas estaban bajadas. Al otro lado de la ventana, la tormenta aullaba entre los árboles del jardín y hacía crujir el viejo tejado. En la cama, bajo el edredón, dormía una figura acurrucada. Solo el cabello era visible.

Un resplandor azul brotó de la mesilla cuando la pantalla del móvil se encendió. Empezó a sonar.

Lea pegó un respingo, separó la cabeza de la almohada y miró alrededor, desorientada. Luego se dio cuenta de dónde venía el sonido y alargó la mano hacia el teléfono. Tuvo que entrecerrar los ojos para leer el nombre en la pequeña pantalla: Cecilie.

—¿Hola?

La respiración al otro lado era rápida. Notó el miedo al instante.

—¿Lea?… Tienes que ayudarme… No sabía a quién más llamar…

Lea se quedó mirando el techo, con el corazón a punto de parársele. Al fondo se oía a Tobias llorar con un chillido agudo.

—Está aquí, Lea —dijo Cecilie, con la voz temblorosa—. De repente estaba ahí plantado… fuera de la ventana… No sé qué quiere ni cómo supo que estábamos aquí…

¿La sombra? ¿Es la sombra la que está ahí fuera? Lea estuvo a punto de preguntarlo.

—¿Es Mark? —susurró.

—¡Sí!… Tengo muchísimo miedo, Lea… No consigo que Tobias deje de llorar… ¿Cómo ha sabido que estábamos aquí? Mi madre no está en casa… No sé si sigue ahí fuera… No me atrevo a ir a la ventana… Creo que vi… creo que vi un cuchillo, Lea… —Su amiga rompió a llorar.

—Tranquilízate, Cecilie —dijo Lea, incorporándose. Sentía el estómago pesado de pavor, pero tenía que apartarlo—. Llama a la policía. Que vayan allí.

—¡No! —gritó Cecilie—. No, yo… yo no puedo… piensa en sus antecedentes. No le dejarán volver a verme ni a ver a Tobias… no puedo hacerle eso… Tienes que venir, Lea… me da demasiado miedo salir al coche.

—No hace falta. Quédate dentro de la casa. Yo…

Un golpe fuerte sonó al otro lado, y Cecilie soltó un chillido. Tobias aulló. Una voz grave gritó a lo lejos.

—¡Vete, Mark! —chilló Cecilie—. ¡Le estás asustando!

—¡Cecilie! —gritó Lea.

—Mark, por favor, vete… Nos…

Se oyó un estruendo: algo de cristal se hizo añicos. Cecilie gritó. Pisadas corriendo. La voz de Mark gritando al fondo. Se cerró una puerta de golpe. Y la respiración sollozante y jadeante de Cecilie volvió a sonar cerca del teléfono.

—¿Lea? ¡Estamos en el baño! ¡Date prisa!

Más golpes, ahora mucho más cerca. El grito de Cecilie se cortó cuando la llamada se interrumpió.

En el oído de Lea, el silencio seguía atronando.

52

El reloj digital del salpicadero marcaba 03:57.

Lea apretó el volante. Clavó la vista en el túnel de luz que los faros abrían en la oscuridad. No se atrevía a apartar los ojos de la carretera. Pero se le llenaban de lágrimas, así que tenía que parpadear.

Las ráfagas de viento zarandeaban el Fiat, arrastrándolo involuntariamente hacia la línea central.

Lea había oído en el parte meteorológico que la noche sería tormentosa durante horas, pero no le había prestado mucha atención. No esperaba verse obligada a salir en medio de la tormenta.

Solo llevaba un forro polar fino; se había olvidado la chaqueta. Aunque la calefacción del coche estaba a tope, tenía las manos heladas. El rostro que le devolvía el retrovisor estaba pálido como el de un fantasma.

Los pensamientos se le arremolinaban por la cabeza como hojas barridas por la autopista.

¿Y si llegaba demasiado tarde? ¿Qué podría hacer Mark? ¿Y qué iba a hacer ella siquiera cuando llegara allí?

¿Y si la sombra aparecía de pronto en la carretera? ¿Y si perdía el conocimiento y volvía a estrellarse?

«Esto es lo que pasa cuando no has sido una niña buena».

Puede que esta vez no saliera viva. Le había contado a Ernst lo de la sombra, pese a que…

«Si vuelves a hablarle de mí al loquero, volveré a por ti».

Su mente funcionaba con la aterradora claridad que aparece al borde del pánico. Si la sombra realmente no era más que una parte de sí misma, un lado oscuro y malicioso, su propio Mr. Hyde, y de algún modo tomaba el control cuando ella perdía el conocimiento… entonces todo apuntaba a que quería hacerle daño de verdad. Primero el accidente, luego el puente de la autopista.

—A la tercera va la vencida, Lea —susurró la voz grave de la sombra en algún lugar de sus pensamientos. O quizá solo lo había imaginado.

Sintió cómo el miedo empezaba a apoderarse de ella. Sin darse cuenta, empezó a usar la técnica de respiración de Ernst y, tras unos minutos, consiguió calmar su cuerpo lo suficiente como para que las piernas y los brazos dejaran de temblar.

Ojalá Irene estuviera allí. Pero su hermana ya se había ido. Le había ofrecido quedarse a dormir, pero Lea le había dicho que volviera con Jack. Ahora se arrepentía.

Deseó que Irene estuviera allí. Pero su hermana se había ido a casa. Se había ofrecido a quedarse a pasar la noche, pero Lea le había dicho que volviera con Jack. Ahora se arrepentía.

Irene sabría si debía llamar a la policía o no. Si Lea había hecho bien al no despertar a su padre antes de salir de casa.

No le había contado a Irene que había visto a la joven Irene.

Tal vez las visiones fueran una señal. Una señal de que Irene era la persona que podía salvar a Lea de sí misma.

Quizá—

Un gran cartel azul apareció ante ella y la sacó de sus pensamientos. Su salida estaba cerca. Menos de seis kilómetros hasta la casa de la madre de Cecilie.

53

Lea estuvo a punto de pasarse la salida.

La casa de la madre de Cecilie estaba junto a una carretera rural, con varios cientos de metros entre cada vecino. El camino de entrada era una estrecha senda de grava que atravesaba un pequeño bosque, difícil de ver hasta que prácticamente estabas encima.

Redució la velocidad y giró hacia dentro. De inmediato vio el árbol caído que bloqueaba el camino unos diez metros más adelante. Era

un viejo ciruelo mirabel, al que ya casi no le quedaban hojas. Los últimos frutos amarillos de la temporada habían caído en otoño y ahora rodaban por el suelo empujados por el viento. El tronco era tan grueso como el muslo de Lea, lo bastante grande como para que dudara poder moverlo.

Detuvo el coche, se pasó las manos por el pelo y gimió.

—¿Qué hago?

Quedaban todavía unos cien metros hasta la casa, quizá más. No se veía ninguna luz más adelante. O intentaba mover el árbol o lo trepaba y corría el resto del camino. Fuera como fuese, tenía que salir del coche.

Abrió la puerta y el viento la arrancó de inmediato de sus manos. Se abrió paso a duras penas hacia fuera, en medio de la tormenta. El pelo le azotaba la cara, los árboles aullaban y crujían a su alrededor. Su miedo a la oscuridad empezó a cerrarse sobre ella, incluso con los faros brillando a su espalda. El árbol caído estaba iluminado con nitidez y proyectaba sombras enredadas sobre el camino, pero no podía ver qué ocurría en el bosque a ambos lados. El frío atravesó su ropa en cuestión de segundos.

Con cuidado, se abrió paso entre las ramas que se agitaban en la copa y se agachó para agarrar las partes más gruesas. Una ramita rígida le raspó la mejilla al moverse, dejando un escozor a lo largo de la mandíbula. Jadeó, pero ignoró el dolor. Agarró varias ramas y tiró. Para su sorpresa, el árbol se arrastró un poco sobre el camino. Hizo más fuerza y sintió arder sus muñecas. Si retrocedía hacia un lado, quizá podría girarlo lo suficiente para apartarlo del camino.

Pero solo había avanzado unos pasos cuando una rama se partió con un chasquido fuerte y casi la hizo caer. Buscó otro punto de agarre y soltó un quejido al retirar la mano: una espina se le había clavado bajo la piel de la palma. Se la arrancó con un gemido y la lanzó lejos. La sangre brotó de inmediato.

En ese instante, una sombra cruzó el haz de luz.

Lea se giró en redondo y se quedó mirando los faros del coche.

La miraron de vuelta, cegadores y maliciosos. Se tapó los ojos, intentando distinguir el vehículo, pero era difícil… e imposible oír nada por encima del aullido de la tormenta.

Se quedó quieta un momento pero, al no pasar nada, decidió que se lo había imaginado. Volvió a mover el árbol.

Cuando lo hubo girado lo suficiente para despejar media carretera, decidió que ya era suficiente y se apresuró hacia el coche. En cuanto salió del cegador haz de los faros, vaciló.

La puerta estaba cerrada. Ella no la había cerrado. El viento. Tenía que haber sido el viento. No lo había oído entre el estruendo de los árboles.

Aun así, se acercó despacio, asomándose por las ventanillas. Los asientos delanteros estaban débilmente iluminados por el salpicadero, pero detrás era todo oscuridad.

Alargó una mano temblorosa hacia el tirador y abrió. Se encendió la luz interior. Miró al asiento trasero… y exhaló con fuerza.

El coche estaba vacío, salvo por la bolsa de deporte en el asiento de atrás. Llevaba allí desde aquella noche de hacía cien años en la que iba camino del gimnasio pero cambió de idea al ver la sombra en el aparcamiento, medio escondida entre dos coches. No era propio de ella olvidar cosas así, pero no había sido ella misma.

Se sentó al volante y fue a cerrar la puerta, pero el viento la atrapó y la abrió de par en par. Se inclinó para agarrar la manilla… pero entonces se dio cuenta de que no había sido el viento quien había abierto la puerta.

Levantó la vista y se quedó mirando su rostro vacío, mientras él la observaba desde arriba.

Durante medio segundo, el mundo entero se detuvo.

El viento murió. Los árboles se congelaron. La noche contuvo el aliento.

La sombra permanecía allí como una figura de cera; solo el abrigo y el sombrero se movían en el vendaval.

Lea se quedó paralizada de terror, medio fuera del coche, apoyada en la puerta.

Y entonces todo arrancó de nuevo… y ocurrió con una velocidad nauseabunda.

La sombra se agachó y se lanzó sobre ella, empujándola a través de los asientos con él encima. Sintió su peso aplastándola contra los

cojines, la palanca de cambios clavándosele con dolor en la zona lumbar, y gritó presa de un pánico indefenso.

Lea se debatía y se retorcía, lanzando manotazos y dando patadas con la única pierna que no tenía atrapada bajo él. Sintió sus manos fuertes agarrarle los brazos que agitaba y sujetarlos contra el suelo.

Era muchísimo más fuerte. Sus golpes no surtían efecto y ella no conseguía quitárselo de encima.

Ciega de terror, alargó la mano hacia su cara. La encontró y clavó las uñas con todas sus fuerzas; arañó y arañó, notó cómo los dedos se hundían en una piel blanda y lisa y lo oyó gruñir. Él le agarró la muñeca y le torció el brazo hacia arriba. El otro brazo lo tenía atrapado bajo el cuerpo.

Ella volvió a gritar, apenas consciente, retorciéndose con todas sus fuerzas para soltarse, pero era inútil.

Su cara flotaba en algún punto sobre ella y registró que el sombrero se le había caído. La cabeza era un óvalo liso. Sin orejas, sin pelo, sin nada.

La sujetó con el peso mientras manoseaba algo bajo el abrigo, y Lea oyó un tintineo metálico. Giró la cabeza de un lado a otro; no quería verlo. Se tensó entera e intentó zafarse. Solo cuando una mano enorme se abrió paso entre ambos, presionándole el vientre y metiéndosele por el pantalón, algo le estalló en la mente como una supernova ardiente.

El tintineo. Había sido su cinturón.

Gruñó y tiró con fuerza del pantalón de Lea; sintió cómo la cinturilla se le tensaba en la cintura antes de que saltaran el botón y la cremallera. De inmediato, la mano empezó a bajárselo.

El pánico y el terror de Lea subieron hasta niveles inimaginables. El cuerpo le lanzó una oleada de fuerza que pilló a su atacante por sorpresa. Arrancó un brazo de donde lo tenía inmovilizado y lo llevó delante del pecho. Consiguió girarse de lado y liberar las piernas. Se las metió debajo y empujó hacia arriba, lo justo para darse espacio y dar patadas y puñetazos a lo loco. Varios impactos le entraron duros —cara, cuello, estómago— y oyó con una satisfacción feroz sus gruñidos de dolor.

Algo duro le presionó la nuca y se dio cuenta de que se había empujado contra la puerta del acompañante. Alzó los dos brazos, palpando a ciegas hasta encontrar el tirador. El miedo dentro de ella era como un sol en explosión, nunca había creído posible estar tan aterrorizada y seguir viva.

Él se le abalanzó otra vez, más fuerte y más brutal, justo cuando sus dedos encontraron el tirador.

La puerta se abrió de golpe con el viento. Una de sus manos se cerró en torno a la garganta de Lea, cortándole el aire, arrancándole un jadeo áspero. La cabeza le colgaba fuera, y el agarre le arqueó el cuello hacia atrás tanto que creyó que se le partiría. Lo único que veía eran los árboles sacudidos en la oscuridad.

Con la otra mano tiró de su pantalón, bajándoselo por los muslos. Sintió cómo le metía una pierna entre las suyas. Ella se revolvió como una posesa, dificultándole el movimiento, pero las fuerzas se le agotaban. No podía respirar. Los ojos se le salían. Los brazos le aleteaban sin rumbo.

Su cara blanca se le acercó, tanto que podía ver la piel y percibir los rasgos indistintos debajo… los que deberían haberse convertido en nariz, labios, cejas, pero que seguían siendo una máscara inacabada. Y aunque era imposible, sintió su aliento caliente en la cara y oyó su voz áspera cuando siseó:

—¿Me oyes? Esto es lo que pasa cuando no eres una niña buena…

Lea intentó gritar, pero no tenía aire. Ya no le quedaba fuerza para detenerlo. La cabeza deformada se cernía sobre ella y sintió la mano grande y torpe llegarle a la ropa interior.

Lo único que deseó en ese instante fue cerrar los ojos.

54

Lea yacía boca arriba con la figura negra encima, aterrorizada, y no registró que una ráfaga de viento, poderosa, cerrara la puerta con una violencia brutal.

Pero sí la vio golpear a la sombra en la cabeza justo cuando iba a desgarrarle la ropa interior. Oyó el golpe, lo vio ladearse, y al instante sintió desaparecer la presión en la garganta. El aire entró de golpe; jadeó. Los pensamientos volvieron a ponerse en marcha, y el pánico regresó. Él seguía medio encima, pero ahora se apretaba la cabeza y gemía, aturdido.

Ella no perdió ni un segundo.

Se dio la vuelta sobre el vientre, se arrastró para salir de debajo, empujó la puerta de nuevo, sintió sus torpes intentos de retenerla… y entonces estaba fuera, tumbada sobre la grava en la noche rugiente.

Se puso en pie, se desplomó, volvió a levantarse, se subió el pantalón a tirones, tosiendo y sollozando a la vez, y avanzó tambaleándose por el camino.

Detrás de ella, la puerta volvió a cerrarse de golpe con el viento, esta vez sin nada en medio.

55

Cuanto más se alejaba del coche, más oscuro se volvía todo, y más se desdibujaba su propia sombra saltarina sobre la grava delante de ella. Sus pesados pasos vacilantes y su respiración entrecortada quedaban ahogados por la tormenta. Los árboles pasaban a su lado a toda prisa, agitándose, inclinándose, arrojando hojas muertas tras ella. La oscuridad danzaba ante sus ojos. A cada segundo esperaba que él reapareciera.

Miró por encima del hombro mientras corría, subiendo de un tirón los pantalones rasgados que no dejaban de bajársele. Los faros del coche solo se desvanecían lentamente.

Por fin, los árboles se aclararon y el camino se abrió al patio. Aparte de la lámpara sobre la puerta principal, la casa estaba a oscuras. El cobertizo para el coche estaba cerrado y el coche de Cecilie estaba aparcado a su lado.

Algo pálido rodó hacia ella desde un lado y gritó, echando a correr —hasta que vio que solo era un periódico viejo. Subió de un salto los escalones y aporreó la puerta. Entonces recordó que, allí en el campo, probablemente no estaría cerrada con llave… y tenía razón.

Entró tambaleándose en un recibidor tenuemente iluminado, cerró la puerta de un portazo y echó el pestillo.

La tormenta quedó por fin reducida a un aullido amortiguado. Pero dentro de la cabeza de Lea la tormenta seguía desatada.

Palpó la pared en busca de un interruptor y lo encontró al cabo de un momento. Un movimiento al fondo del pasillo la hizo gritar de nuevo y girarse bruscamente.

Un espejo. Se quedó mirándose. Tenía el pelo hecho un desastre. Estaba pálida como la muerte, salvo por un corte rosado en la mejilla. Los pantalones se habían rasgado en la bragueta, dejando al descubierto la ropa interior. Pero lo peor eran las manchas que descendían por la cara interna de sus muslos. Se había orinado encima.

Se oyeron pasos en el interior de la casa.

Lea contuvo la respiración y retrocedió sin apartar la vista de la puerta. La puerta se abrió. La luz se derramó hacia el pasillo.

Apareció Cecilie. Llevaba puesto un pijama. Parecía adormilada… y muy sorprendida.

—¿Lea?… Pero ¿qué demonios? ¿Qué haces aquí?

—Él… él… él… —Lea no conseguía sacar las palabras. En lugar de eso, se dejó caer al suelo y empezó a sollozar.

Cecilie se arrodilló a su lado y la rodeó con los brazos.

—¿Qué te ha pasado? Dime qué ha pasado.

—Yo… vine a… ayudar…

—¿Ayudar? —preguntó Cecilie, desconcertada—. ¿Cómo que ayudar? ¿A ayudar con qué?

—Tú… me llamaste —sollozó Lea, mirándola suplicante—. Mark… él…

—¿Yo te llamé? ¿De qué estás hablando, cariño? ¿Qué pasa con Mark? No entiendo ni una palabra…

56

Los agentes se marcharon después de escuchar la historia de Lea y revisar el coche.

Como, técnicamente, no se había cometido ningún delito y no había señales del atacante, poco podían hacer más allá de tomar nota y decirle que llamara si volvía a aparecer.

Lea les dijo que no conocía a nadie capaz de hacer algo así. No mencionó a la sombra.

En cuanto oyeron que acudía con regularidad a un terapeuta, dejaron el asunto sin problema en manos de los sanitarios.

Los sanitarios la llevaron a urgencias. Allí la examinó una doctora simpática de mediana edad llamada Helle.

—Físicamente estás bien —dijo la doctora, acercándose a la camilla donde Lea estaba sentada—. Parece que sufres privación de sueño y una desnutrición leve, pero las náuseas probablemente sean por el shock, y es completamente normal sentirse desconectada. Ahora mismo solo necesitas dormir bien una noche.

Miró los papeles que llevaba en la mano.

—Entiendo que tuviste un accidente de coche hace casi un mes; por suerte, solo con lesiones leves. Desde entonces estás viendo a un psiquiatra.

Lea asintió y bajó la vista hacia sí misma. Los pantalones de chándal de Cecilie le quedaban bien. Dos meses antes no habría podido ni meterse en ellos. La ropa interior le resultaba extraña. La suya se había empapado.

La habitación olía a hospital, demasiado brillante bajo los fluorescentes del techo. Al otro lado de la ventana seguía siendo noche.

—¿Hay alguna relación, Lea? —preguntó la doctora, intentando buscarle la mirada.

Parecía amable, aunque debía de estar cansada; seguramente llevaba de guardia toda la noche. Lea ya la apreciaba más que a

Ernst. Tenía el pelo corto y oscuro, ojos marrones y unas manos suaves.

Lea negó con la cabeza.

—De acuerdo —dijo Helle, asintiendo despacio—. Pero estoy un poco preocupada. Me gustaría llamar a tu médico el lunes por la mañana y ponerlo al corriente personalmente, para que podáis hablar de esto en tu próxima ses…

—¡No! —saltó Lea, mirando a la doctora.

Helle se quedó sorprendida.

—¿Por qué no?

—Porque yo… —Porque ya no confío en Ernst—… quiero decírselo yo misma —forzó una sonrisa.

Helle asintió despacio.

—Es tu decisión. ¿Tienes a alguien con quien hablar mientras tanto?

—Sí. Mi hermana.

—Bien. Y, si no, siempre puedes llamar —La doctora le tendió una tarjetita—. También he trabajado como terapeuta.

Lea le dio las gracias y ojalá pudiera aceptar la oferta. Pero empezaba a darse cuenta de que nadie más podía ayudarla.

Lunes, 16 de septiembre

57

Cuando el sol salió, hacia las siete, Lea llamó a Ernst.

Saltó el contestador automático, justo como ella esperaba.

—Hola, Ernst. Soy Lea Kristensen. He cogido fiebre, así que, por desgracia, tendré que cancelar la cita de hoy.

Colgó, se desnudó, sacó un somnífero del frasco que llevaba en el bolso y se metió bajo las sábanas.

No había salido de la habitación en veinticuatro horas.

Se quedó dormida casi al instante.

58

Unos suaves golpes en la puerta sacaron a Lea de la profunda oscuridad.

Abrió los ojos y vio que la puerta se entreabría.

Irene asomó la cabeza.

—¿Estás durmiendo?

—No, pasa.

La habitación estaba en penumbra.

Su hermana cerró la puerta tras de sí y se acercó a la cama.

—Uf, aquí hace un calor insoportable. ¿Te importa si abro la ventana?

Irene subió las persianas hasta la mitad y entreabrió la ventana.

Lea no tenía la menor idea de cuánto tiempo había dormido ni de qué hora era, pero, por la luz que se filtraba entre las lamas, debía de ser ya última hora de la tarde.

Irene se sentó en el borde del escritorio y sonrió.

—Te llamé al salir del trabajo. Como no contestabas, probé con papá. Me dijo que tenías fiebre y que habías dormido casi todo el día, ayer y hoy.

Lea asintió. Le latía la cabeza con fuerza.

Irene se acercó y le puso una mano fresca en la frente.

—No estás tan caliente.

Lea no se molestó en mentir. Irene ya sabía que la fiebre era fingida.

—¿Qué hora es?

—Un poco más de las seis. Me voy a quedar aquí unos días.

—Pero… ¿el instituto?

—Puedo hacer los deberes aquí. He traído los apuntes —Irene volvió a la ventana—. ¿Has estado comiendo estos días?

—Sí. Papá me ha subido algo de vez en cuando.

—¿Ves? Se las apaña —sonrió Irene—. ¿Estaba comestible?

Lea no respondió. Fijó la vista en un punto por encima de la puerta.

—Me contó lo que pasó el sábado por la noche —dijo Irene—. ¿Fue la sombra?

Lea cogió el móvil de la mesilla. Cinco llamadas perdidas. Una de Irene. Dos de Cecilie. Una de su madre. Dos de Ernst.

—He cancelado la cita con el terapeuta hoy —murmuró, mientras los recuerdos regresaban—. Ha llamado mientras dormía.

—A lo mejor es algo importante. ¿No vas a devolverle la llamada?

Lea negó con la cabeza.

—Sé lo que va a decir. No puedo con esto, Irene. Ya no puedo confiar en él.

Su hermana frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Ernst no me cree. No cree que la sombra sea real.

Irene guardó silencio unos segundos.

—¿Tú crees que la sombra…?

Lea giró la cabeza y la miró a los ojos.

—Intentó violarme. Ya no es una invención. Es tan real como tú, como yo y como cualquiera…

Irene tragó saliva.

—¿Estás tomando la medicación, hermana?

Lea parpadeó.

—¿La Zyprexa? Claro. ¿Por qué? —se oyó a sí misma, desconfiada.

—¿Dónde la tienes?

Lea miró el bolso junto al escritorio.

—¿Puedo verla? —preguntó Irene.

Se agachó, lo cogió, sacó el neceser, lo abrió y extrajo los frascos. Los examinó.

—Tomas dos al día, ¿verdad?

—Sí, una grande y una pequeña. ¿Qué pasa, Irene?

Su hermana se acercó y le tendió los frascos pequeños, que tintinearon al agitarlos.

—De la pequeña solo has tomado unas pocas. La grande está llena. Ni siquiera la has abierto.

Lea los sostuvo y los miró como si los viera por primera vez. Se le entreabrió la boca.

—Se me ocurrió de camino aquí —susurró Irene, con la voz quebrada—. Explica por qué las primeras semanas después del accidente todo iba bien. Al principio sí las tomabas, pero luego… debiste de dejarlas.

—Eso no puede ser… —murmuró Lea, girando los frascos entre las manos.

Su nombre estaba impreso en ellos. El precinto del grande estaba intacto. Pero lo había abierto muchas veces. Lo veía con claridad:

desenroscar el tapón, sacar una pastilla, llevársela a la boca. Un leve gesto de cabeza, un sorbo de agua.

—¿No lo ves? —preguntó Irene, con el mentón tembloroso—. Te has estado engañando, Lea.

En ese momento, el móvil vibró en la mesilla.

Irene lo cogió, miró la pantalla y aspiró por la nariz. Luego se lo tendió.

—Es Ernst otra vez. Creo que deberías contestar.

59

—Soy… Lea.

—¡Lea! Gracias a Dios. No cuelgues.

Desde el primer instante notó que el terapeuta estaba alterado. Hablaba con dificultad, como si le faltara el aire.

—Tengo algo muy importante que contarte. ¿Sigues en casa de tu padre?

—Sí.

—¿Está él en casa?

—Sí.

—Bien. Escúchame. Sé que estás enferma, pero necesito hablar contigo en persona. Es urgente. No puedo explicarlo por teléfono. Tienes que confiar en mí.

—De acuerdo.

—Tienes que volver a tu piso. Te esperaré allí. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, pero… ¿ahora mismo?

—¡Inmediatamente! No podemos perder más tiempo. Estaba a punto de ir a buscarte yo mismo, pero es mejor que nos veamos en tu apartamento. En media hora estoy allí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. Conduce con cuidado. Y, Lea…

—¿Sí?

—No le digas a nadie adónde vas.

60

Lea sí le dijo a Irene adónde iba. Su hermana había oído casi toda la conversación.

—Me escribes cuando llegues y me llamas dentro de media hora —insistió Irene—. Si no, cojo el coche de papá y voy a buscarte.

—¿Le darás una excusa a papá si nota que no estoy? —preguntó Lea.

—Iré diciendo que te encontrabas mejor y que querías tomar el aire antes de cenar. Y si ve que falta el coche, que has ido a la farmacia de guardia a por algo para la garganta.

Ahora Lea entraba en el aparcamiento frente al bloque donde había vivido más de cuatro años. Anochecía, y las farolas no tardarían en encenderse.

No vio a primera vista el coche de Ernst. Sacó el móvil y envió un mensaje rápido a Irene. Luego apagó el motor y bajó.

La tarde era fría y completamente inmóvil.

Más abajo, en el aparcamiento, se cerró de golpe la puerta de un coche. Lea se volvió. Una figura menuda avanzaba a paso rápido con un maletín bajo el brazo. Reconoció al psiquiatra incluso con el abrigo puesto.

No llevaba su habitual sonrisa de saludo.

—Hola, Lea. Me alegro de que hayas venido. Oye, ¿qué te ha pasado en la mejilla?

—Nada. ¿Qué ocurre, Ernst?

—¿Subimos?

Caminaron hasta la entrada y Lea abrió la puerta. Ernst le hizo un gesto para que pasara primero, pero ella se quedó quieta, observándolo.

—De acuerdo, iré yo delante —murmuró, y subió las escaleras con prisa.

Cuando Lea abrió la puerta de su piso, vio una nota pegada a la altura de los ojos. Por poco no la había visto.

La arrancó y leyó:

«Hola, Lea. He intentado localizarte varias veces, pero parece que casi nunca estás en casa. Solo quería saber cómo estás. Espero que sigas bien. Me mudé el viernes; probablemente no vuelva. Llámame si te apetece. —Christian.»

Debajo estaba su número.

Lea se guardó la nota en el bolsillo sin pensar y siguió a Ernst al interior. Él ya había entrado en el recibidor. Se quitó el abrigo y la bufanda. Lea lo observaba. Parecía distraído, tenso, muy lejos de su habitual autocontrol.

El hombrecillo volvió a coger el maletín con rapidez, como si temiera que ella pudiera arrebatárselo, y se dirigió sin invitación al salón.

Lea lo siguió y encendió la luz.

Ernst caminaba de un lado a otro sobre el parquet, golpeándose los labios con un dedo.

—Será mejor que nos sentemos —dijo al fin, acercando una silla de la cocina.

Lea se sentó frente a él.

Ernst dejó el maletín en su regazo, entrelazó las manos, las soltó, volvió a entrelazarlas. La miró, y Lea vio algo desquiciado en sus ojos. El poco pelo que tenía se le erizaba, y una punta del cuello de la camisa apuntaba hacia el techo.

—Tenemos que hablar, Lea… tenemos que… —Se interrumpió y la miró fijamente—. ¿Confías en mí?

Lea pensó unos segundos.

—Dime por qué mi padre te paga más de lo que te pagaba yo.

No pareció sorprenderle que lo supiera. Acercó la silla a la mesa.

—Fue él quien insistió. Pero llegaré a eso. Antes hay cosas que debo contarte. Si no… si no, me malinterpretarás… —Bajó la vista a la mesa,tenía la mirada perdida—. Es increíble… jamás me he encontrado con nada parecido… pero ahora todo encaja…

—¿Qué encaja? —preguntó Lea, con el estómago encogido.

Ernst la miró como si hubiera olvidado que no estaba solo.

—Escucha, Lea… lo que tengo que decirte no es fácil. Pero antes debes saber que he contactado con un amigo cercano de la policía.

Ha prometido estar aquí dentro de exactamente media hora. Para entonces ya te lo habré contado todo. Debes prometer que intentarás mantener la calma, y yo… yo intentaré hacer lo mismo…

Murmuró lo último mirando la mesa. Luego sacudió la cabeza y volvió en sí.

—Estás luchando contra ti misma. Es como si… como si una parte de ti quisiera recordar y otra quisiera olvidar. No sé qué parte representa la sombra. No sé por qué la creaste. Puede que esté ahí para mostrarte lo que no quieres ver… o puede que esté ahí para impedir que lo veas…

—¿Qué he olvidado? —se oyó preguntar Lea, con la sensación de estar al borde de desentrañar un gran misterio.

Ernst colocó el maletín sobre la mesa.

—Está todo aquí. He pasado el fin de semana reuniéndolo. Estaba… muy bien oculto. Ha hecho falta mover contactos…

Se levantó con el maletín. Fue hasta la puerta del balcón. Miró hacia fuera. Después corrió las cortinas.

—¡Dime qué es! —explotó Lea—. Me estás asustando.

El hombrecillo la miró con una expresión que a Lea no le gustó nada.

—Creo que deberías estar asustada, Lea. No estabas segura en casa de tu padre. Aquí estás más segura… siempre que solo nosotros dos sepamos que estás aquí —Miró alrededor—. ¿Dónde está el baño? Tengo que mear…

Lea no pudo responder. Sintió que la náusea ascendía y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué está pasando? —murmuró—. Dime qué ocurrió…

—Un momento, Lea —dijo Ernst, desapareciendo por el pasillo.

La puerta del baño se cerró de golpe.

Un segundo después, la puerta del dormitorio se abrió.

La luz del salón se apagó con un clic.

Lea levantó la cabeza.

La sombra salió del dormitorio.

El suelo crujió bajo sus pasos. El abrigo se balanceaba. El sombrero le cubría la frente. El rostro sin rasgos se volvió hacia ella.

Pero no estaba del todo vacío.

No como en el coche aquella noche. No del todo.

Lea contempló, paralizada, los dos iris relucientes en la oscuridad bajo el ala del sombrero.

Tuvo tiempo de incorporarse a medias.

Luego la sombra se abalanzó sobre ella con un gruñido, las manos negras extendidas y—

Oscuridad.

61

Una vibración atravesó la oscuridad hasta alcanzarla.

Luego llegó una melodía.

Abrió los ojos, pero no ayudó demasiado: la habitación seguía completamente a oscuras.

Aquella sensación de despertar de un vacío negro y vertiginoso empezaba a resultarle demasiado familiar.

Se miró a sí misma como una sonámbula y comprendió que estaba sentada en su propio sofá.

La vibración insistente volvió. Venía del bolsillo de sus pantalones. Alzó el brazo con lentitud, metió la mano y sacó el móvil justo cuando dejaba de sonar.

Era Irene. ¿Qué querría su hermana a esas horas? Pero el reloj marcaba las 19:43. No era tan tarde. Entonces, ¿por qué estaba dormida en el sofá?

Algo iba mal.

Lea se puso en pie con un gemido. Miró su camiseta, desconcertada, al notar que se le pegaba al vientre. La tocó. Estaba mojada.

Confundida, cruzó la habitación en penumbra hasta el interruptor junto al dormitorio y encendió la luz.

Entrecerró los ojos.

Miró hacia abajo.

Y jadeó.

Casi se desplomó del horror al ver la sangre rojo oscuro extendida por su abdomen y sus muslos.

En su mano —lo advirtió solo entonces— empuñaba el cuchillo de trinchar.

Lo dejó caer.

Parecía haber sido usado para degollar un corral entero de cerdos.

Mientras miraba sus manos manchadas de sangre, todo regresó en ráfagas espantosas.

Ernst.

La conversación perturbadora.

La sombra.

Había perdido el conocimiento.

Vio el rastro de sangre que cruzaba el suelo. Conducía hasta el sofá donde había estado sentada, y había salpicaduras en la tapicería.

Se volvió y siguió el rastro en dirección contraria.

Entraba en el pasillo.

Dio un paso lateral para ver mejor.

Su grito quedó ahogado porque se tapó la boca con ambas manos.

Un cuerpo masculino yacía encajado contra la pared, la cara hundida en el rincón, las piernas retorcidas.

La mayoría de sus abrigos habían sido arrancados de los ganchos y formaban ahora un montón en el suelo.

Las paredes, la puerta, las chaquetas, el radiador… todo estaba salpicado de sangre.

Lo reconoció por la camisa, ahora hecha jirones empapados.

Entre los desgarrones asomaba carne pálida, pero casi todo era rojo.

Rojo, rojo, rojo.

La visión de Lea parpadeó, el mundo se inclinó y, de pronto, se encontró a cuatro patas. El estómago se le contrajo en espasmos violentos que le hicieron subir arcadas secas por la garganta. Vomitó arcadas una y otra vez hasta que no salió nada más que bilis, su cuerpo convulsionándose hasta quedarse sin nada más que expulsar.

Escupió en el charco viscoso. Se limpió los ojos y la nariz con el dorso de la mano.

Con un esfuerzo titánico logró ponerse en pie.

Sollozaba con tanta violencia que todo su cuerpo temblaba.

Miró una vez más el cuchillo.

Luego sus manos, temblorosas y ensangrentadas.

Desde el sofá, el móvil empezó a sonar otra vez.

Tenía que salir.

Era el único pensamiento que conseguía sostener.

Pero no podía pasar junto a Ernst.

Era imposible.

Miró hacia la puerta del balcón.

Entonces llamaron a la puerta principal.

Lea estuvo a punto de gritar.

Durante un segundo atroz pensó que era Ernst.

Y entonces lo comprendió.

El amigo de Ernst.

El policía.

Un pánico ardiente le recorrió las extremidades. Tropezó hasta la puerta del balcón, manipuló el cierre con manos torpes y la abrió de un tirón.

El aire frío golpeó su rostro.

Apartó la pequeña mesa de terraza y se asomó por la barandilla.

La caída hasta el aparcamiento era larga, pero aterrizaría sobre la franja de césped del vecino de abajo.

Detrás de ella volvieron a llamar.

—¿Hola? —dijo una voz masculina—. ¿Hay alguien en casa?

Sin vacilar más, Lea trepó por la barandilla.

Se descolgó todo lo que pudo hasta que los dedos ya no le respondieron.

Y se dejó caer.

Aterrizó con fuerza sobre un costado. No amortiguó bien la caída pero apenas registró el dolor. Se puso en pie de inmediato, saltó la valla baja y corrió hacia su coche.

Junto a su Fiat había un sedán oscuro que no reconocía.

Lea abrió su coche, se deslizó en el asiento del conductor con la ropa manchada de sangre y arrancó el motor. Observó la entrada

principal del edificio en el retrovisor lateral mientras salía marcha atrás. La luz de la escalera estaba encendida, pero nadie salió.

Abandonó el aparcamiento.

Dos calles más allá, su cuerpo empezó a temblar otra vez con tanta violencia que el coche dio pequeños bandazos. Tuvo que meterse en una calle lateral y detenerse.

Se inclinó sobre el asiento del copiloto y volvió a tener arcadas secas.

Cuando por fin pasaron las convulsiones, rompió a llorar en sollozos que parecían no tener fin.

62

Lea en realidad no sabía adónde iba hasta que llegó.

Pero sí sabía que la casa de al lado pertenecía a Elsebeth, una pensionista viuda. La mujer era un encanto y siempre le saludaba con la mano cuando Lea se la cruzaba. Había cuidado de Sylvester más de una vez. Y Lea sabía que hacía años que le habían retirado el carné por culpa de la mala vista.

Así que apagó las luces y metió el coche en el camino de entrada de Elsebeth.

Apagó el motor, abrió la puerta… y estaba a punto de bajar cuando se encendió la luz interior del coche y vio su reflejo en el retrovisor.

Parecía una actriz de una película de terror para adolescentes. Tenía salpicaduras de sangre en las mejillas. El pelo hecho un desastre y los ojos enrojecidos.

Ahogó otro sollozo y encontró un paquete de pañuelos en la guantera. Pero el papel era frágil y la sangre se había secado sobre su piel.

Entonces recordó la bolsa de deporte. La arrastró hasta el asiento delantero y la abrió.

Además de una toalla, unas zapatillas de correr y un cambio de ropa limpio, también había una botella de agua.

Usó el agua para humedecer los pañuelos y consiguió limpiar lo peor de la sangre de su rostro. Secó los últimos restos rosados de su cara y de sus manos con la toalla. La ropa estaba perdida. Así que se la quitó y se cambió por la limpia. Metió la sucia en la bolsa y la cerró con la cremallera. Se miró en el espejo y usó los últimos pañuelos para asegurarse de que sus manos estaban completamente limpias.

Luego salió del coche.

Justo cuando cerró la puerta, las piernas le fallaron.

Cayó de rodillas, apoyándose contra la puerta, luchando contra las náuseas.

—¿Qué he hecho? —susurró a los rosales de Elsebeth, bien cuidados pero marchitos—. Ernst está muerto. Está muerto. Dios mío, ¿qué he hecho?

63

Temía que su madre la descubriera al instante, pero en el momento en que su dedo tocó el timbre fue como si entrara en un papel que conocía de memoria. Una extraña calma se apoderó de ella.

La puerta se abrió y Betina pareció sorprendida. Luego su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Lea! ¡Hola!

—Hola, mamá —sonrió—. Y, por primera vez en años, le devolvió el abrazo a su madre.

Inhaló su olor, se empapó de la nostalgia y del consuelo incondicional… y le encantó.

Durante un momento, su madre se quedó demasiado atónita para hablar, pero cuando el abrazo terminó, empezaron las preguntas.

—¿A qué debo el placer? Qué alegría verte. Oye, ¿qué tienes en la mejilla?

Lea se sobresaltó y llevó la mano a la cara. Había pasado algo por alto. La habían descubierto.

Entonces recordó el arañazo.

Sonrió, aliviada, y le sorprendió lo auténtico que sonó.

—Me arañé anoche durmiendo.

—Vaya… qué rabia. Con lo guapa que eres. Espero que no te deje marca. Anda, pasa, cariño. Estaba preparando café. ¿Quieres una taza?

—Sí, por favor.

Lea se quitó las zapatillas de correr, agradeciendo en silencio que su madre no se diera cuenta de que iba sin chaqueta, y la siguió hasta la cocina.

—¿Estás sola en casa?

—Sí, eh… Torben y yo vamos a darnos un par de días. Me estaba poniendo de los nervios con su charla interminable sobre…

Lea no escuchó. Asintió con educación y sonrió cada vez que su madre la miraba.

Miró alrededor de la cocina, estudiando los objetos que había visto mil veces, pero ahora bajo una luz extraña.

Todo le resultaba raramente ajeno.

—¿Qué te ha hecho decidirte a pasar por aquí? —preguntó su madre, tendiéndole la taza—. Vamos, vamos a sentarnos en el salón.

Lea sonrió y dio un sorbo. El café sabía maravilloso.

—No hay ningún motivo especial. ¿Ya no puedo visitar a mi madre sin avisar?

Su madre la miró, con una expresión que oscilaba entre la felicidad y la sorpresa. Finalmente optó por reír.

—Claro que sí, cariño. Siempre me alegra verte, ya lo sabes. Antes llamé solo para charlar un rato, pero no contestaste y me preocupé.

—Mi teléfono está sin batería, y creo que he perdido el cargador. Eso es todo.

Al fondo del salón estaba la tele encendida. Sylvester dormía sobre el reposapiés. Al oírlas, levantó la cabeza y maulló a modo de saludo.

—Hola, granuja —sonrió Lea, acariciándole el lomo.

—Estaba viendo una serie de crímenes —dijo su madre, sentándose—. Con ese sueco, ya sabes cuál. Es fantástico. Y tampoco es desagradable de ver, si ya me entiendes.

Lea soltó una risita y se sentó.

Vieron un rato la película mientras charlaban de esto y de aquello, algo que no habían hecho en años.

De repente, su madre la miró con curiosidad por encima de la taza.

—Oye, ¿ese no es tu conjunto de deporte?

—Sí —respondió Lea con calma—. El resto está en la lavadora.

Sus ojos se desviaron un momento hacia la estantería junto al televisor.

Entonces vio la fotografía que había allí. Era exactamente igual a la que tenía su padre, solo que un poco más grande y enmarcada.

Le resultó extraño no haberse fijado en ella antes.

—¿Es una foto nueva? —preguntó, señalándola.

Su madre asintió y sonrió.

—La encontré en una carpeta vieja y era demasiado bonita como para tenerla escondida. Salimos todos tan bien y…

La interrumpió un tono de llamada sobre la mesa de centro.

Lea se quedó mirando el teléfono.

Su madre alargó la mano para cogerlo.

Lea se puso en pie de golpe.

—¡Mamá!

Betina alzó la vista, sobresaltada.

—Ese jersey que lleva Irene… ¿de dónde lo sacó?

Betina pareció confundida un momento.

—Ah, ¿dices en la foto? Ese jersey no es de Irene, cariño. Es tuyo. ¿No ves que le queda un poco grande? Se lo puso porque se manchó el suyo de helado justo antes de la foto. Menos mal que teníamos uno tuyo de repuesto. Ay, tengo que coger esto… mira, si es Irene. Hablando del rey de Roma… —se rió y contestó—. ¡Hola, cariño!

Lea caminó despacio hacia la fotografía. La voz de su madre se fue apagando, como si viniera de muy lejos.

—¡Sí, está aquí! Acaba de llegar. ¿Cómo lo sabías…?

Lea miró la cara pequeña y enfadada de Irene.

—No era ella —susurró—. Era yo.

—Un… un segundo, Irene —dijo su madre detrás de ella—. ¿Has dicho algo, Lea?

Lea negó con la cabeza sin volverse.

—Sí, ¿hola?… ¿Cómo dices, Irene? Más despacio, por favor… No, ella no…

Lea notaba la mirada de su madre quemándole la espalda, pero la ignoró.

Porque, en lo más hondo de su memoria, algo empezaba a moverse.

Cerró los ojos.

64

Lea abre los ojos.

La habitación está a oscuras. Ha vuelto a su antiguo dormitorio, en casa de su padre. Pero no es solo la casa de su padre: su madre vive allí también.

Lea se aferra al borde del edredón y mira a su alrededor. Las paredes rosas están decoradas con dibujos que hizo ella misma y algunos pósteres recortados de revistas para chicas. La estantería no tiene libros, solo juguetes…, porque Lea no sabe leer. Del techo cuelga una lámpara con personajes de Disney. En la cama, a su lado, están sus dos peluches favoritos, Petra y Yogi. Normalmente la ayudan a dormirse. A veces su padre se burla de ella, diciendo que ya es muy grande para dormir con juguetes.

Y esta noche tiene razón.

Porque Lea está asustada. No: está aterrorizada, de una forma que solo deberían conocer los adultos. Y los peluches no pueden ayudarla. Nadie puede.

La casa está en silencio. No oye a Irene en el cuarto de al lado. Debe de ser muy tarde. Lea ya debería estar dormida, pero su cuerpecito tiembla, y no consigue obligar a sus ojos a permanecer cerrados.

Con esfuerzo aparta el edredón grande y sale de la cama. Los pies descalzos pisan la moqueta, y el frío atraviesa su camisón fino —el de las vacas graciosas que bailan—, haciéndole recorrer escalofríos por la piel.

Lea camina de puntillas hasta la ventana y se estira para asomarse por encima del alféizar. Pero no llega.

Entonces se acuerda de la silla que hay junto a su mesa de pintar. La arrastra hasta la ventana y se sube.

Con cuidado separa las lamas de la persiana y mira fuera.

El jardín delantero está lleno de parterres de colores que su madre siempre mantiene sin malas hierbas. Pero ahora los pétalos están cerrados por la noche. Todo está cubierto por una fina capa de rocío que brilla bajo la farola.

Y, ahí fuera, en la acera, lo ve.

Está de pie en la entrada del camino de coches, de espaldas a la casa. El abrigo es negro y casi le llega al suelo. El cuello y el sombrero le tapan la cara.

Gira un poco la cabeza, como si notara su mirada… y Lea da un respingo y se agacha antes de llegar a verle el rostro.

Se queda un momento encogida sobre la silla, mirando el suelo, hasta reunir valor para mirar de nuevo.

Pero ahora el camino está vacío.

No lo ve en ninguna parte, ni siquiera hasta donde le alcanza la vista por la acera. Quizá se ha ido.

Entonces oye cómo se abre la puerta de entrada, y el corazón le da un vuelco.

Está a punto de girarse cuando una mano—

—le tocó el hombro.

Lea abrió los ojos de golpe, jadeando. Su madre retrocedió un poco.

—Perdona, Lea, yo… no quería asustarte.

Aún sostenía el móvil, pero Irene ya no estaba al otro lado. La tele estaba en silencio.

—¿Nos sentamos? —preguntó Betina con una sonrisa insegura.

—No les creas, mamá —susurró Lea sin moverse—. Da igual lo que digan. Yo no he hecho nada. Te lo juro. No… no he sido yo.

Su madre la miró con los ojos muy abiertos, en un silencio absoluto que se alargó.

El gato las observaba atento desde el reposapiés. Después, el rostro de su madre empezó a quebrarse y se llevó una mano a la boca.

—No llores —dijo Lea, inmóvil—. Todo irá bien. Se darán cuenta de que fue todo… de que no tenía que haber pasado.

Betina aspiró por la nariz, parpadeando con fuerza para contener las lágrimas. Se acercó un paso. Lea la rodeó por la cintura con un brazo, y su madre rompió a llorar, tapándose los ojos con las manos.

Lea miró la fotografía, vacía.

—Ya lo vi cuando era pequeña. Eso tiene que significar algo…

Su madre levantó la cabeza, con el rímel corrido.

—¿Qué?

—Nada.

Betina Lingsmark sorbió ruidosamente, se limpió la nariz y miró la foto.

—Aquel día… el día que nos hicimos la foto… ¿te acuerdas de lo que hiciste justo antes de entrar al estudio?

Soltó una risita breve, empapada en lágrimas.

—A Irene se le cayó el helado antes de probarlo. Se le derramó por la camiseta. Tú le diste el tuyo. No sé por qué no quiso sonreír en la foto, si acababa de comerse un… un… un…

Su madre se vino abajo otra vez.

—Eras una niña tan buena, Lea. Siempre lo fuiste. Siempre dispuesta a ayudar a los demás, pasara lo que pasara…

Lea abrazó a su madre mientras sollozaba sin control. A través de los rizos de Betina, miró hacia la ventana y alcanzó a ver la calle. Su mirada estaba lejos, pero su cabeza daba vueltas a lo que Ernst le había dicho.

Entonces apareció una luz en la carretera. Un coche se detuvo. Solo se veían los faros. Luego se apagaron.

—Tengo que irme, mamá.

Su madre le agarró los hombros y la miró a los ojos.

—Irene dijo que vendrían.

Lea asintió.

—Ya están aquí.

A lo lejos sonó el portazo de dos coches.

Los ojos de su madre se abrieron aún más.

—Sal por atrás.

Sonó el timbre.

—¡Date prisa! —Betina corrió hacia el aparador.

Lea entró en el pasillo trasero. Iba descalza, pero por suerte allí había unos zuecos de jardinería de su madre. Se los calzó y abrió la puerta al jardín frío y oscuro. El aire helado la golpeó al pisar las losas.

Dentro, el timbre volvió a sonar.

Estaba a punto de cerrar cuando su madre llegó corriendo.

—¡Lea!

Le tendió un sobre de cartón.

—Tienes que llevarte esto. Lleva años sin abrirse. Yo… yo lo guardé solo para recordarme a mí misma que no había sido una pesadilla.

Lea cogió el sobre.

Su madre parecía querer decir algo más. Pero llamaron a la puerta principal. Betina cerró la trasera.

—¡Ya voy! —oyó Lea que gritaba.

Lea se deslizó por el jardín hasta el seto. Escuchó un momento y luego se abrió paso entre las ramas, entrando en el camino de Elsebeth. Bajó la cabeza y abrió el coche.

—…si pudiéramos pasar un momento —llegó la voz de un hombre desde la entrada de la casa.

—¡Sí, por supuesto! —trinó su madre—. Mi hija acaba de llamarme para decirme que vendrían. ¿Les apetece un café?

Lea abrió la puerta del coche y se metió dentro.

66

Condujo hasta el supermercado del barrio. Estaba en la otra punta del pueblo y acababa de cerrar, porque ya pasaban de las nueve. Aparcó en el extremo más alejado del parking.

Giró la llave para apagar el motor, pero no la soltó.

Miró el sobre en el asiento del copiloto. El papel estaba amarillento y la solapa cerrada con dos cordeles deshilachados.

Lea lo cogió y lo abrió. Dentro había una sola hoja. El corazón le martilleó cuando la sacó con manos temblorosas.

Era una página impresa de un informe médico. Arriba figuraba su nombre, junto con el de un par de médicos responsables. La fecha era de hacía diecinueve años.

Lea recorrió el documento con la mirada, captando fragmentos entre las muchas anotaciones. No entendía gran cosa.

Entonces sus ojos se detuvieron en una línea en concreto. Oyó el latido de su propio pulso golpeándole en los oídos mientras leía.

Lea dejó la hoja sobre el asiento y se quedó mirando a través del parabrisas casi un minuto.

—¿Qué fue lo que dijo Ernst? —susurró, sobresaltada por el sonido de su propia voz—. «Puede que la sombra quiera mostrarme lo que no quiero ver… o puede que quiera impedirme verlo…».

Se quedó un instante más.

—Tengo que arriesgarme.

Luego agarró el tirador y bajó al asfalto de la noche helada.

Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. La calle estaba desierta.

Caminó junto a los ventanales del local hasta llegar a la esquina del edificio. Allí, metidos en un hueco oscuro, había dos contenedores bajo un pequeño tejadillo. Dio unos pasos cautelosos

hacia las sombras, dejando que la oscuridad la envolviera mientras el corazón le golpeaba el pecho. Le costó todo su valor, pero logró darse la vuelta y quedar de espaldas a la negrura.

—Vale, venga —susurró.

No pasó nada.

Se quedó allí casi quince minutos. Esperando. Oculta en la sombra bajo el alero.

De vez en cuando pasaba un coche. Una pareja mayor paseaba al perro. Un ciclista.

Al final tenía tanto frío que el cuerpo le temblaba.

Se presionó las sienes con los dedos.

—Vamos… ¿dónde estás?

Le dieron ganas de llorar, de patear y de golpear los contenedores, pero no serviría de nada. En lugar de eso, regresó al coche a pisotones.

Justo cuando se dejó caer en el asiento del conductor, se le ocurrió una idea.

67

Lea encendió las luces largas en cuanto dejó atrás el último límite del pueblo.

La autovía se extendía por delante, oscura, vacía a esas horas… como solía estarlo los martes por la tarde entre semana. Pero para Lea no era martes. El tiempo se había detenido desde que despertó en su apartamento, y estaba convencida de que aquella tarde se convertiría en noche… y de que esa noche duraría para siempre.

Conducía un poco por debajo del límite de velocidad, siguiendo las curvas suaves de la carretera entre campos, pasando hileras de árboles, avanzando de manera constante hacia la capital. Allí fue donde lo vio por primera vez… aunque entonces iba en dirección contraria.

Lea miró un instante por el retrovisor y volvió la vista a la carretera.

Y entonces lo vio.

Estaba allí. Sin más. De repente. Como tantas otras veces. Como había esperado no volver a verlo jamás.

Unos doscientos metros más adelante. En el arcén. Con las manos caídas a los lados. Esperando a que ella pasara.

Lea levantó el pie del acelerador.

68

Hizo todo lo posible por no mirarlo al ir reduciendo la velocidad, temiendo que eso la hiciera echarse atrás. Así que mantuvo los ojos fijos al frente mientras se acercaba.

Él no hizo ademán de apartarse ni de protegerse de la luz. Solo se quedó allí, con el sombrero calado hasta la frente, el cuello subido hasta las mejillas y el abrigo balanceándose con el viento suave.

—La puerta se está abriendo —se susurró a sí misma con voz ronca—. Se está abriendo completamente. Puede que sea bueno. Puede que no. Pero ya no hay vuelta atrás.

Pisó el freno a fondo al llegar a su altura y el coche dio un tirón hasta detenerse. Apartó la mano del volante a la fuerza y buscó el contacto. Giró la llave. El motor y los faros se apagaron.

Fuera, junto a la puerta del copiloto, estaba la sombra. Seguía sin moverse.

Lea se inclinó hacia la derecha y tanteó el cierre sin dejar de mirar al frente. Lo encontró y lo accionó. El pestillo saltó con un chasquido seco.

Se irguió otra vez y, cuando él se acercó a la puerta, Lea apretó el volante con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos. Respiraba en bocanadas cortas, ásperas.

Oyó el clic de la manilla y, cuando la puerta se abrió, se encendió la luz interior y le escocieron los ojos. Pero ni siquiera fue capaz de

parpadear. Solo lo veía por el rabillo.

Él levantó con calma el abrigo, metió un pie en el coche y se dejó caer en el asiento. El vehículo se balanceó levemente.

El miedo recorría cada fibra de su cuerpo, amenazando con desgarrarla desde dentro. Jamás en su vida habría imaginado que fuera posible soportar un terror tan puro, tan concentrado, sin volverse loca.

Pero quizá eso ya había ocurrido.

La sombra cerró la puerta con suavidad. El susurro templado de la noche quedó fuera, y la luz del techo se apagó.

El silencio llenó el coche por completo.

Lea apenas registró que el vehículo oscilaba un poco; se dio cuenta de que era el temblor de su propio cuerpo lo que lo movía. Tenía cada músculo tensado hasta el límite. El sudor le corría por las mejillas.

—Ya… no… voy… a huir… más… —jadeó entre dientes apretados—. ¿De… qué… he estado… huyendo?

Silencio. No pasó nada.

Lea miró de reojo, solo para comprobar si él seguía allí. Sí, seguía.

Al fin, la sombra se movió. Lea notó que se inclinaba hacia ella. Su cara se acercó a la de Lea por un lado, como si fuera a besarle la mejilla. Una mano negra le pasó junto al rostro y le acarició el cuello. Lea luchó con todas sus fuerzas por no gritar.

Entonces él soltó un sonido ronco y se abalanzó sobre ella.

Oscuridad.

69

Lea cruza la cocina y va hacia la puerta del salón. La manilla está justo delante de su nariz. La baja y empuja.

Se encuentra con un montón de gente. Ríen y hablan a voces. La mayoría está sentada alrededor de la mesa grande. Suena música de fondo, pero apenas se oye por encima del murmullo. El suelo está

lleno de papel de regalo y globos. Es el cumpleaños de Lea. Lleva su blusa bonita: la rosa, con el ribete blanco.

Lea recorre la sala con la mirada. Mamá habla con el tío Paul. Irene está de pie en el sofá, entretenida colocando su corona de princesa de plástico en la cabeza del abuelo. Pero papá no está por ninguna parte.

Lea vuelve a cerrar la puerta y el ruido se amortigua. Sale al pasillo y avanza hacia los dormitorios. Desde su habitación oye a alguien sorberse los mocos. La puerta está entreabierta. La empuja con suavidad.

Papá está sentado en la cama. Le da la espalda, y los hombros se le suben y bajan.

—¿Papá? —pregunta Lea, acercándose.

Él se sobresalta, se gira a medias, pero enseguida aparta la mirada.

—¿Por qué lloras?

Desde el salón, el bullicio de los invitados llega apagado. Lea se acerca un poco más.

—No estoy llorando, cariño —murmura, aunque Lea lo ve limpiarse los ojos—. Deja que papá esté un ratito solo, ¿vale?

Le sonríe, y tiene los ojos rojos. Las mejillas y la barbilla se le ven cubiertas de barba corta. Papá suele afeitarse casi todos los días, porque mamá dice que, si no, parece un vagabundo. Lea no sabe qué es un vagabundo, pero la palabra le hace gracia.

Lea retrocede hacia la puerta. Está triste porque papá está triste. Duda. Quiere decir algo para animarlo. Nunca lo ha visto llorar. Pero no sabe qué decir.

Se retuerce nerviosa la camiseta.

—¿Es… es porque tú y mamá os habéis peleado antes de que vinieran los invitados?

Papá vuelve a girar la cabeza, sorprendido de que siga allí.

—Lea, de eso no vamos a hablar.

Lea se encoge.

—¿Por… por qué no?

Papá suspira.

—Hay cosas que tienes que guardarte para ti, aunque los demás ya lo sepan y aunque te apetezca hablar de ellas.

Se vuelve del todo hacia ella y la mira a los ojos.

—Eso es lo que hacen las niñas buenas. Y tú eres una niña buena, ¿a que sí?

Lea asiente con decisión.

—Sí, lo soy.

Luego duda.

—Pero… ¿qué significa ser una niña buena?

Él le hace un gesto para que se acerque, y ella obedece en el acto. La levanta por los brazos y la sienta en su regazo. Lea sonríe y se apoya en su pecho. Le encanta su olor. Hoy es papá. No le gusta el olor de la cerveza ni de esa cosa roja que bebe. Últimamente huele más a eso. Cuando huele así, no es papá.

—Una niña buena nunca es mala ni se enfada con los demás —dice papá—, sino que siempre es cariñosa y atenta. Si alguien pide ayuda, tiene que ayudarlo siempre. Eso se llama ser servicial.

Lea alza la vista, esperando que siga, pero la mirada de él ya se ha ido a la ventana otra vez, lejos. A Lea no le importa que deje de hablar, porque le gusta quedarse allí un rato.

Una golondrina pasa volando por delante de la ventana y le llama la atención. En el alféizar está el calendario con los días tachados. Cada mañana, desde hace un mes, Lea ha pintado un círculo rojo grande en la casilla del día de hoy.

Lleva mucho tiempo esperando este día. Y dentro de solo un mes empezará el colegio. La idea la emociona… pero también la pone un poco nerviosa.

—Prometo ser la mejor niña buena que pueda —dice Lea.

Papá vuelve al presente al oírla.

—Bien, cariño. Ahora vuelve con los demás.

La baja al suelo.

—Ahora voy.

—Vale, papá.

Lea le sonríe y va dando saltitos hacia la puerta.

Solo llega hasta la mitad del cuarto cuando lo nota: un tirón cálido, repentino, en lo más hondo del vientre, seguido de un

reguero caliente por la cara interna de los muslos. Los shorts vaqueros se le pegan a la piel. Durante un segundo horrible, piensa que se ha hecho pis, aunque hace años que no le pasa eso.

Luego mira hacia abajo.

Unas vetas rojo oscuro le resbalan por las piernas morenas, manchando las costuras blancas y goteando sobre la moqueta.

Se le corta la respiración.

—No… no… —le sale la voz aguda, rota.

Se da la vuelta, el pánico creciendo en el pecho, y rompe a llorar.

—¡Está sangrando! ¡Papá… está sangrando! ¡Haz que pare!

Lo último que ve es a su padre incorporándose de un salto en la cama, con la cara pálida y conmocionada, antes de cerrar los ojos—

—y, aun así, los ojos siguen moviéndose, temblando bajo los párpados. Está desplomada en el asiento del conductor. Tiene las manos abiertas sobre el regazo, las palmas hacia arriba. Unos espasmos diminutos le recorren la cara al—

se oye el sonido de la puerta principal abriéndose, y su corazoncito golpea tan fuerte que está segura de que la delatará.

Luego, silencio.

Su padre se ha ido. La luz se ha ido. Es de noche, y la casa está empapada de un silencio espeso, vigilante.

Lea está de pie sobre la sillita junto a la ventana. Se gira de golpe, sobresaltada por el crujido del suelo, y con el codo tira algo. El calendario cae revoloteando al suelo. Junio… la mitad de los días tachados.

Pero no puede pensar en eso. Ahora no.

Lo ha visto en el camino de entrada.

Y ahora está entrando.

Lea se baja a toda prisa y corre a la cama. Se mete bajo las mantas y se las aprieta contra el cuerpo.

Unos pasos resuenan por el pasillo. Lentos. Medidos. Cada vez más cerca.

Lea se encoge de lado, sube la manta hasta la nariz y clava los ojos en la puerta.

La manilla gira.

La puerta se abre despacio.

Solo oscuridad. Una figura alta, pesada, recortada en el marco.

Se ha quitado el sombrero. El abrigo.

Parece papá. Pero Lea lo sabe.

Ahora es el Hombre Sombrío.

Le tiemblan los labios. Los aprieta con fuerza, obligándose a callar. Si no hace ruido… si se queda muy quieta… quizá se vaya.

No se va.

La cama se hunde. El peso se le posa a la altura de los pies. Una mano se apoya sobre su barriga a través de la manta. A Lea se le escapa un quejido suave, impotente.

—Cierra los ojos, Lea.

La voz es áspera, tensa, pero inconfundible.

Lea aprieta los ojos con fuerza.

En la oscuridad tintinea una hebilla de cinturón, afilada, metálica.

Ojalá pudiera salir volando, como los pájaros que se van a países cálidos en invierno. A cualquier parte menos aquí.

La manta se levanta. El aire frío le roza la piel y le eriza los brazos.

El colchón cruje bajo su peso cuando se inclina. Él irradia calor. Su aliento huele a cerveza y a esa otra cosa fuerte, amarga, que Lea odia.

Lea entrelaza las manos sobre el regazo.

Una lágrima le cae por la mejilla.

—Tienes que estarte quieta —murmura la voz—. Esto es lo que pasa cuando no eres una niña buena.

Le tapa la boca con la palma.

Y entonces llega el dolor.

La atraviesa, profundo e implacable.

Lea llora contra su mano, empapándose la piel de lágrimas. Le quema entre las piernas —en carne viva, insoportable— hasta que el dolor ahoga incluso el miedo.

Así que aprieta los ojos aún más.

Y mira a través del parabrisas hacia la noche fría, negra.

Martes, 17 de septiembre

70

Esta mañana llegó la primera helada del año.

El rocío que se había posado sobre los campos, las carreteras y los árboles se había convertido en escarcha durante la noche. Como siempre, la helada pilló por sorpresa a los conductores; solo en Selandia habría cuatro accidentes leves por culpa del asfalto resbaladizo antes de las ocho de la mañana. Pero este año, al menos, tenían la excusa de que el frío había llegado de golpe, en un otoño que, por lo demás, había parecido suave. A cambio, la noche había sido tan quieta y tan pura que rozaba lo irreal, y el cielo había estado lleno de estrellas hasta que el sol empezó a asomar.

Incluso en las ventanillas y en el techo del coche de Lea centelleaban cristales de escarcha. El Fiat estaba aparcado en el arcén, vacío, con la puerta del conductor abierta.

Un poco más allá, en la cuneta, estaba Lea. Se había recogido las piernas contra el pecho y se las abrazaba. Permanecía inmóvil, mirando el campo arado hacia el este, donde la luz empezaría a romper dentro de unas horas. Pero por ahora el cielo seguía negro

como petroleo, si uno ignoraba las estrellas y a Venus, que brillaba bajo sobre el horizonte, al norte.

Toda su vida, Lea había tenido miedo a la oscuridad. Ya no la asustaba. Al contrario: le parecía algo amable, algo en lo que podía confiar. El frío tampoco le molestaba. Apenas lo sentía.

La sombra se había ido para siempre. Lo sabía. Y, sin embargo, también sabía que nunca podría escapar de ella.

Porque no se había vuelto real en los últimos meses; siempre había sido real. No era una alucinación que se hubiera convertido en realidad; era al revés. Un monstruo nacido en su mente antes de cumplir los seis. Un monstruo que la había empujado a matar, que la había convertido a ella también en un monstruo.

Ahora sabía quién era el culpable. Y ahora entendía por qué nunca había tenido cara: ella nunca le había visto la cara entonces. Él se había asegurado de ocultarla cuando volvía a casa, borracho. Cuando volvía a casa como el Hombre Sombrío.

Lea no estaba loca. Pero aquella gélida mañana de septiembre, sentada en la hierba muerta del arcén con un chándal fino de poliéster, a varios kilómetros del pueblo, se preguntó de verdad si todo no habría sido mejor si lo estuviera.

71

Solo quedaba una persona que quizá pudiera creerle. Una última esperanza, frágil. Y esa era la única razón por la que Lea se había levantado, había ido hasta el coche y se había puesto en marcha.

Había esquivado la mayor parte del tráfico de primera hora, aunque Ballerup empezaba a despertarse. El horizonte clareaba débilmente al este; faltaban apenas unos minutos para el amanecer.

Había dudado en el camino de entrada. En el retrovisor había visto la bolsa de deporte. Y, por alguna razón, había pensado en la nota de Christian, su vecino, todavía metida en el bolsillo de aquellos

vaqueros manchados de sangre. Durante un instante brevísimo, sintió el impulso de sacar su número y llamarlo. Pero se le pasó.

Ahora avanzaba por el sendero pavimentado, con el sobre apretado en una mano, cruzando el jardín delantero impecable donde se encendían pequeñas luces de suelo a medida que se acercaba. El césped había sido sustituido por piedras blancas relucientes, y a Lea le sorprendió cuánto hacía que no venía.

Subió los escalones y se detuvo ante la pesada puerta de roble. Al pulsar el timbre, oyó su campanada grave resonar dentro.

Tras tres tonos, se oyeron pasos. Un breve forcejeo con la cerradura y la puerta se abrió.

Morgan la miró, sorprendido. Tenía los ojos pequeños y marcas de almohada a un lado del cuello. El pelo oscuro, revuelto; y Lea, distraída, reparó en que aquel aspecto desaliñado le sentaba bien, aunque estaba acostumbrada a verlo impecable, con ropa cuidada y el pelo bien cortado. Ahora llevaba un albornoz.

—¿Lee? —dijo—. ¿Pero qué…? ¿Qué haces aquí?

Miró por encima de su hombro, como si esperara cámaras ocultas y una fiesta sorpresa.

—Tienes que ayudarme —dijo ella, plana, hueca—. Todo… todo se ha ido a la mierda.

Una sombra de preocupación le enturbió los ojos marrones y se apartó.

—Entra.

Lea entendió que su jefe aún no había recibido ninguna noticia, ni de su familia ni de la policía, y eso la tranquilizó. Pero aun así vaciló.

—¿Anna…?

—No. Está unos días con su hermana.

Lea asintió y entró en el recibidor. El suelo de baldosas caras le recordó al instante a su padre: lo había puesto él con sus manos. Se llevó una mano a la frente y aspiró de golpe, temblorosa, conteniendo el impulso de desmoronarse.

—¿Lee? —dijo Morgan con suavidad, apoyándole una mano en el hombro.

—Estoy bien —susurró, aunque la voz se le quebró.

Se quitó los zuecos de jardín de su madre.

Morgan la condujo a la cocina. La estancia enorme estaba dividida por un murete que hacía de barra; tres elegantes taburetes alineados, cada uno probablemente más caro que su coche. La encimera dibujaba una L brillante bajo unos ventanales amplios; el granito era grueso y relucía bajo las luces halógenas atenuadas.

Él la ayudó a subirse a uno de los taburetes y se sentó frente a ella, firme, esperando.

—He… hecho algo terrible.

Morgan no dijo nada.

Lea tomó aire, temblando.

—Mi psiquiatra… descubrió algo de mi pasado. Algo horrible. Intentó decírmelo, pero… lo corté. Yo…

Se le cerró la garganta. No sabía que le quedaran lágrimas, pero aun así llegaron.

—Voy a ir a la cárcel el resto de mi vida…

La cara de Morgan era ilegible.

—No, no vas a ir. Tranquilízate y expli—

—¡Está muerto, Morgan! Está muerto…

Morgan se quedó mirándola, y su expresión se endureció a medida que las palabras le calaban.

—¿Qué estás diciendo, Lee? —susurró.

Ella empujó el sobre por la encimera y bajó la cabeza. Morgan lo abrió. Lea lloraba en silencio mientras él leía; el ceño se le fruncía más y más con cada línea.

—¿Qué es esto? —preguntó al fin—. ¿Estuviste ingresada cuando tenías seis años? ¿Por… sangrado vaginal?

Lea asintió, sorbiéndose la nariz.

—Nunca averiguaron por qué. Él… él debió encubrirlo… lo que… lo que me hizo…—Se tapó la boca con la mano.

Morgan la miró a ella y luego al papel. Empezó a hablar, se detuvo y se pasó una mano por el pelo. Lea nunca lo había visto tan alterado. Negó con la cabeza.

—¿Tu padre? Lea, no. Eso no es posible.

Lea asintió, con la cara retorcida de pena. Se tambaleó y Morgan le sujetó los hombros antes de que resbalara del taburete. La

estrechó contra el pecho mientras ella sollozaba contra la tela suave del albornoz.

—Lea —murmuró él—. Conozco a tu padre desde siempre. Tú e Irene lo sois todo para él. Jamás te haría daño.

—Lo recuerdo —lloró ella—. No sé cuántas veces… pero sé que fue más de una. Y siempre estaba borracho. Siempre cuando mamá no estaba…

Morgan cerró los ojos.

—Dios mío…

Se quedaron en silencio, la inmensa cocina aplastada por ese peso, roto solo por sus sollozos apagados.

Morgan se levantó despacio y le puso las manos en los hombros. Sus ojos marrones se clavaron en los de Lea y, durante un segundo fugaz, la compasión que había en ellos fue tan profunda que casi la convenció de que todo podría arreglarse.

—Lo resolveremos, Lea —dijo con suavidad—. Lo arreglaremos. Te lo prometo. Solo… déjame pensar.

Lea asintió, agradecida por la firmeza de su voz.

Morgan se llevó el papel a la cafetera y la encendió.

—No me lo puedo creer —lo oyó murmurar—. Esto… esto es…

Gruñó, frustrado.

—Por el amor de Dios, Lee.

Se volvió hacia ella.

—¿Estás segura de que el psiquiatra está muerto?

Lea asintió.

—¿Y la policía? ¿Te está buscando?

Ella asintió otra vez.

Morgan respondió con un breve gesto decidido.

—Entonces es cuestión de tiempo que llamen o que aparezcan. Hablaremos con ellos. Nosotros—

—¡No! —La voz de Lea se quebró de pánico—. ¡Me encerrarán de por vida!

Morgan alzó las manos, apaciguador.

—Tranquila, Lee. Encontraremos una salida. Huir no sirve de nada.

Se acercó, le tomó las manos temblorosas entre las suyas y la miró fijamente.

—Escúchame. Tú no eres una asesina. Ellos lo verán. Pase lo que pase… eres inocente, y lo sabrán. ¿Me crees?

Lea asintió y bajó la cabeza.

La cafetera pitó.

—¿Quieres una taza? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

Morgan le soltó las manos y se volvió hacia la encimera.

Al moverse, la mirada de Lea se deslizó por la cocina… hasta detenerse en la fotografía sobre el especiero. La había visto antes, pero nunca se había fijado de verdad. Morgan y Anna, el día de su boda. Él con el brazo sobre los hombros de ella, igual que en la foto del restaurante. Y esa misma rigidez en la sonrisa de Anna.

Solo que ahora Lea lo vio.

De pronto fue capaz de ver lo que se escondía detrás de aquella expresión tiesa de la mujer de Morgan.

No era fortaleza.

No era dureza.

Era miedo.

El sonido de Morgan sirviéndose café le llegó lejano, como desde otra habitación. Dio un sorbo. A Lea se le hundió el estómago. Pieza a pieza, la verdad encajó en su sitio.

¿Cómo no lo había visto? Llevaba años ahí, mirándola a la cara.

Todas esas historias de que Anna lo «tenía a raya», todas esas bromas sobre que a él «le caería la bronca» si llegaba tarde… había sido justo al revés desde el principio. Anna no lo controlaba. Estaba bajo su dominio. Sobrevivía con él.

A Lea se le heló el cuerpo entero.

—No fue papá —susurró, sin poder evitarlo—. Ahora lo recuerdo…

Morgan se quedó rígido. Estaba de lado, con la taza en una mano y el informe médico en la otra. No se giró, pero Lea supo que lo había oído. Supo que ella por fin había visto a través de él.

Morgan suspiró.

—Si te sirve de consuelo —dijo, con la voz despojada de calidez—, tienes razón. Tu padre nunca te hizo daño. Él entendía las reglas.

Dejó la taza sobre la encimera con un golpe seco. Cerró la mano alrededor del mechero que había al lado. Sonó un clic metálico y

brotó una llama. Tocó el borde del papel y el fuego se lo comió en lenguas naranjas, voraces. Morgan lo dejó caer al suelo. Lea lo miró mientras se encogía y ennegrecía hasta convertirse en ceniza.

Levantó la cabeza, pero todo parecía ir a cámara lenta; cuando por fin sus ojos alcanzaron la cara de Morgan, él ya se había vuelto hacia ella.

Sus ojos ardían con el mismo brillo que Lea había visto una vez antes, en el apartamento, la noche en que murió Ernst. La sombra no tenía ojos. Y aun así, en la oscuridad, ella los había visto.

Brillaban exactamente igual que los de Morgan ahora.

«Yo no maté a Ernst.»

El alivio y el horror chocaron dentro de su pecho.

Morgan volvió a mirarla, y Lea sintió casi físicamente cómo le clavaba la vista directamente en los pensamientos.

—El cuchillo de trinchar cortó incluso mejor de lo que recordaba —dijo—. Los has conservado bien.

Aquellas palabras la dejaron helada. Durante un segundo espantoso, no pudo moverse. Las piezas en su cabeza dieron vueltas y encajaron de golpe.

Entonces el instinto tomó el mando.

Se levantó de un salto.

Morgan se abalanzó sobre ella.

El taburete se volcó y le golpeó las piernas, haciéndolo gritar de dolor y trastabillar.

Lea no perdió ni un segundo. Salió disparada al recibidor y chocó contra la puerta de entrada. Bajó la manilla. Tiró. La cerró.

Tenía la mano casi sobre el pestillo cuando una sombra se alzó detrás de ella. Un brazo la rodeó por la cintura y la llevó hacia atrás. Lea gritó, pero el sonido quedó ahogado en su pecho.

—Silencio —siseó Morgan al oído. No con rabia: con calma—. Ya sabes cómo acaba esto si te resistes. Sé una niña buena ahora.

Conocía esa voz. La conocía incluso sin el olor del alcohol. ¿Cómo había podido creer alguna vez que era la de su padre?

Morgan la apartó de la puerta con una facilidad aterradora. En la otra mano, el cuchillo brillaba. No lo alzó. No le hacía falta.

—Siempre has sido así —murmuró, como si le hablara a una cría —. Entrando en pánico. Empeorándolo todo. Pero ya estoy yo aquí. Haré que pare.

Lea se revolvió. El agarre de él solo se apretó, medido, casi paciente.

—No vas a ninguna parte —dijo—. No hasta que escuches.

La empujó al suelo y la inmovilizó contra las baldosas frías. Su respiración era regular. La sujetaba como se sujeta un objeto: eficaz, impasible, cada movimiento deliberado, como si su pánico ni siquiera existiera.

—Quietecita —ordenó—. Eso es lo único que siempre has tenido que hacer. Quietecita, y yo lo arreglo.

Los ojos de Lea se clavaron en el cuchillo. Estaba sobre el suelo, brillando. Él vio adónde miraba.

—Adelante —dijo, suave—. Inténtalo. Dame la razón.

Lea miró más allá, hacia el salón. El gris tenue del amanecer se colaba por las ventanas orientadas al este, delineando el sofá de cuero.

Entonces la mano de Morgan tiró de sus pantalones de chándal.

La mente de Lea se quedó en blanco. La mirada se le volvió lejana, como si todo —los sonidos, el miedo, incluso su propio cuerpo— se hubiera hundido bajo el agua.

Y entonces… un movimiento.

En las sombras del salón, algo pasó. Lea parpadeó. Piernas tostadas por el sol, con zapatos blancos de verano, cruzando el suelo.

«Me he vuelto loca.»

El pensamiento fue sereno. Nítido.

Morgan gruñó sobre ella, forcejeando, presionando, intentando imponerse. La figura pequeña se acercó, desapareció de su vista. Pasos. Suelas de goma.

Morgan se quedó inmóvil. Se le cortó la respiración.

—¿Qué… qué demonios…?

La mirada de Lea saltó al cuchillo. Su brazo, ya libre, se disparó hacia delante. Los dedos se cerraron sobre el mango.

La voz de Morgan se quebró.

—¿Quién…?

Lea hundió la hoja del cuchillo hacia arriba. No le dio en la cara: le dio justo por encima de la clavícula. El cuchillo se clavó profundo.

Morgan gritó y se apartó de ella, sacudiéndose.

Lea se incorporó como pudo y se subió el pantalón. Morgan estaba de rodillas en el suelo, el albornoz abierto, la sangre brotándole de la herida. Miraba el cuchillo como si no terminara de creerlo.

Lea miró alrededor, frenética. Ni rastro de la chica. Solo ella. Solo Morgan.

Él enseñó los dientes, gruñendo.

—Ni se te ocurra irte. Eres mía. Siempre lo fuiste.

Se arrancó el cuchillo del hombro con un sonido nauseabundo. La sangre manó con fuerza. Clavó la hoja contra el suelo, y luego empezó a arrastrarse hacia ella.

Lea agarró la cafetera, la balanceó y el cristal estalló contra la frente de Morgan.

El café hirviendo le empapó la cara. Morgan chilló, llevándose las manos a los ojos, y cayó al suelo.

Lea corrió. Tenía las piernas dormidas, la vista nublada. Tropezó, a punto de caerse, pero llegó a la puerta de entrada.

A su espalda, los gritos de Morgan se retorcieron en un bramido crudo, animal: dolor y furia mezclados.

El cerradura se le movía delante de los ojos. Los dedos le temblaban, pero lo encontró. Ella lo giró.

La puerta se abrió.

El aire fresco salió a su encuentro. Frío. Limpio. Y real.

***

Como comenté al principio, gran parte de esta historia se basa en las experiencias de una mujer real. Ahora que ya la has leído y hemos dejado atrás cualquier riesgo de destriparte nada, quería contarte un poco mejor qué es real y qué me he inventado.

Prácticamente todo lo relacionado con la personalidad de Lea es real…, al menos según lo bien que yo la conocía. Hay montones de

detalles que he tomado directamente de la vida real: el violín, su trabajo, la tendinitis, por mencionar algunos.

Fuimos al colegio juntos durante dos años y, en ese tiempo, nos hicimos lo bastante cercanos como para que me confiara sus problemas pasados con la esquizofrenia paranoide.

De verdad veía esa figura sombría, tal y como la describo en la historia. Aparecía de la nada, en lugares extraños, y casi siempre cuando ella estaba estresada. Nunca llegó a estrellar el coche, pero estuvo cerca. La sombra tampoco hablaba con palabras, pero aun así se comunicaba con ella.

En una ocasión me contó que su terapeuta la había presionado un poco, animándola a abrirse. Ella le dijo que aquel día ya no podía hablar más de la sombra. Cuando él siguió insistiendo, al final admitió por qué: la sombra estaba allí mismo. De pie, en una esquina. Y no quería que hablara de ello.

Cuando me contó eso, se me puso la piel de gallina. Fue en ese momento cuando supe que tenía que escribir una historia sobre ello.

Todo lo relacionado con el origen de la sombra me lo inventé. No hubo abusos sexuales ni trauma infantil. El personaje de Morgan es completamente ficticio. Por lo que ella me contó, nadie llegó a descubrir nunca qué causaba sus alucinaciones. Ella simplemente se sentía agradecida de que se hubieran detenido.

Y quizá eso es lo que más se me quedó grabado: que incluso sin respuestas, encontró la paz. Me gusta pensar que, de algún modo, ella y la sombra llegaron a un entendimiento…, igual que Lea en este libro.

Gracias por leer.

—Nick

Para saber más sobre mis otros libros en español y conseguir un par de ellos gratis, visita

nick-clausen.com/es